Seduciendo al Conde



ENCANTAR UN LORD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

SUZANNA MEDEIROS

SEDUCIENDO AL CONDE

ENCANTAR UN LORD
LIBRO 2

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Gracias
Encantar un Lord
Escándalos navideños
La autora

SEDUCIENDO AL CONDE

Dividida entre el deber y el deseo...

Catherine Evans nunca esperó tener una temporada en Londres. Ahora que su futuro ha cambiado, tiene un solo objetivo: ganar el corazón del hombre que ya es más que un amigo para ella. Pero la temporada apenas comienza cuando descubre que quizás ya sea demasiado tarde.

El conde de Kerrick debe dejar de lado su deseo de cortejar a Catherine cuando el deber lo obliga a interpretar el papel de un hombre que pretende casarse con otra mujer. Mientras Kerrick trabaja para liberarse y poder finalmente perseguir a la mujer que anhela, fuerzas externas conspiran para asegurarse de que se case con la mujer equivocada.

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: Beguiling the Earl © 2014 Saozinha Medeiros

A Maria y Aida por ser las mejores hermanas que podría haber pedido.

CAPÍTULO UNO

1807

CATHERINE EVANS no debería haberse aburrido. Estaba en Londres en un baile concurrido y bailaba con un hombre apuesto. Dios sabía que había estado anticipando su primera temporada durante meses, desde que se enteró el otoño anterior que su hermana pronto se casaría con el Marqués de Overlea. Ese evento había cambiado completamente sus vidas para mejor. Hasta el día en que su hermana hizo el anuncio, nunca pensó que realmente se encontraría en la ciudad, asistiendo a todo tipo de bailes y otros entretenimientos nocturnos. Había estado esperando la primavera con creciente entusiasmo desde entonces.

Ahora, a menos de un mes de la temporada, ya estaba cansada de las interminables demandas sociales. Bailes al menos una vez por semana, musicales, reuniones y visitas al teatro. Había imaginado que toda la experiencia sería más emocionante. Sabía que lo habría sido si un hombre estuviera presente, un hombre que había prometido estar aquí para bailar con ella cuando lo conoció el otoño pasado.

Sonrió cortésmente a su pareja, el vizconde Thornton, mientras sus manos enguantadas se encontraban brevemente mientras se movían a través de las figuras de la danza campestre. Él solo era unos años mayor que ella, y tenía que admitir que era muy apuesto con su cabello rubio y ojos azules. No pudo evitar compararlo con el hombre que aún buscaba en cada baile, y en comparación parecía poco más que un chico entusiasta.

Cuando terminó el baile, él la llevó de vuelta con su hermana. Ella aceptó sus cumplidos sobre su gracia de movimiento con fría reserva y redirigió la conversación al tema mucho más seguro del clima. Thornton no ocultaba su admiración por ella, y sospechaba que se convertiría en una molestia si lo alentaba aunque fuera ligeramente.

Fue con cierto alivio que vio a Louisa y Nicholas a unos pasos de distancia. Él estaba de espaldas a la pista de baile, y solo cuando se acercó recordó que su cuñado llevaba un abrigo azul oscuro mientras que este hombre vestía de negro. Una sensación de aleteo comenzó en lo profundo de su vientre.

Cuando Louisa la vio, le dijo algo a su acompañante y él se volvió para saludarla. La sensación de aleteo se convirtió en un completo tumulto de mariposas, y fue incapaz de contener la sonrisa que se extendió por su rostro.

—Kerrick —exclamó.

Logró una rápida sonrisa de despedida en dirección a Thornton antes de apresurarse a cruzar los últimos pasos que la separaban del hombre que había estado esperando ver de nuevo. Se

detuvo justo antes, su respiración demasiado irregular para haber sido causada por el ligero ejercicio del baile. Casi alcanzó sus manos, pero resistió el impulso. Había aprendido lo suficiente durante su tiempo en Londres para saber que tal muestra de afecto causaría cejas levantadas y no pocos chismes.

—Señorita Evans. Es tan agradable verte de nuevo.

Él le sonrió, sus ojos azules arrugándose en las esquinas, y la alegría se desplegó dentro de ella. Era tan apuesto como lo recordaba.

—Eres un diablo, prometiste bailar conmigo durante mi temporada. Y aquí estamos, tres semanas completas, y no has asistido ni a un solo baile.

Él fingió una expresión de exagerada consternación. —Me hieres al acusarme de tal negligencia. Desafortunadamente, tenía asuntos urgentes que atender que me mantuvieron fuera de la ciudad.

Ella fingió considerar cuidadosamente sus palabras antes de responder. —Te perdonaré. Pero solo por esta vez.

Sus ojos brillaron con diversión. —Malvada.

Ella solo pudo sonreír en respuesta. Él se volvió hacia Louisa, y Catherine tuvo que tener cuidado de no mostrar su decepción.

—¿Has recibido noticias de tu hermano?

Después de enterarse el otoño anterior de que Louisa había aceptado la propuesta de matrimonio de Nicholas Manning, el Marqués de Overlea, su hermano John se había enfurecido. El tío de Nicholas había arruinado a su padre y John no podía creer que Louisa se aliara con esa familia. Louisa había esperado que su hermano llegara a aceptar el matrimonio con el tiempo, pero en su lugar John se había escapado, dejando una nota que decía que había pedido ayuda a un amigo de la familia para comprar un nombramiento en el ejército.

—No —dijo Louisa—. Le he escrito, pero no he tenido noticias después de su primera respuesta. —Su voz vaciló antes de continuar—. Estoy tan preocupada por él. Nunca fue alguien tan imprudente.

La irritación invadió a Catherine cuando Kerrick tomó la mano de su hermana y le dio un rápido apretón tranquilizador. —La mayoría de los jóvenes son impetuosos, pero afortunadamente lo superamos con el tiempo. Estoy seguro de que John está bien.

Antes de que Catherine pudiera recordarles a ambos que ella todavía estaba presente, fueron interrumpidos por una pareja mayor que se acercaba a su pequeño grupo. El hombre era de estatura y constitución media, con el cabello ralo salpicado generosamente de gris. Su esposa, sin embargo, era una mujer llamativa cuyo cabello oscuro solo comenzaba a mostrar signos de gris en las sienes. Kerrick los presentó como Lord y Lady Worthington.

—Nos preguntábamos cuándo volverías a la ciudad —dijo Lord Worthington, dirigiendo su atención a Kerrick—. Rose ha estado bastante molesta por tu negligencia.

Kerrick levantó una ceja y respondió con fría ecuanimidad. —No se deduciría eso por su comportamiento.

Catherine siguió su mirada y vio a una joven que había sido anunciada anteriormente como la señorita Rose Hardwick, hija de Lord y Lady Worthington. La chica tenía más o menos su edad y estaba a varios pasos de distancia, rodeada por un grupo de jóvenes que competían por su atención. Catherine no se sorprendió dada la belleza casi radiante de la chica. Ricos rizos castaños enmarcaban un rostro claro inusualmente bonito. Sus ojos brillaban, sus labios hacían un mohín y sus mejillas florecían con un resplandor rosado. Con su pelo claro y su tez, Catherine se sintió apagada y sin vida en comparación.

Worthington se encogió de hombros. —Es joven. ¿Esperabas que simplemente se quedara en un rincón suspirando por ti?

Lady Worthington se apresuró a añadir: —Simplemente coquetea con esos chicos. Ella sabe con quién descansa su futuro.

La conmoción recorrió a Catherine ante las palabras de la mujer mayor, y su mirada volvió a Kerrick. Su expresión no había cambiado, pero no negó la afirmación de Lady Worthington.

—Parece estar disfrutando bastante bien sin mi atención.

—Tonterías —dijo Worthington—. Eso es porque ella no sabe que estás aquí. Nosotros mismos acabamos de verte. Aunque no puedo imaginar por qué no nos habrás avisado hasta ahora.

—Acabo de llegar anoche —respondió él.

Worthington asintió, pero era evidente que la respuesta de Kerrick no le había satisfecho. Se volvió hacia Catherine y Louisa. —Lady Overlea, señorita Evans, ¿nos disculpan?

Catherine simplemente asintió en respuesta. Miró de nuevo a Rose Hardwick, con la mente llena de las implicaciones de las palabras del hombre mayor. Se negaba a creer que hubiera un entendimiento entre Rose y Kerrick. El destino no podía ser tan cruel.

Decidida a conocer la verdad, se volvió para interrogarlo, pero Kerrick ya se había alejado para hablar en privado con la pareja mayor. Su consternación aumentó cuando se giraron, como uno solo, para acercarse a la hija de Lord y Lady Worthington. El grupo de hombres se dispersó ante la presencia del padre de ella, pero algunos se mantuvieron cerca por si se les presentaba otra oportunidad.

Su consternación se convirtió en total incredulidad cuando vio a Kerrick inclinarse sobre la mano de la joven y conducirla a la pista de baile. Las notas de un vals comenzaban a sonar. Incapaz de verlos juntos, se volvió hacia su hermana.

Louisa, sin embargo, continuó observándolos. —Bueno —dijo cuando finalmente habló—, Nicholas nunca mencionó esto. No tenía idea de que hubiera algo entre Kerrick y Rose Hardwick.

Catherine no podía soportar quedarse allí y discutir la posibilidad de que Kerrick pudiera tener un entendimiento con otra mujer, así que intentó distraer a su hermana. —¿Dónde está Nicholas? Me sorprende que no esté pegado a tu lado.

Louisa hizo un pequeño sonido de exasperación. —No somos tan malos.

—Sí que lo son —dijo Catherine con una sonrisa cariñosa—. Pero admito que es refrescante verlo en medio de todas las uniones prácticas de la *alta sociedad*.

—¿Qué sabes tú de uniones prácticas?

Catherine negó con la cabeza. —No lo sé, no realmente. Es solo que solía pensar que las clases altas eran las afortunadas, pero debajo de sus apariencias percibo que falta algo. Un vacío.

Louisa no ocultó su sorpresa. —Te has vuelto muy astuta. Ya no eres solo mi hermanita, sino una mujer ahora.

Catherine se encogió de hombros. —No soy diferente hoy de lo que era ayer.

—No —dijo Louisa, con una sonrisa elevando la comisura de sus labios—. Por supuesto que no. Y hablando de Nicholas, aquí viene.

PASÓ algún tiempo antes de que pudiera regresar al pequeño grupo de Overlea. Después de su baile obligatorio con Rose Hardwick, los padres de ella se habían propuesto monopolizar su

compañía. Sabía que estaban enviando una señal a todos los demás padres con hijas en edad casadera de que tenían un reclamo previo sobre él. Uno basado únicamente en la amistad de toda la vida de Lady Worthington con la madre de Kerrick, pero que no tenía ninguna base real. Toda la situación lo dejaba más que un poco incómodo.

Por mucho que quisiera, no podía ignorar por completo a los Worthington o nunca dejaría de oír las quejas de su madre, así que tuvo que soportar su compañía mucho más tiempo del que habría aguantado a cualquier otro que hubiera hecho tal presunción. Sin embargo, se propuso tener una conversación privada con Worthington —y pronto— para aclarar al hombre sobre sus esperanzas mal ubicadas respecto al futuro de su hija.

Finalmente cansado de su compañía poco efusiva, Lord Worthington lo dejó para ir a la sala de juegos y Lady Worthington dirigió su atención a una de sus amigas. Libre de su sofocante atención, examinó la sala. La irritación se encendió cuando vio a Catherine Evans hablando con el vizconde Thornton.

La había visto bailando con él cuando llegó y se había sorprendido por la chispa de desagrado que había sentido. Hasta ese momento, no se había permitido pensar en el hecho de que era a Catherine a quien había estado deseando ver esta noche y no a su mejor amigo, Nicholas. A Catherine era a quien había echado de menos.

Eso no podía ser.

Había buscado a Nicholas y a su nueva esposa y había mantenido la espalda hacia las parejas bailando para no delatar su interés en los movimientos de Catherine. Cuando Nicholas se fue a buscar una bebida para su esposa, Louisa mencionó casualmente que su hermana estaba bailando con el vizconde Thornton, y él tuvo que esforzarse para no fruncir el ceño. Sabía muy poco sobre Thornton, solo que parecía demasiado joven. El pensamiento había surgido, sin invitación, de que Catherine necesitaba a alguien mayor, no a un joven petimetre que era poco más que un novato inexperto.

No había olvidado el vals que le había prometido el otoño anterior. De hecho, estaba a punto de invitarla a bailar cuando Worthington lo interrumpió. Se detuvo para hablar con el director de la orquesta antes de volver hacia ella. Fue una suerte para Thornton que ya se hubiera marchado.

—No estaba seguro de que te volveríamos a ver esta noche —dijo Nicholas, con diversión en la mirada—. ¿Qué es eso que oigo sobre un entendimiento entre tú y Rose Hardwick?

Nicholas claramente se estaba divirtiendo a costa suya. De alguna manera, Kerrick resistió el impulso de maldecir, pero no pudo evitar lanzar una rápida mirada a Catherine. Ella estaba mirando algo al otro lado de la sala, fingiendo no estar interesada en su conversación. Sin embargo, por la rigidez de sus hombros, sabía que ese no era el caso.

—No tengo intención de proponerle matrimonio, si es eso lo que te preguntas.

Los ojos de Nicholas se entrecerraron. —Por el comportamiento de Worthington, está claro que espera que lo hagas.

Kerrick podía sentir todos los oídos en las cercanías esforzándose por escuchar su conversación. Nicholas también se dio cuenta y había mantenido la voz baja.

Kerrick se encogió de hombros. —Él es un vizconde y yo soy un conde. Desea ver a su hija casarse bien. Por supuesto que espera un buen partido.

Nicholas frunció el ceño. —No parecías inclinado a disuadirlo de esa impresión.

Necesitaba detener esta conversación antes de que se volviera aún más incómoda. —Es complicado —dijo, sin querer entrar en los lazos que unían a sus dos familias—. Puedes preguntarme sobre ello más tarde. Por ahora, sin embargo, le prometí un baile a la señorita Evans, y temo que se molestará si falto a mi palabra.

Catherine le sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. En ese momento, los músicos terminaron la pieza que estaban tocando y comenzaron la siguiente. Él pudo ver su sorpresa.

—¿Otro vals?

—No prometí cualquier baile.

Tonto como era, su corazón se alegró cuando los ojos de ella brillaron con su habitual buen humor. Agradecido de que ya no pareciera molesta con él, le ofreció su brazo para guiarla a la pista. Ella colocó su pequeña mano en su antebrazo y su corazón amenazó con elevarse.

Ignorando el ceño fruncido que Louisa le dirigió, condujo a Catherine al centro de la sala. Ella no dudó ni un momento y se movió a sus brazos como si perteneciera allí. Y que lo condenaran si no se sentía como si así fuera.

Tenía la sensación de que su afecto por Catherine iba a complicar su amistad con Nicholas y su esposa. Había sospechado el otoño pasado que Catherine sentía un *tendre* por él, y lo último que quería era causarle algún daño. Al mismo tiempo, no estaba listo para seguir el ejemplo de su amigo hacia la dicha conyugal y tendría que dejar claro que no podía haber nada más que amistad entre él y Catherine. Más tarde, sin embargo. En ese momento no quería pensar en nada más que en la encantadora joven en sus brazos. Aquella a quien, se dijo a sí mismo, debía considerar solo como una hermana menor.

Tan pronto como empezaron a moverse, ella comenzó a hablar. Le contó sobre los eventos que se había perdido, las obras de teatro que había visto. No pudo evitar compararla con Rose Hardwick mientras la miraba. Ambas eran hermosas, pero de maneras completamente diferentes. La belleza de Rose era terrenal y obvia, mientras que la belleza de Catherine era delicada, casi etérea. Su cabello pálido estaba apilado alto en su cabeza en un arreglo complicado con mechones ondulados que se rizaban alrededor de su rostro y cuello. Su piel era suave como la crema y sus ojos de un vívido tono azul que recordaba haber visto solo en otra persona: su hermano, John, a quien había conocido brevemente en la boda de Nicholas y Louisa. Louisa se parecía mucho a Catherine, pero sus ojos eran grises y parecían reflejar su naturaleza más seria.

Al mirar a Catherine, se podría perdonar esperar que fuera el tipo de persona que se mantuviera distante y alejada, pero era todo lo contrario. Era cálida y generosa, un descubrimiento que lo había sorprendido al principio. Cuando Catherine sonreía, lo hacía de verdad. Sus sonrisas no eran fingidas para causar efecto, y ciertamente no las sacaba y usaba como un arma para encantar a alguien y que accediera a su último capricho. No como lo hacían la mayoría de las otras mujeres que había conocido. No como Rose Hardwick.

Se encontró mirándola con atención absorta mientras ella relataba las longitudes a las que muchas de las jóvenes habían llegado para atraer la atención de un pretendiente muy codiciado.

A mitad de una historia particularmente divertida, ella se detuvo. Su ceño se frunció. —Pareces tan serio.

—¿Lo parezco? —No se sentía así—. Estoy tratando de imaginar a la pobre Mildred Markham cayendo en el Serpentine mientras intentaba captar la atención de Lord Beckham. Estoy seguro de que la recordará por bastante tiempo.

Ella rio, un sonido ligero y entrecortado, y pudo ver que las cabezas cercanas se giraban en su dirección. Catherine, sin embargo, era ajena al interés que atraía.

—Realmente no debería chismorrear. Sus acciones no son diferentes a las mías.

Él arqueó una ceja ante eso. —¿Has caído en el Serpentine mientras intentabas llamar la atención de alguien?

—Oh, no —dijo ella con un firme movimiento de cabeza—. Sin embargo, me avergoncé cuando me alejé para mirar algunas de las flores en Hyde Park la semana pasada.

Kerrick recordó la afición de Catherine por las plantas, particularmente las exóticas, pero ella no habría encontrado nada a lo largo de Rotten Row que se comparara con la colección en Overlea Manor. —No veo cómo eso pudo haberte causado vergüenza.

—Me alejé bastante y me adentré en un pequeño bosquecillo. Estaba bien, por supuesto, pero aparentemente se armó un pánico cuando desaparecí y se organizó un grupo de búsqueda. Diez lores que estaban visitando el parque abandonaron a sus acompañantes para ayudar a buscarme.

Kerrick no pudo contener su risa al imaginar la escena. —Me resulta difícil creer que Louisa o Nicholas hubieran dado la alarma cuando descubrieron que te habías alejado.

—Me conoces demasiado bien —dijo ella, afectando una expresión de pesar—. Sin embargo, estaba con Lord Thornton. Él no conoce mi afición por las plantas y los jardines. Estábamos dando un paseo tranquilo cuando se detuvo para saludar a un amigo suyo. Cuando se dio cuenta de que había desaparecido, asumió que me habían secuestrado y dio la alarma.

Ella esperaba que él se riera, por supuesto. Las comisuras de su boca se habían levantado con una alegría impenitente y fue con gran dificultad que le devolvió la sonrisa. Pero su confesión había borrado su diversión. ¿Por qué le sorprendía que los hombres le hicieran la corte? Thornton era joven y parecía inofensivo, pero odiaba la idea de que estuvieran juntos. Habían formado una pareja llamativa cuando bailaban, con su juventud y su atractivo rubio de ojos azules. Kerrick no conocía lo suficiente a Thornton como para hacer más que saludarlo de pasada, pero se encontró odiando al hombre.

Ella inclinó la cabeza con curiosidad cuando él no respondió de inmediato, y supo que iba a presionarlo. Antes de que pudiera hacerlo, él dijo: —Espero que tus experiencias hasta ahora hayan estado a la altura de tus expectativas. Recuerdo lo mucho que esperabas tu temporada.

Ella suspiró. El sonido parecía tan desconsolado y diferente a ella.

—Admito que he estado un poco aburrida.

Su confesión lo sorprendió. —No tengo mucha experiencia con jóvenes que se introducen en sociedad, pero no creo haber oído a ninguna de ellas describir el torbellino social como aburrido.

—Oh, no —dijo ella, apresurándose a corregirlo—. Bueno, no exactamente. Hay mucho que hacer, y he disfrutado muchos aspectos de la vida en la ciudad, especialmente el teatro. Pero, ¿cuántos bailes y reuniones se puede esperar que uno asista antes de que todos se mezclen en uno solo? Solo desearía...

Cuando ella no continuó, él la instó: —¿Solo desearías...?

Ella negó con la cabeza. —No es nada. He estado leyendo sobre cómo los jardines del Palacio de Richmond y Kew se han unido recientemente, y al parecer han adquirido plantas de varias expediciones navales alrededor del mundo. Plantas que no se pueden encontrar en ningún otro lugar de Inglaterra —suspiró de nuevo—. Esperaba visitar los jardines, pero dada la condición de Louisa, ha estado tan cansada últimamente y no quiere comprometerse a caminar tanto. Y dudo en pedírselo a Nicholas, ya que pasa gran parte de su tiempo estos días revoloteando alrededor de mi hermana. Sé que odiaría estar lejos de ella por tanto tiempo.

Solo le tomó un momento darse cuenta de lo que ella estaba insinuando. —¿Louisa está encinta?

—Oh, no —dijo ella, con una expresión de horror en su rostro—. No debía decir nada. Todavía es muy pronto y no desean anunciarlo aún.

Él se inclinó un poco más cerca mientras la guiaba por el salón de baile y habló en voz baja. —Tu secreto está a salvo conmigo —Sus ojos se encontraron y se mantuvieron fijos, y Kerrick tuvo la extraña sensación de que se estaba ahogando en las profundidades azules de su mirada.

Fue entonces cuando notó el aroma que ella había elegido usar. La había visto tan a menudo

en el invernadero durante su estancia en Overlea Manor que había llegado a asociar el aroma de las flores tropicales con ella. Aquí, sin embargo, no podía atribuir su perfume al entorno. Era un aroma ligero, pero aún así exótico y tan completamente ella. Parecía extenderse y envolverlo, y por varios largos momentos el resto de la sala desapareció mientras la miraba.

Se dio una rápida sacudida mental de cabeza mientras trataba de recordar qué más quería decir. Ah sí, los Jardines de Kew. —En cuanto a lo otro, sería un honor acompañarte a los jardines. Incluso conozco a alguien que debería estar dispuesto a actuar como tu acompañante.

El rostro de Catherine se iluminó de emoción y su evidente alegría lo hizo sentir como si midiera tres metros de altura.

—Sabía que todo sería mejor contigo aquí.

CATHERINE YA HABÍA CONOCIDO al Duque de Clarington, un viejo amigo tanto de Nicholas como de Kerrick, y a la nueva duquesa de menos de un año. Kerrick no estaba seguro de cómo lo había logrado la duquesa, pero había conseguido captar la atención de Clarington con relativa facilidad durante la temporada pasada. En ese momento, a Kerrick le había divertido el tormento de su amigo cuando ella parecía favorecer a otro sobre él, pero todo había salido bien al final, y los dos eran una pareja tan feliz como Nicholas y Louisa. Lo cual, dado el estado de la mayoría de los matrimonios entre los miembros de la sociedad, era bastante anómalo.

El duque y la duquesa estaban sumidos en una conversación con Louisa y Nicholas cuando regresaron de su vals. La duquesa era más alta que la mayoría de las mujeres presentes, y su altura, junto con su cabello rojo, la hacía destacar en cualquier multitud. Era innegablemente hermosa, pero era Catherine quien mantenía su atención mientras informaba a todos, con gran entusiasmo, de su planeado viaje a los Jardines de Kew.

Apartó su mirada de Catherine, tarea más difícil de lo que hubiera pensado anteriormente, y se dirigió a la nueva duquesa. —La señorita Evans mencionó que Lady Overlea no podría acompañarnos, así que pensé en pedirle que nos acompañara. Ella esperaba visitar mañana, pero podemos hacer arreglos para otro día si eso se ajusta mejor a su agenda.

El alivio de Louisa por no ser invitada era evidente, y no pasó por alto la mirada que intercambiaron las hermanas. Sin duda se preguntaba si Catherine le había contado sobre su reciente estado de embarazo.

—Mañana sería perfecto —dijo la duquesa—. He oído que los jardines son encantadores.

Kerrick ignoró la sonrisa de complicidad en el rostro de Clarington. Descubrió que realmente estaba deseando la excursión. No porque estuviera particularmente interesado en las plantas o los jardines —nunca les había prestado mucha atención—, sino porque significaba que podría pasar más tiempo con Catherine. Ese pensamiento debería haberlo preocupado, pero no fue así.

—Sé que no fui invitado —dijo Clarington—, pero creo que me uniré a ustedes. No querría dejarte en inferioridad numérica frente a las mujeres —El brillo en sus ojos hablaba de razones menos nobles para querer unirse a su grupo, y en ese momento Kerrick se arrepintió de haber bromeado con su amigo el año anterior cuando le resultaba difícil resistirse a los encantos de la duquesa.

CAPÍTULO DOS

KERRICK DESMONTÓ y entregó las riendas de su caballo al mozo de cuadra que esperaba fuera de la casa de Overlea en la ciudad. Era poco después de las once, y en su afán por asegurarse de que Catherine disfrutara de su día, ya había ido a Kew y regresado. No estaba seguro de por qué era tan importante para él hacerla feliz, pero no tenía duda de que ella estaría emocionada cuando supiera que había arreglado que el jefe de jardineros en persona dirigiera su visita.

No merecía menos. Cuando se había alojado en la finca de Nicholas el otoño anterior, Catherine era una nueva residente en Overlea Manor. Ella se había encargado de realizar un inventario de las plantas que la abuela de Nicholas había coleccionado y exhibido en el invernadero de la mansión. Había visto de primera mano cómo desaparecía durante horas, surgiendo de su búsqueda para catalogar las plantas sin nombre solo cuando se anunciaba la cena.

Un gran carruaje negro lacado con el escudo de Clarington ya estaba estacionado frente a la casa. Cuando entró, encontró a todos reunidos en el salón. Catherine estaba sentada en el sofá junto a la duquesa, las dos sumidas en una conversación. Louisa, con aspecto de no haber dormido en toda la noche, estaba sentada en una silla colocada en ángulo recto con respecto a ellas. Clarington y Overlea conversaban junto a la ventana, pero era imposible no notar la preocupación en el rostro de este último mientras miraba a su esposa.

Kerrick aceptó la bienvenida de todos antes de unirse a los hombres. —Nicholas —dijo, saludando a Overlea por su nombre de pila. Nicholas nunca había esperado heredar el título, y habiendo perdido a su padre y a su hermano mayor recientemente, prefería que sus amigos cercanos se dirigieran a él de manera informal.

Kerrick vio la anticipación en el rostro de Clarington cuando le dirigió su atención. —Compórtate esta tarde —le dijo, manteniendo la voz baja para que las mujeres no lo oyeran.

—Por supuesto —Clarington le lanzó una mirada calculadora antes de añadir—: Después de todo, es lo menos que puedo hacer después de que te negaras a burlarte de mí el año pasado sobre Charlotte en cada oportunidad que tuviste.

Kerrick maldijo suavemente y Clarington rio con deleite. Se volvió hacia Nicholas, pero su desenfadada súplica de simpatía murió antes de que las palabras fueran pronunciadas. La expresión en el rostro de su amigo casi le hizo dar un paso atrás.

—No estás cortejando a Catherine —dijo Nicholas, con la voz cargada de amenaza.

Kerrick se quedó sin palabras, pero solo por un momento. —¿Quién te dijo que lo estaba haciendo? Ella y yo somos simplemente amigos.

Nicholas se movió de manera que su espalda quedara hacia las mujeres que, afortunadamente, no se habían percatado de su acalorado intercambio. —Louisa está preocupada de que Catherine espere lo contrario. Harías bien en sacarla de ese error. Especialmente porque todos parecen estar bajo la impresión de que estás prácticamente comprometido formalmente con la hija de Worthington.

Una chispa de ira, rápida y ardiente, lo atravesó. —Todos están equivocados —dijo, sin molestarse en ocultar su molestia—. No te equivoques, si tal atrocidad llegara a suceder, lo sabrías. Tú, más que nadie, deberías saber que nunca me aprovecharía de una inocente, incluso cuando otros exigen que lo haga.

El destello de irritación en el rostro de Nicholas le indicó que ambos estaban pensando en lo que habían pasado el otoño anterior cuando Nicholas había solicitado la ayuda de Kerrick. En ese momento, Nicholas pensaba que sufría la misma enfermedad que ya se había llevado a su hermano y a su padre, y le había pedido a Kerrick que engendrara un hijo con Louisa para evitar que el marquesado cayera en manos de su inescrupuloso primo. Kerrick había sido reacio a aceptar el plan desde el principio y había decidido que no lo llevaría a cabo cuando se dio cuenta, poco después de conocerla, de que Louisa estaba muy enamorada de su nuevo marido.

Tampoco le había llevado mucho tiempo descubrir que Nicholas, aunque trataba de negarlo, deseaba mucho a su esposa solo para sí mismo. Un hombre de menor valía habría aprovechado la oportunidad proporcionada por el plan de Nicholas. Después de todo, Louisa era una mujer hermosa y, en ese momento, estaba atrapada en un matrimonio con un hombre que se esforzaba por distanciarse de ella. Pero a pesar de su aparente fragilidad, la esposa de Nicholas tenía un núcleo de acero, y él había sabido de inmediato que ella no se dejaría influenciar por ningún esfuerzo de su parte para seducirla. Y respetaba demasiado los sentimientos de su amigo como para siquiera intentarlo. Solo se alegraba de que todo hubiera salido bien al final.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Clarington, rompiendo el pesado silencio.

Nicholas fue el primero en desviar la mirada. —Nada —dijo, con la mandíbula tensa—. Historia antigua.

Kerrick no dio más explicaciones. Una de las razones por las que Nicholas había decidido acercarse a él para engendrar a su heredero era el conocimiento de que Kerrick se llevaría el secreto de su descabellado plan a la tumba. Clarington había estado de luna de miel en ese momento y ni siquiera se había enterado del matrimonio de Nicholas hasta que toda la situación se había resuelto.

—Deberíamos irnos, entonces. Nos espera una tarde de investigación de vegetación —dijo Clarington en un obvio intento de aligerar el ambiente.

Los cuatro que formaban su grupo para la salida salieron de la casa en medio de un coro de despedidas y charla general. Clarington ayudó primero a su esposa, luego a Catherine, a subir al carruaje que esperaba antes de seguirlas, dejando que Kerrick entrara el último. Cuando lo hizo, se encontró sentado frente a Catherine.

Mantuvo un tono casual mientras revelaba que el jefe de jardineros los guiaría en su visita. La expresión en el rostro de Catherine —una mezcla de felicidad, emoción y anticipación— compensó con creces el esfuerzo extra que ya había hecho esa mañana.

CATHERINE APENAS PODÍA CONTENER su emoción ante la perspectiva de ver en persona muchas de las plantas que solo había visto en imágenes en libros. Le había resultado tedioso

cuando, poco después de llegar a Londres para el inicio de la temporada, había descubierto que todos los miembros de la *ton* parecían contentos con limitar su disfrute de la naturaleza a paseos vespertinos en Hyde Park durante la hora de moda, o a visitar los Jardines de Placer de Vauxhall por sus famosos entretenimientos nocturnos. Para su decepción, había aprendido que en cuanto a vida vegetal, no había nada verdaderamente notable en ninguno de los dos lugares.

Solo escuchaba a medias mientras Clarington informaba a Kerrick de lo que se había perdido durante su ausencia de la ciudad. No le sorprendió descubrir que los hombres estaban más que felices de participar en chismes, aunque sospechaba que se ofenderían si ella usara ese término. Probablemente lo consideraban *mantenerse al día con los acontecimientos actuales*.

Intentó no mirar fijamente, pero Kerrick estaba sentado justo frente a ella y era natural que lo mirara. Si era posible, estaba aún más guapo que cuando lo había visto por última vez el otoño anterior. Su cabello oscuro era más corto de lo que recordaba, pero le gustaba el corte severo en él. Los planos afilados de su rostro eran más notorios ahora. ¿Y cómo había olvidado la forma en que sus ojos azul profundo se arrugaban cuando sonreía? Sus ojos se veían atraídos una y otra vez hacia su boca, y se encontró preguntándose cómo se sentiría besarlo.

Recordó, de nuevo, cómo la había sostenido en sus fuertes brazos mientras bailaban el vals la noche anterior y se permitió fantasear con que él se detenía y, sin apartar los ojos de los suyos, la atraía hacia su pecho y la besaba. No pudo contener un suspiro ante la fantasía. La mirada de Kerrick se dirigió a su rostro, y por un momento tuvo la idea mortificante de que él sabía lo que había estado pensando.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron. Había algo en la suya que no reconocía, pero que hacía que cada nervio de su cuerpo hormigueara con anticipación. Su respiración se entrecortó y se encontró teniendo que recordarse que debía seguir respirando. Notó la forma en que su mandíbula se tensaba justo antes de apartar la mirada de la suya y volverse hacia Clarington. El aire entre ellos parecía crepitar con una nueva sensación de conciencia. Al principio pensó que esa mayor conciencia era solo por su parte, pero la forma en que él parecía dudar ligeramente antes de volverse a mirarla cada vez que ella hablaba le dijo que él también lo sentía.

Ese conocimiento casi fue suficiente para hacerle olvidar la razón de su viaje, pero demasiado pronto llegaron a Kew. Kerrick casi saltó del carruaje cuando se detuvo frente a las puertas principales. No estaba segura de si debía sentirse insultada por su aparente prisa por salir de su presencia, pero se sintió marginalmente mejor cuando él la ayudó a bajar del carruaje, sosteniendo su mano un instante de más mientras la miraba. Cuando la duquesa dio una delicada tosecita, él se recompuso y la soltó para ayudar a la otra mujer.

Clarington parecía estar divertido cuando bajó, pero Catherine no podía decir por qué. Sin embargo, no se perdió el ceño fruncido que Kerrick dirigió a su amigo.

—¿A dónde deberíamos ir primero? —preguntó la duquesa.

Kerrick señaló hacia el sur. —Clifton dijo que lo encontraríamos cerca del templo de Belona.

—La diosa romana de la guerra —dijo Catherine.

Kerrick no ocultó su sorpresa. —Conoces tu mitología.

—Probablemente te sorprenda mucho, pero sé algunas cosas además de los nombres de las plantas.

En respuesta al fingido reproche en su voz, Kerrick hizo una reverencia formal. —Tendré que recordar no subestimarte en el futuro.

La duquesa se movió para ponerse al lado de Catherine y miró a los dos hombres. —No parece que el señor Clifton haya oído llegar nuestro carruaje. ¿Por qué no van ustedes dos a ver

si está en el templo mientras Catherine y yo esperamos aquí para asegurarnos de no perdérnoslo?

Clarington le hizo un pequeño saludo a su esposa, lo que le valió un ligero golpe en el brazo, antes de que los dos hombres se dirigieran hacia el pequeño edificio.

Catherine se volvió hacia la duquesa, que era solo unos años mayor que ella. —Quería agradecerle nuevamente, Su Gracia, por acceder a venir hoy. Sé que la mayoría de la gente encontraría tal salida muy aburrida.

La duquesa hizo un gesto de descarte con la mano. —Estoy muy contenta por la oportunidad de conocerte mejor. Hablando de eso, creo que podemos dejar las formalidades aquí. Insisto en que me llames Charlotte cuando estemos lejos de la inflexibilidad de la sociedad.

—Me encantaría —dijo Catherine.

—Bien. Ahora que hemos resuelto ese asunto, cuéntame sobre Kerrick y tú. Puedo ver que te gusta.

Catherine se preguntó si todo el mundo podía notar cuánto le importaba Kerrick. Sin embargo, trató de actuar con indiferencia. —Es amigo de Nicholas y pasó algún tiempo con nosotros el otoño pasado. Nos hicimos amigos durante ese tiempo.

Charlotte hizo un suave sonido de reprobación. —No seas tímida. Sabes que no es eso lo que quería decir.

Catherine suspiró. —Tienes razón. Sin embargo, no creo que él sienta lo mismo por mí. —Dudó antes de compartir una confidencia adicional—. Parecía bastante cercano a Louisa cuando nos visitó. Pensé que podría tener sentimientos por ella.

—No estoy segura de creer eso —dijo Charlotte después de considerar su declaración—. Por lo que he visto, su comportamiento con ella es tan amistoso pero circunspecto como su comportamiento conmigo. Es diferente cuando te mira a ti, sin embargo.

El pulso de Catherine se aceleró. —¿Tú crees? A veces me resulta imposible saber si un caballero está siendo simplemente amable o si hay algo más detrás de esa amabilidad.

—Yo estaba en el mismo predicamento hace apenas un año.

—¿Tú y Su Gracia?

Charlotte asintió. —Lo conozco desde hace años, pero temía que siempre me considerara la molesta amiga de su hermana.

—Seguramente no. —Viendo la forma en que el duque mimaba a su esposa, era difícil creer que alguna vez la hubiera considerado molesta.

Charlotte asintió con gravedad. —Me temo que sí. Fui bastante molesta cuando era más joven.

—¿Qué cambió? —preguntó Catherine, ansiosa por saber cómo la otra mujer había logrado finalmente capturar el interés del hombre que amaba.

—Bueno, primero hubo unos años en los que no nos vimos, y durante ese tiempo crecí. Tanto en madurez como en apariencia física. Tú, sin embargo —dijo, dirigiendo una mirada crítica a Catherine—, ya eres muy hermosa.

—¿Eso fue todo? —Si ese era el secreto de la duquesa, su caso era verdaderamente desesperado. Kerrick difícilmente se estaba deshaciendo en halagos ni escribiendo sonetos compuestos a su belleza.

Charlotte negó con la cabeza. —Seguí la sabiduría convencional que dice que los hombres desean más aquello que no pueden tener.

Ante la evidente confusión de Catherine, Charlotte sonrió. —Le hice creer que no estaba en absoluto interesada en él, y luego procedí a coquetear con cualquier hombre que me prestara más que unos momentos de atención.

Catherine meditó ese consejo en su cabeza. ¿Sería capaz de fingir una atracción donde no existía? Sus pensamientos se dirigieron a Rose Hardwick. ¿Era eso lo que la otra mujer estaba haciendo? ¿Fingir indiferencia hacia Kerrick? Rose ciertamente se rodeaba de otros admiradores. ¿Estaba intentando atraer el interés de Kerrick fingiendo desinterés? La idea la hizo sentir ligeramente enferma, porque significaría que Catherine tenía una rival directa por la atención de Kerrick. Una que ya parecía tener ventaja si las expectativas de sus padres eran una indicación.

—No estoy segura de poder hacer eso.

—Puede que no tengas que hacerlo —dijo Charlotte. Debió haber notado la confusión de Catherine, porque añadió—: Kerrick ya te aprecia mucho.

Catherine dudó un momento antes de decir: —He oído que hay expectativas sobre su futuro.

Charlotte la miró fijamente. —Clarington me dice que no hay un compromiso formal, y supongo que él lo sabría. Puede que solo tenga veintitrés años, pero a lo largo de los años he visto que las expectativas no siempre se convierten en realidad. Hasta que Kerrick se declare y sea aceptado, es libre de perseguir a otras. O de ser perseguido.

La duquesa tenía razón, por supuesto. Si no había un entendimiento formal entre los dos, y dado que ninguna de las partes involucradas mostraba señales de tener un vínculo romántico con el otro, ¿qué daño haría seguir lo que su corazón le dictaba? Nunca se perdonaría si al menos no intentara captar el interés de Kerrick.

—¿Qué hago? No puedo ser coqueta con otros hombres. No cuando... —No estaba segura de cómo continuar, pero Charlotte sabía lo que iba a decir.

—¿No cuando la rival por sus afectos está usando la misma táctica? Y haciéndolo espléndidamente, debo añadir.

La nota de admiración en la voz de Charlotte fue suficiente para hacer que Catherine se desesperara.

—Tendrás que usar la estrategia opuesta. Ya que Rose Hardwick está poniendo mucho esfuerzo en alejar a Kerrick, tendremos que asegurarnos de que sea empujado en tu dirección.

A Catherine le gustó cómo sonaba eso. —¿Cómo?

Charlotte lo consideró por varios momentos. —Para empezar —dijo—, haré lo que pueda para mantener a mi marido ocupado durante las próximas semanas. Si Kerrick desea pasar tiempo de calidad con un amigo masculino, se verá obligado a hacerlo con Overlea. Eso debería ponerlo en tu camino con más frecuencia.

Catherine estaba tan absorta en su conversación que no se había dado cuenta de que Kerrick y el duque ya estaban regresando hasta que la duquesa silenció lo que estaba a punto de decir alcanzando su brazo e inclinando la cabeza hacia la derecha. Catherine se giró para encontrarlos con un hombre de mediana edad de estatura media cuya piel daba testimonio del hecho de que pasaba mucho tiempo al aire libre.

Después de que Kerrick hiciera las presentaciones, el señor Clifton le sonrió y dijo: —He oído que le gustan mucho las plantas. ¿Qué le gustaría que le mostrara primero?

—Quiero verlo todo —dijo Catherine con una risa autocrítica—. Pero me temo que mis acompañantes no estarían muy contentos de pasar las próximas horas deambulando por cada acre de tierra.

Los ojos del señor Clifton se iluminaron ante su evidente entusiasmo. —Me temo que eso no sería posible, incluso si estuvieran dispuestos, pero puedo mostrarle una variedad de lo que hemos recolectado aquí.

—¿Podemos empezar con las plantas que han sido recolectadas de viajes al extranjero?

—Es usted una mujer según mi corazón —dijo, ofreciéndole su brazo para que lo tomara.

Durante las siguientes tres horas, Catherine vio muchas plantas que solo había visto en bocetos en blanco y negro, y algunas de las que ni siquiera había oído hablar. Sus favoritas eran las flores tropicales. Aún era principios de primavera y muchas de ellas aún no estaban en flor, pero la variedad de colores vibrantes y formas era suficiente para hacer que su mente diera vueltas.

Más de una vez había exclamado sobre algo y se había girado para encontrar a Kerrick observándola. Al principio era con divertida paciencia, pero luego algo cambió. No podía decir exactamente qué, y no quería darle demasiada importancia por temor a alimentar sus esperanzas solo para verlas frustradas, pero definitivamente había una nueva conexión entre ellos.

La duquesa parecía estar tomando en serio su promesa de ayudar a unirla con Kerrick y se esforzaba por arrastrar a su marido a rincones apartados de los diversos jardines que veían. No creía que Kerrick o Clarington supieran lo que estaba haciendo, este último probablemente pensaba que el ambiente romántico de los jardines estaba detrás del deseo de su esposa de pasar tiempo con él separados del resto del grupo, pero Catherine sabía exactamente lo que estaba en marcha y apreciaba el esfuerzo de la duquesa.

Cuando llegaron al invernadero de naranjos, la última parada en su recorrido improvisado, incluso ella empezaba a flaquear.

—Me encantaría volver más adelante en el año y ver los árboles con sus naranjas —dijo Catherine con un suspiro nostálgico.

—Desafortunadamente, el sitio no será tan impresionante como esperábamos —dijo el señor Clifton—. Los árboles están empezando a mostrar signos de estrés porque no están recibiendo suficiente luz aquí. Vamos a tener que moverlos a algún lugar que tenga más ventanas. Tal vez incluso un techo de cristal. Esperemos que no decaigan demasiado antes de que eso pueda suceder.

—Espero que no —dijo Catherine—. Sería una verdadera lástima.

Dio una última mirada a los árboles antes de volver con los demás. Se resistía a irse e hizo el voto de que volvería algún día para ver más de los jardines.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando vio la extraña expresión en el rostro de Kerrick.

—Tienes algo justo aquí —dijo, pasando un dedo por su nariz.

Ella se llevó la mano a su propia nariz y oyó la risa de Charlotte. Se giró para mirar a la duquesa, pero la mujer solo le guiñó un ojo rápidamente antes de arrastrar a su marido y al señor Clifton lejos.

—Solo lo estás empeorando —dijo él.

Ella miró sus manos e hizo una mueca cuando vio la tierra en sus guantes.

—Aquí —dijo, sacando un pañuelo de su bolsillo. Estaba a punto de entregárselo, pero dudó —. ¿Si me permites? —sostuvo el cuadrado de tela blanca y almidonada.

Catherine negó con la cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener su respiración uniforme cuando él se acercó y levantó el pañuelo para limpiar lo que ella esperaba fuera solo una pequeña mancha de tierra. Estaba imposiblemente cerca, más cerca de lo que había estado cuando bailaron. Su ceño se frunció en concentración mientras frotaba la tierra de su nariz.

Cuando terminó, no retrocedió. En su lugar, continuó mirándola desde arriba.

—Estás cansada —dijo.

La mirada en sus ojos, junto con el calor dentro del invernadero, hizo que sus mejillas se sonrojaran.

—Y acalorada —logró decir cuando recordó respirar de nuevo.

Sus ojos se oscurecieron, y por un momento se encontró pensando que iba a besarla. Pero

entonces él apartó la mirada y dio un paso atrás, y el momento se hizo añicos.

—Deberíamos reunirnos con los demás. Probablemente ya estén a medio camino del carruaje.

Catherine solo pudo asentir en respuesta mientras tomaba su brazo y salían del edificio.

CAPÍTULO TRES

AQUELLA NOCHE SOÑÓ CON CATHERINE. Sueños acalorados en los que la había separado del resto de su grupo y la había llevado a un laberinto que solo existía en su sueño. Se despertó sintiéndose frustrado y más que un poco culpable. Mientras yacía en la cama, con el cuerpo aún excitado y la mente nublada por imágenes eróticas, sus pensamientos se dirigieron a la advertencia de Nicholas de mantenerse alejado de Catherine. Si su amigo se enterara de que estaba soñando con despojar a su cuñada de su ropa y hacer que se fijara en algo más que en la infernal vida vegetal que tanto le interesaba, le arrancaría la piel a tiras.

Pero no era solo su cuerpo lo que le atraía. Si simplemente estuviera sufriendo de frustración sexual, conocía a varias mujeres que estarían más que felices de aliviar su malestar. Se dio cuenta, sin embargo, de que Catherine Evans era más que una joven haciendo su debut en sociedad. Era una contradicción. A veces parecía tan joven e inocente, y junto con esa juventud venía un entusiasmo que lo encantaba. Pero también era inteligente. Le gustaba la jardinería, sí, pero su interés iba más allá de simplemente gustar de flores bonitas. Había notado cuando estuvo en Overlea Manor el otoño anterior que ella había estudiado con la dedicación de una erudita las plantas exóticas que la abuela de Nicholas había coleccionado a lo largo de los años. Había pasado horas revisando libros y haciendo sus propias anotaciones. No podía comprender por qué las plantas le fascinaban tanto o por qué dedicaría tanto tiempo a su estudio. Sí sabía, por lo que Overlea le había contado, que el rápido pensamiento de Catherine había salvado la vida de su hermana.

Catherine tenía profundidades que no eran inmediatamente obvias cuando uno la conocía por primera vez, y no podía negar que anhelaba explorar esas capas ocultas. Anhelaba saber qué era lo que más deseaba en la vida. Se dio cuenta de que esperaba que fuera él, pero atribuyó ese deseo a su vanidad. Las mujeres no ocultaban que lo encontraban atractivo, y Catherine no era inmune a sus encantos. Y ella había dicho que estaba aburrida antes de su regreso a la ciudad. Si el demasiado joven Vizconde Thornton era un indicio de la compañía que había estado frecuentando, no era de extrañar que necesitara una compañía más estimulante.

Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Overlea había tenido razón en sus suposiciones el día anterior. Él *sí* quería cortejar a Catherine. Era más joven que él, sí, pero solo por once años. No era inusual que hombres mucho mayores que él se casaran con alguien de su edad. Normalmente prefería la compañía de mujeres más experimentadas que solo esperaban un amorío a corto plazo. Solo había un tipo de relación que podía perseguir con Catherine Evans: una más permanente. Y por primera vez en su vida, descubrió que la perspectiva del matrimonio ya no le parecía tan desagradable.

Pero tenía un asunto muy importante que atender antes de poder siquiera considerar la posibilidad de cortejar a Catherine. Tenía que aclarar el asunto de la expectativa de los Worthington de que algún día se casaría con su hija. Sospechaba que su madre había fomentado esa creencia.

Estaba considerando si dar primero la noticia a su madre o a Lord Worthington cuando un golpe en la puerta de su dormitorio lo sacó de sus cavilaciones. Cuando nadie entró inmediatamente después, supo que no era su ayuda de cámara que venía a vestirlo para el día. Se levantó, se puso la bata y abrió la puerta para encontrar a su mayordomo al otro lado, con una bandeja de plata equilibrada en una mano. Su culpabilidad le hizo pensar inmediatamente que Overlea estaba abajo en ese mismo momento, listo para golpearlo por sus pensamientos descarriados. Esperando no ser retado a duelo simplemente por mirar en dirección a Catherine, alargó la mano para tomar la tarjeta de visita colocada pulcramente en el centro de la bandeja.

Cuando leyó el nombre de su visitante, logró mantener una expresión impasible. Ofreció un breve asentimiento a modo de respuesta, cerró la puerta con demasiado cuidado y se dirigió al cordón de la campanilla para llamar a su ayuda de cámara. Lo que realmente quería hacer, sin embargo, era golpear algo. Su mirada se dirigió a la ventana, un fugaz pensamiento de escape cruzando por su mente, pero reprimió el impulso con implacable practicidad. Dado el fracaso de su reciente línea de investigación, no debería haberse sorprendido al saber que el representante no oficial del Ministerio del Interior había considerado oportuno contactarlo directamente. Escapar ahora solo retrasaría lo inevitable.

El Conde de Brantford lo esperaba en la biblioteca, sentado en uno de los sillones de respaldo alto frente a la chimenea apagada. Como siempre, el hombre rubio era la imagen de la indolencia perezosa. Pero Kerrick sabía que estaba lejos de ser el noble despreocupado que pretendía ser. Lo que lo puso en alerta máxima, sin embargo, fue el expediente que Brantford había colocado en la pequeña mesa junto a su codo. El día de Kerrick acababa de tomar un marcado giro para peor.

—Brantford —dijo a modo de saludo mientras se acomodaba en el sillón frente a él—. Debo decir que esperaba no volver a verte tan pronto.

—Ay, la vida está llena de decepciones. Yo también esperaba estar mucho más cerca de poner fin a este asunto, pero recientemente me enteré de que no será así.

La irritación se encendió, pero Kerrick no permitiría que se notara. Nunca era conveniente dejar que las emociones tuvieran rienda suelta en este negocio.

—Creí haber dejado claro que mi última ronda de indagaciones sería el final de nuestro acuerdo.

—Qué extraño. Había oído que no habías encontrado ninguna pista —como siempre, el tono de Brantford era ecuánime.

—Has oído correctamente. El rastro ya estaba frío cuando llegué y no pude encontrar a nadie que supiera algo de importancia.

Brantford lo miró fijamente.

—Así que, de hecho, no has cumplido con tu deber final con el Ministerio del Interior.

Fue con gran esfuerzo que Kerrick mantuvo su temperamento bajo control.

—Fui en la misión, que era todo lo que se requería de mí. Esta reunión ha terminado.

Empezó a levantarse, pero el brillo en los ojos de Brantford detuvo su movimiento.

—Oficialmente, sí, tu período de servicio ha llegado a su fin. Sin embargo, creo que hubo un favor personal que me pediste el otoño pasado. Te pediría un favor a cambio. No estás, como dices, obligado a complacerme...

No tuvo que completar la frase. Kerrick se había puesto en deuda con el otro hombre cuando lo había llamado para ayudar a Nicholas a descubrir quién había estado intentando dañar a su familia. Solo alguien sin honor ignoraría una deuda.

—Esto es lo último —dijo él.

—Por supuesto.

Kerrick se recostó en su silla, resignado a otro viaje más. Brantford hacía todo lo posible por parecer aburrido, lo que él sabía significaba que no le iba a gustar lo que venía.

—¿Adónde me envía?

—En realidad, no lo enviamos a ninguna parte. Sus servicios son requeridos aquí mismo en la ciudad.

La inquietud se asentó en su interior. —¿Haciendo qué?

Brantford se quitó una pelusa imaginaria de la manga, con un movimiento lento y preciso, antes de encontrarse con su mirada. —Worthington se ha convertido en una persona de interés en nuestro intento por descubrir quién ha estado filtrando información sensible a los franceses. No ha escapado a nuestra atención que el hombre tiene ciertas expectativas con respecto a usted y su hija. Eso lo coloca en la posición perfecta para observarlo más de cerca.

Las palabras se asentaron sobre él como una sentencia de muerte. No pudo evitar que sus pensamientos se dirigieran a la joven a la que había esperado cortejar unos escasos minutos antes. Si se veía obligado a cortejar a Rose Hardwick durante el resto de la temporada, eso dejaría a Catherine libre para formar un vínculo en otra parte. De alguna manera, ocultó su amarga decepción.

—¿Y si no deseo que el mundo entero crea que estoy cortejando a la señorita Hardwick?

Seguramente solo imaginó el destello de molestia que cruzó el rostro de Brantford, el ligero apretón de su mandíbula antes de continuar.

—Dudo que alguien considere una dificultad cortejar a una joven hermosa. No será usted el único hombre que le preste atención. Mientras tenga cuidado de no encontrarse en una posición comprometedora con ella, sobrevivirá la temporada con su reputación intacta. Luego será libre de volver su atención a la señorita Evans.

Sí, Brantford estaba definitivamente molesto si lo estaba provocando. Sin embargo, Kerrick dejó pasar el comentario. Nada se ganaría discutiendo con el hombre.

—Cuénteme todo —dijo Kerrick.

Brantford alcanzó el archivo y se inclinó hacia adelante para entregárselo. Kerrick lo tomó pero no miró su contenido.

—La poca información que tenemos está ahí —dijo Brantford—. Me temo que no es mucho, por eso necesitamos su ayuda.

Kerrick no sabía mucho sobre Worthington, pero le resultaba imposible creer que el hombre fuera un espía para los franceses. No tenía la sutileza necesaria para el papel.

—¿Por qué diablos alguien creería que Worthington está filtrando información? A menos que me equivoque, no tiene acceso al tipo de secretos que los franceses están buscando.

—No, por supuesto que no —dijo Brantford—. Sospechamos que es solo un pequeño jugador, y lo más probable es que ni siquiera sepa en qué se ha enredado. Sin embargo, hemos notado que sus finanzas han mejorado recientemente. No por una cantidad muy grande, pero lo suficiente como para hacernos preguntarnos cómo podría permitirse comprar una casa mucho más grande en Mayfair. Hasta hace poco, sus finanzas estaban al borde del colapso.

—Tal vez —dijo Kerrick con un giro amargo de sus labios—, simplemente está pidiendo prestado contra la posibilidad de que su hija se case bien.

Brantford negó con la cabeza. —Ya hemos hecho algunas averiguaciones discretas y hemos confirmado que sus finanzas han mejorado. No tanto como para que no desee alinear a su familia con la suya, por supuesto, pero lo suficiente como para que ya no tenga que preocuparse de que los acreedores se lleven todo lo que no está vinculado. No se podía decir lo mismo hace seis meses.

—Usted cree que hay alguien más.

—Sí. Worthington ahora está cómodo, pero su flujo de efectivo no ha aumentado tanto como para que creamos que está vendiendo secretos directamente a los franceses. Pero tiene amigos bien posicionados en la marina. Creemos que le está contando a alguien más lo que sabe sobre los movimientos de nuestra flota naval. Cuando sepamos con quién ha estado hablando, esperamos descubrir quién ha estado manteniendo a Napoleón bien informado de los planes de Gran Bretaña en varias áreas. Eche un vistazo al archivo y verá por qué estamos convencidos de que finalmente tenemos una pista para descubrir al traidor.

Kerrick se puso de pie y Brantford hizo lo mismo. —Lo mantendré informado de mis hallazgos.

¿Era eso simpatía en el rostro del otro hombre?

—No le pediríamos esto si no estuviéramos convencidos de la participación de Worthington.

—Por supuesto —dijo Kerrick, su corazón ya comenzando a enfriarse en anticipación del engaño que estaba a punto de llevar a cabo.

CAPÍTULO CUATRO

CATHERINE ESTABA en la cima del mundo. La excursión a los jardines de Kew el día anterior no podría haber sido más perfecta. La belleza de los jardines había superado sus expectativas; nunca había pensado ver tal variedad de plantas exóticas en su vida. Pero tenía que admitir que incluso ellas no habían sido lo más destacado de su día. No, el día anterior había sido perfecto porque había pasado la mayor parte del tiempo en compañía de Lord Kerrick.

A diferencia de los otros hombres que apenas toleraban su interés por la jardinería, Kerrick parecía haber estado realmente interesado. Oh, al principio había estado fingiendo, eso era obvio para todos los presentes. No sabía qué había cambiado, pero después de un tiempo parecía que su entusiasmo había sido contagioso. Y cuando mencionó mejorar los jardines de su propia finca, no pudo evitar imaginar cómo sería tener el control sobre ese proyecto como la señora de la casa.

Algo más había cambiado durante su visita. Había empezado a creer que él ya no la veía solo como la joven cuñada de su amigo, sino como una mujer digna de atención por derecho propio.

Por lo tanto, fue un shock enterarse solo una hora antes de la cena que él había enviado una nota a su hermana diciendo que no podría asistir a la pequeña cena que Louisa y Nicholas habían planeado para esa noche. Acorraló a Louisa en su dormitorio mientras su hermana se preparaba para la velada. Su doncella estaba dando los últimos toques al peinado simple pero elegante de Louisa.

Catherine no esperó a que terminara antes de declarar:

—Nicholas me dijo que Kerrick no viene —no pudo ocultar la decepción en su voz.

—Era de esperar —dijo Louisa en un tono que claramente pretendía calmarla—. Lord Kerrick tiene asuntos externos que a menudo lo llevan a cambiar sus planes en un momento.

La curiosidad de Catherine se despertó.

—¿Qué tipo de asuntos?

Louisa guardó silencio por un momento y Catherine sospechó que estaba considerando si decirle la verdad.

—No debería haber dicho nada. Solo debes saber que estoy segura de que tuvo una muy buena razón para declinar nuestra invitación con tan poca antelación.

Se debatía entre la irritación y la resignación ante la respuesta de su hermana. Louisa era ocho años mayor que ella y a veces aún la trataba como a una niña que necesitaba ser protegida. Esperó mientras la doncella terminaba, su impaciencia creciendo por segundos.

Su hermana despidió a la doncella después de unos minutos y se puso de pie para enfrentarla, momento en el que las emociones de Catherine claramente se habían decantado por la irritación.

—Pareces haber olvidado con quién estás hablando. Después de un comentario tan

misterioso, seguramente no esperas que simplemente me encoja de hombros y siga adelante como si no hubieras dicho nada.

Louisa negó ligeramente con la cabeza.

—Esperaba que pudieras dejar el asunto en paz, pero está claro que eso no va a suceder.

—No soy una niña, Louisa. Debes dejar de tratarme como tal. Estoy en la ciudad buscando marido, después de todo. Parece que no has aprendido nada después de lo que pasó cuando John se fue.

Su hermana se estremeció ante la acusación y Catherine sintió una punzada de remordimiento por haberle recordado las condiciones bajo las cuales su hermano las había dejado antes de alistarse en el ejército.

—Lo siento —dijo, extendiendo la mano para tomar la de Louisa y dándole un suave apretón —. Eso fue innecesario.

—Pero infaliblemente preciso.

Catherine no lo negó. Ambas sabían que era la verdad. Habiendo perdido a su madre poco después del nacimiento de Catherine y siendo mucho mayor que ella y John, Louisa siempre había caminado por una delgada línea entre actuar como una hermana y una madre sobreprotectora.

—Sé que tienes un interés particular en Kerrick. Esperaba que fuera solo un enamoramiento juvenil cuando lo conociste el año pasado y que lo olvidarías cuando comenzara tu temporada y conocieras a otros hombres más cercanos a tu edad. Pero veo que eso no ha sucedido.

—Kerrick solo es once años mayor que yo. Anoche escuché que Lord Hendricks está buscando una nueva esposa, y él tiene al menos cincuenta años —se estremeció—. Compadezco a la pobre chica que sin duda será obligada por sus padres a esa unión.

Louisa apartó la mirada durante varios momentos y luego dejó escapar un suspiro resignado. Con esa pequeña exhalación, Catherine supo que había ganado. Louisa se sentó de nuevo en la silla frente a su espejo de tocador, pero esta vez se había girado para mirarla. Catherine se sentó en el borde de la cama de su hermana y esperó.

No estaba segura de qué, pero dada la grave expresión en el rostro de su hermana, su curiosidad comenzó a tomar un giro más oscuro. Después de su salida el día anterior, casi había olvidado aquella pequeña escena entre Kerrick y los Worthington. Y cómo la había dejado para bailar primero con Rose Hardwick.

El temor comenzó a crecer dentro de ella. Seguramente su hermana no estaba a punto de decirle que Kerrick estaba cortejando a Rose.

—Dímelo, Louisa —dijo cuando ya no pudo soportar el silencio.

La expresión sobresaltada en el rostro de su hermana le dijo que lo que le había parecido una eternidad probablemente habían sido solo unos momentos.

—¿Recuerdas el otoño pasado, antes de que supiéramos lo que estaba pasando con Nicholas, que Lord Kerrick había regresado a Londres?

Catherine quería gritar mientras la sospecha comenzaba a afianzarse de que su sueño de un futuro con Kerrick estaba a punto de ser aplastado. Logró asentir sin palabras.

—Kerrick tenía ciertas conexiones a las que podía recurrir para ayudar a descubrir lo que estaba sucediendo en ese momento. Había regresado a la ciudad para pedir ayuda a una de esas conexiones.

Su estómago comenzó a relajarse cuando se dio cuenta de que esto no tenía nada que ver con los Worthington.

—Regresó con el Conde de Brantford.

Louisa hizo una mueca al oír el nombre.

—Sí, lo hizo. La presencia del Conde fue una sorpresa para Nicholas, pero ha llegado a darse cuenta de que Brantford no es todo lo que parece.

Catherine frunció el ceño, ahora completamente confundida.

—¿Qué tiene que ver Brantford con todo esto?

Louisa negó con la cabeza. —Estoy siendo tonta. Si voy a contarte lo que sé, que admito que no es mucho, debería ser directa. Lo que estoy a punto de revelar no es de conocimiento general, y debes prometerme que no lo repetirás. —Hizo una pausa, pero ante el enérgico asentimiento de Catherine, tomó una profunda respiración y continuó—. Brantford trabaja para el Ministerio del Interior, recopilando información para el gobierno.

—¿Información?

—Es un espía. O al menos creemos que eso es lo que hace. Nicholas nunca ha hablado con él sobre ello. Y aunque su sospecha sea correcta, Brantford nunca lo admitiría.

Aunque la revelación de su hermana fue una sorpresa, no estaba segura de por qué su hermana le estaba contando sobre los secretos del Conde de Brantford.

—¿Y?

—Y Nicholas cree que Kerrick también podría serlo.

Eso era lo último que esperaba oír. —¿Un espía? —Su mente se quedó momentáneamente en blanco mientras trataba de asimilar esta nueva información.

Kerrick era un espía. Una emoción de excitación se extendió por ella después de que el shock inicial se hubiera desvanecido. Ciertamente era lo suficientemente atractivo para el papel, y sabía de primera mano que tenía el carisma que alguien en esa posición necesitaría.

—¡Catherine! —La voz de Louisa interrumpió sus pensamientos y su molestia era evidente —. Esto no es una novela romántica. Es la vida real, y ser un... —Agitó la mano, obviamente no queriendo decir la palabra de nuevo—. Bueno, es peligroso. —Frunció el ceño—. O supongo que podría serlo. Nicholas me dijo que Kerrick desaparece regularmente, a veces durante meses, y nadie sabe qué está haciendo durante ese tiempo.

—Por supuesto que no —dijo, tratando, pero fallando, en ocultar sus verdaderas emociones —. Tienes razón, esto es bastante serio.

Louisa miró hacia el cielo, como buscando fuerza, antes de encontrarse con sus ojos de nuevo. —No te conté esto para despertar tus sensibilidades románticas. No sé qué hace Kerrick, pero es posible que esté involucrado en un trabajo que ponga su vida en peligro. Deberías buscar a alguien más apropiado.

—Más aburrido, quieres decir.

—No —dijo Louisa, alargando la palabra para indicar su desagrado—. Alguien que podría no desaparecer, para nunca regresar.

No pudo evitar sonreír ante el anuncio de su hermana. —No hace mucho tiempo creías que Nicholas tenía una enfermedad que pronto lo llevaría a la muerte.

Pasaron varios momentos antes de que su hermana respondiera, y la angustia en su rostro era evidente. —Sí, lo creía. Pero no sabía de su condición cuando nos casamos.

Catherine cruzó la distancia que las separaba, se arrodilló a los pies de su hermana y tomó sus manos.

—¿Y si lo hubieras sabido? ¿No te habrías casado con él de todas formas?

Louisa cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, solo pudo asentir.

—¿Ves? —dijo Catherine—. Estas cosas tienen una forma de resolverse. Estoy segura de que lo mismo sucederá con Kerrick y conmigo.

ALMACK'S. El infierno. Justo el año anterior se había estado burlando de Clarington por su asistencia al mercado matrimonial anual de Londres, y ahora aquí estaba, interpretando el papel de un hombre cortejando a la mujer que toda la sociedad suponía sería su futura esposa.

Su llegada no pasó desapercibida. Ya había decidido seguir las expectativas de todos. Cuanto antes descubriera la verdad sobre Worthington, antes podría distanciarse de la hija del hombre. Sintió una punzada de culpa por tener que engañarla, pero dudaba que un solo hombre pudiera reclamar su corazón.

Ella acababa de terminar su set actual y se dirigía de vuelta al lado de su madre. En cuestión de momentos, el joven que había sido su pareja fue apartado por el grupo de hombres que parecía seguirla a todas partes. Ella echó la cabeza hacia atrás y rio alegremente, deleitándose con la atención.

Kerrick se negó a ser solo otro miembro de ese grupo. Afortunadamente —o desafortunadamente, según el caso—, su madre se esforzó por dispersar el séquito de Rose. No estaba muy seguro de cómo lo logró, pero cuando llegó a ellas, el grupo de jóvenes había desaparecido.

—Lady Worthington —dijo con una leve reverencia antes de saludar al objeto de su engaño —. Señorita Hardwick. Está encantadora esta noche, como siempre.

Y lo estaba. Su cabello estaba recogido en algún arreglo complicado, con varios rizos enmarcando su tez pálida y sonrosada. Llevaba un vestido de recatado blanco, pero era imposible pasar por alto su evidente abundancia. Y sus ojos brillaban con diversión, como si estuviera compartiendo una broma privada con él. Podía entender por qué todos esos jóvenes cachorros buscaban su favor. Las cosas serían más fáciles si compartiera el entusiasmo de ellos por su tarea de cortejarla. Su madre ciertamente estaría feliz si se hiciera una unión entre él y la hija de su buena amiga. Sin embargo, era casi imposible evitar que sus pensamientos se desviaran hacia otra cuya belleza era muy diferente, pero no menos impactante, que la de la joven frente a él.

—Lord Kerrick —dijo ella, haciendo una breve reverencia.

—Qué contentas estamos de verlo aquí esta noche —dijo Lady Worthington—. No sabíamos si esperarlo.

—Con un incentivo tan fino como su hija, difícilmente podría mantenerme alejado —respondió suavemente.

El cumplido le ganó una mirada de suficiencia de Lady Worthington. Rose, sin embargo, pareció menos impresionada. Dados los cumplidos que normalmente recibía, sabía que el suyo sería suave en comparación. Pero no estaba dispuesto a interpretar el papel de tonto enamorado. No era tan buen actor.

Sonrió a Rose. —Espero que haya guardado un baile para mí esta noche.

Ella le dirigió un ceño fruncido de consternación. —No estoy segura —dijo—. He tenido tantas invitaciones.

El jadeo de Lady Worthington fue casi cómico. —Tonterías, Rose —dijo, casi tropezando con sus palabras—. De hecho, ¿no dijiste que tu próximo baile estaba libre?

Considerando que Kerrick podía ver a un joven parado justo en la periferia de su visión, lanzándole dagas con la mirada, reconoció que la declaración era una mentira descarada. Si no hubiera estado tan molesto por tener que interpretar este ridículo papel, habría encontrado toda la situación divertida.

—Me consideraría el más afortunado de los hombres, entonces, si consintiera en bailar

conmigo.

Por un momento pensó que Rose iba a negarse, y se dio cuenta de que ella no quería seguir con esta farsa más que él. Sin embargo, una mirada de reproche de su madre hizo que Rose inclinara la cabeza en aceptación y pusiera su mano en la suya.

Pensó que la mirada de triunfo que dirigió al ahora ceñudo pretendiente era un buen toque. Esa mirada casi se le borró del rostro cuando se volvió y vio al Conde de Standish llevando a Catherine Evans a la pista de baile. A Standish le gustaban las mujeres jóvenes, rubias y hermosas, y Catherine era las tres cosas. Lo que no era, sin embargo, era fácil, pero eso nunca antes había detenido al hombre.

Mantuvo firmemente su expresión de buen humor, pero no iba a permitir que Catherine cayera víctima de las intenciones poco honorables de Standish. Con ese fin, se aseguró de que él y Rose estuvieran en el mismo grupo que Catherine y su pareja. Mientras se movían a través de las figuras del baile, dividió su atención entre su propia pareja y Standish. El baile era familiar y no requería mucha de su atención, pero tenía que tener cuidado de que otros en su grupo no notaran su distracción. No sería bueno que todos vieran que estaba más interesado en Lord Standish que en Rose Hardwick. Pero lo que más esfuerzo le costaba era evitar que su mirada buscara la esbelta figura de Catherine mientras se movía con gracia entre los demás bailarines.

Luchó por mantener su temperamento bajo control cada vez que veía a Standish otorgarle su sonrisa presumida, y pensó que lo había logrado bastante bien. Pero su control se quebró cuando el baile llegó a su fin y vio al otro hombre parado demasiado cerca de Catherine, con la cabeza inclinada mientras le murmuraba algo al oído. Ella realmente se sonrojó, luego se rió antes de darle una palmadita amistosa en el brazo. Cuando Standish retrocedió, con esa sonrisa presumida firmemente en su lugar, Kerrick no deseaba nada más que estrellar su puño en la cara del otro hombre.

Volvió su atención a Rose, y cuando vio la especulación en sus ojos, temió haber arruinado su supuesto cortejo antes de que siquiera hubiera comenzado. Exhaló un suspiro interior de alivio cuando ella se animó de nuevo y lo miró con la misma sonrisa coqueta que le había visto dar a innumerables otros hombres. Tendría que ser más cuidadoso en el futuro para asegurarse de no traicionar sus sentimientos.

Metió la mano de ella en el hueco de su codo y comenzó a caminar para llevarla de vuelta con su madre, odiando todo el tiempo haber dado la espalda a Catherine y Standish. Solo habían dado unos pasos cuando otro de los muchos admiradores de Rose los interceptó. Estaba más que feliz de entregársela, pero tuvo la presencia de ánimo para afectar la apariencia de alguien que estaba molesto. Se apartó a un lado y se obligó a conversar con uno de sus conocidos.

Pasaron unos minutos antes de que sintiera que era seguro buscar dónde se había metido Catherine. Se sintió aliviado al encontrar que ahora estaba con su hermana y la Duquesa de Clarington. Pensó en acercarse a ella para pedirle un baile, reconociendo que sería mejor para ambos si mantenía la distancia, pero sabiendo que no sería capaz de lograr tal hazaña. No si Standish se había interesado en ella.

Tenía que advertirle sobre él. Catherine no era como muchas de las jóvenes tontas presentes, pero aún era demasiado inocente para arriesgarse a vadear en esas aguas infestadas de tiburones. El hecho de que ahora tuviera a su cuñado para cuidarla no lo consolaba. Por su propia tranquilidad mental, tenía que asegurarse de que Catherine no fuera la próxima joven en caer víctima de Standish.

Cuando la vio dirigirse, sola, hacia la puerta que llevaba al pasillo, la siguió a una distancia discreta. Hablar con ella en privado sería infinitamente mejor que tratar de intercambiar unas

pocas palabras aquí y allá mientras se abrían paso a través de las figuras de otro baile aparentemente interminable.

La siguió mientras se dirigía al tocador de damas, buscando una habitación vacía donde pudiera esperarla. Cinco minutos después, se sintió aliviado al verla sola cuando regresó por el pasillo. Cuando salió del umbral sombrío, ella se sobresaltó. Estaba a punto de hablar y él levantó un dedo a sus labios para silenciarla. Se deslizó de vuelta a la habitación sin decir una palabra. Cuando Catherine lo siguió, cerró la puerta tras ella.

Se volvió para enfrentarla y la encontró parada un poco demasiado cerca para su comodidad. La habitación, que parecía ser una sala de estar, estaba tenue, la única luz proporcionada por la luna llena que brillaba a través de las ventanas. Sin embargo, podía ver la mirada expectante en su rostro mientras permanecía allí en silencio, esperando que él le dijera por qué había arreglado este encuentro. Fue con gran esfuerzo que rompió el contacto visual y se movió para pararse más cerca de las ventanas.

Sus hombros se levantaron en lo que él supuso era un suave suspiro mientras lo seguía. Esta vez, mantuvo una distancia más respetable entre ellos cuando se detuvo.

—Supongo que esto no es una cita romántica.

Las imágenes que surgieron en su mente fueron rápidas y vívidas, y tuvo que apartar la mirada mientras trabajaba para disiparlas. Reconoció su error cuando el aroma de ella pareció extenderse y acariciarlo.

Encontró su mirada curiosa mientras respondía:

—Quería advertirte sobre Standish.

Ella frunció el ceño, apareciendo una pequeña arruga entre sus cejas.

—¿Lord Standish? ¿Por qué me advertirías sobre él?

Se dio cuenta de que sus puños estaban apretados a sus costados y los relajó mientras hablaba:

—Ustedes dos estaban bailando.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, su expresión desconcertada.

—Y tú estabas bailando con Rose Hardwick.

Tuvo que esforzarse para no levantar la voz:

—No deberías estar bailando con él.

—¿Por qué no? He bailado con más hombres esta noche de los que me importa recordar. Bailar con Lord Standish no significó más para mí que unos minutos de actividad vigorosa seguidos de unas palabras agradables.

Casi gruñó cuando su mente cobró vida con imágenes de otras actividades vigorosas que eran mucho menos inocentes.

—Standish consume a chicas como tú y luego las desecha cuando ha terminado. Debes mantenerte alejada de él.

Ella negó con la cabeza y acortó la distancia entre ellos. Se detuvo a apenas un pie de distancia.

—Estás siendo ridículo. Estaba en una sala llena de gente donde nada inapropiado podría haber sucedido.

—Me doy cuenta de eso —dijo él, con un tono afilado de irritación porque ella no se tomaba en serio su advertencia—. Pero es una relación que no deberías cultivar. Con la familiaridad, él empezará a tomarse otras libertades contigo. *¿Cómo podría no hacerlo?*, añadió en silencio.

Una chispa de ira iluminó sus ojos.

—¿Es esa la razón por la que me has traído aquí?

—Necesitas tener cuidado —dijo él, sin entender por qué ella se ofendía cuando su intención era proteger su bienestar.

Ella dio otro paso más cerca, y ahora estaba lo suficientemente cerca como para que él pudiera ver las pequeñas motas doradas en sus ojos azules. Se le secó la garganta.

—Tú no eres mi padre —dijo ella, clavándole un dedo en el pecho con enojo—. Nicholas y Louisa están haciendo un excelente trabajo sofocándome y asegurándose de que nadie se acerque demasiado. No necesito que tú también me trates como a una niña. —Le dio otro pequeño empujón.

Sus mejillas estaban sonrojadas ahora, su pecho subiendo y bajando con su ira. Su mirada se desvió hacia abajo antes de que lograra arrastrar sus ojos de vuelta a su rostro.

—No te veo como una niña. Y Dios sabe que no describiría mis sentimientos por ti como *paternales*. —La noción era lo más alejado de la verdad.

Ella pareció tomar su admisión como un desafío, levantando la barbilla y dando otro paso más cerca. En lugar de pincharlo, extendió los dedos y presionó toda su mano contra su pecho, justo sobre donde su corazón ahora latía con un ritmo inestable. Estaban tan cerca que no requeriría ningún esfuerzo inclinarse y besarla. Su mirada estaba en sus labios y estaba imaginando cómo se sentiría su suave plenitud bajo los suyos cuando ella habló.

—¿Cómo caracterizarías tus sentimientos por mí? —Las palabras fueron bajas, casi sin aliento.

Ella se balanceó hacia él. Él no contuvo su maldición mientras se alejaba de ella.

Su mano cayó a su lado y sus hombros se tensaron. La suavidad que había visto en su expresión había desaparecido. Cuando habló, sus palabras estaban impregnadas de decepción.

—Debería regresar antes de que alguien note nuestra ausencia y llegue a una conclusión incorrecta.

Ella se giró para irse, y casi antes de que se diera cuenta de que se había movido, él extendió la mano para detenerla, envolviendo su mano enguantada alrededor de su brazo desnudo. Ambos se congelaron ante el contacto. Lentamente, ella se volvió para mirarlo.

—¿Había algo más que deseaba discutir conmigo?

—Sí... No... maldita sea.

Estaba tambaleándose al borde mismo de la cordura y Catherine probablemente lo empujaría al abismo. La atrajo hacia sí y tomó su boca en un beso ardiente que contenía más que un toque de desesperación.

Por la forma en que se tensó al principio, supo que la había sorprendido, pero fue incapaz de contener la sensación de urgencia que lo impulsaba. En cuestión de momentos, sus brazos subieron para rodear su cuello y ella se presionó contra él. No pudo contener su gemido de deseo al sentir su cuerpo aparentemente delicado pero sorprendentemente firme moldeado contra el suyo. Ella abrió más la boca, permitiéndole explorar sus profundidades. No pasó mucho tiempo antes de que ella comenzara a corresponder con entusiasmo.

Entrelazó sus dedos en el cabello de su nuca, manteniendo su cabeza en su lugar. Cuando su lengua se deslizó contra la suya, casi perdió el control. Quería... no, *necesitaba* más. Sus manos se movieron hacia abajo hasta sus nalgas y la atrajo firmemente contra él. Un suave golpe en la puerta se entrometió en la neblina de deseo que nublaba su mente.

Se apartó de ella. Sus ojos aún estaban cerrados y se balanceó hacia él, pero él le dio un pequeño sacudón en los hombros. Sus ojos se abrieron con gran lentitud y lo miró con asombro aturdido.

Maldijo en silencio, sin desear nada más que volver a atraerla a sus brazos. En su lugar, se

alejó completamente de ella. Ella frunció el ceño pero se recuperó rápidamente cuando escuchó el segundo golpe. Cuando la puerta se abrió y Louisa entró unos segundos después, Catherine estaba sentada recatadamente en una silla y él estaba de pie junto a la ventana.

Kerrick comenzó a hablar, pero Louisa levantó una mano para detenerlo.

—No quiero saberlo. —Se volvió hacia su hermana—. Deberías volver al salón de baile. Y ambos deberían considerarse afortunados de que sea yo y no mi marido quien los encontró solos aquí.

Catherine optó, sabiamente según su estimación, por permanecer en silencio mientras salía de la habitación sin mirar atrás.

Louisa la siguió pero se detuvo justo dentro de la puerta.

—Estoy procediendo bajo la suposición de que eres el mismo hombre que conocí el otoño pasado, que no se aprovecharía de una joven. Y porque fuiste tan instrumental en ayudarnos a mi marido y a mí durante ese tiempo, no le hablaré de esto a Nicholas. Por favor, no me des motivos para arrepentirme de mi decisión.

Salió entonces de la habitación, pero sus palabras de despedida lo dejaron sintiéndose como el peor de los canallas.

CAPÍTULO CINCO

HABÍAN PASADO varios días desde que Kerrick la besó. Catherine esperaba que ese momento anunciara un cambio en su relación, pero si acaso, él estaba más esquivo que nunca. No había vuelto a la casa desde aquella noche y había rechazado otra invitación a cenar.

Estaba más que tentada de marchar a su casa en la ciudad y exigirle que le dijera si sentía algo por ella. Odiaba la incertidumbre. Un momento estaba segura de que él debía quererla, aunque fuera un poco, pero al siguiente recordaba lo cercanos que él y Louisa habían sido el otoño anterior. Con esto último venía el temor oscuro de que cuando la besó, solo la hubiera visto como un sustituto de la hermana que no podía tener.

Tal vez algún día tendría el coraje para tal acción, pero ese día aún no había llegado. Por eso se había asegurado de que su hermana aceptara la invitación al concierto que los Worthington organizaban. Si Kerrick estaba cortejando a Rose Hardwick, como los rumores querían hacer creer, seguramente estaría allí. Y si los rumores eran ciertos, necesitaba verlo con sus propios ojos.

Fue con una mezcla de determinación y aprensión que Catherine cruzó el umbral de los Worthington esa noche con su hermana y su cuñado. La casa estaba repleta de invitados, pero vio a Kerrick casi de inmediato. Estaba de pie junto a Rose Hardwick y su madre, sonriéndole a la primera. El estómago de Catherine se contrajo. Quería darse la vuelta y escapar antes de que él la viera, pero Nicholas guió a Louisa hacia el grupo y no tuvo más remedio que seguirlos. Pegó una sonrisa falsa en su rostro y saludó a su anfitriona antes de dirigir su atención a Rose y finalmente a Kerrick. Su sonrisa era despreocupada mientras la saludaba con cortés amabilidad. Actuaba como si su beso nunca hubiera sucedido, y Catherine pudo sentir cómo el delgado hilo de esperanza al que se aferraba comenzaba a deshilacharse.

Mientras el grupo continuaba conversando con facilidad, Catherine se excusó y se dio la vuelta para alejarse. La expresión de Louisa mostraba un atisbo de preocupación, pero no intentó detenerla. A Catherine no le importaba hacia dónde se dirigía. Solo sabía que necesitaba distanciarse de la impactante imagen de Kerrick de pie junto a la hermosa Rose Hardwick como si perteneciera a su lado.

Sin embargo, solo se había movido unos pasos cuando el sonido de su nombre siendo llamado la hizo detenerse. Se giró y se tensó cuando vio que su rival por el afecto de Kerrick la había seguido.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Rose—. No hemos tenido la oportunidad de conocernos, pero espero cambiar eso.

Si Rose tenía un motivo ulterior para buscarla, Catherine no pudo detectar ningún signo de

ello en su rostro. En lugar de regodearse, como habría esperado, solo vio honestidad.

—Me gustaría mucho eso —dijo Catherine automáticamente, como dictaba la cortesía, pero no lo decía en serio. Lo último que quería era hacerse amiga de su rival por los afectos de Kerrick.

Rose debió haber notado su reticencia, porque su sonrisa se desvaneció. Lanzó una mirada por encima del hombro de Catherine antes de decir:

—Veo a alguien con quien debo hablar. De nuevo, gracias por venir y quizás podamos hablar más tarde.

Se alejó y Catherine soltó el aire con un suspiro de alivio. No pudo resistirse a mirar de nuevo a Kerrick y vio cómo su mirada se apartaba de ella. Se dio cuenta de que él había presenciado su breve intercambio y se preguntó si la había estado observando a ella o a Rose. La idea de que buscara a la otra mujer cuando no estaba con él la deprimió aún más.

El tiempo parecía arrastrarse mientras saludaba a personas que había conocido durante su estancia en Londres y se involucraba en cortesías sociales que significaban muy poco. Louisa y Nicholas la habían encontrado de nuevo no mucho después de que se hubiera alejado de tener que presenciar a Kerrick adulando a otra mujer, y juntos se dirigieron al salón de baile de tamaño modesto. La sala había sido convertida en un pequeño teatro para el entretenimiento de la noche. Catherine no debería haberse sorprendido, pero lo estaba por la cantidad de sillas distribuidas frente a un gran pianoforte. No tenía idea de cómo Rose podría actuar frente a tanta gente.

Era solo humana, y aunque no le gustaba la idea de que alguien se avergonzara frente a una audiencia tan grande, se encontró esperando que la opinión de los Worthington sobre los talentos de su única hija estuviera enormemente sobrevalorada. Pero, por supuesto, ese no resultó ser el caso. Los propios talentos musicales de Catherine eran modestos, pero reconocía el verdadero talento cuando lo escuchaba. Y Rose Hardwick tenía talento en abundancia. Su habilidad en el pianoforte era incuestionable. Y su canto... Catherine realmente quería odiarla, pero sus pensamientos seguían volviendo al gesto de amistad de Rose y en lugar de odio, lo que sentía era culpa.

Necesitando saber si la actuación de Rose lo estaba afectando, la mirada de Catherine seguía desviándose hacia donde Kerrick estaba sentado en la parte trasera de la sala, a su izquierda. Se preguntó por qué había tomado un asiento tan alejado, y esa curiosidad solo creció cuando lo vio ponerse de pie y alejarse de la sala en el preciso momento en que el Conde de Brantford se levantó para hacer una petición a Rose. La atención de todos estaba en ellos dos al frente de la sala, especialmente cuando la petición pareció desestabilizar a Rose. La sala misma pareció contener la respiración antes de liberarla de nuevo cuando Rose comenzó los primeros acordes de la pieza que Brantford había solicitado.

Catherine estaba segura de que nadie había notado la partida de Kerrick. Lo que realmente tenía su curiosidad en un punto febril, sin embargo, era el hecho de que no regresó hasta que la actuación de Rose casi había terminado, un cuarto de hora más tarde.

Rose interpretó una última canción, una oda al amor perdido que hizo que Catherine apretara los dientes. El aplauso fue entusiasta y Catherine se unió. No era tan mezquina como para no darle a la otra mujer su merecido.

Rose había actuado durante casi media hora, y cuando se alejó del pequeño estrado en el que estaba el pianoforte, dos de sus primos tomaron su lugar. Su parte del entretenimiento de la noche solo duró unos diez minutos y no dejó dudas a nadie de que el concierto había sido organizado para mostrar el talento de Rose.

Ella, Louisa y Nicholas estaban esperando su turno para hablar con Rose y sus radiantes

padres antes de despedirse para la noche cuando Kerrick se acercó a su grupo. Se dirigió a ella en último lugar. Sus ojos estaban cálidos cuando se encontraron con los suyos, y ella sintió el peso de esa mirada hasta los dedos de los pies.

—Señorita Evans —dijo simplemente, inclinando la cabeza en saludo. Estaban rodeados por todos lados por una multitud de personas, pero todos parecieron desvanecerse cuando sus miradas se encontraron.

—Lord Kerrick —respondió ella, apartando la mirada y rompiendo su hechizo. Consciente nuevamente de todas las personas a su alrededor, entre las que se encontraban su hermana y su cuñado, intentó mantener su propio saludo formal. Pero fracasó, y su nombre salió en cambio en un susurro sin aliento.

—La señorita Hardwick es muy talentosa —dijo Louisa, desviando su atención.

—Sí —añadió Nicholas—. Sin duda, esto fue todo un esfuerzo organizado para su beneficio.

Kerrick se encogió de hombros, el movimiento casi demasiado casual. —Su talento es grande. Me resulta difícil elegir una pieza favorita. —Se volvió hacia ella—. ¿Qué dices tú, Catherine?

Catherine se preguntó sobre su comentario ya que, por lo que ella pudo notar, él había estado fuera de la sala durante gran parte de la actuación. Claramente, no quería que nadie más lo supiera, así que respondió honestamente. —Todas fueron buenas, pero mi favorita fue la última canción. El amor no correspondido siempre es tan trágico, y la emoción en su voz cuando cantaba realmente me hizo derramar una lágrima.

Un silencio incómodo siguió a su declaración, y nadie dijo nada durante varios segundos largos. Los ojos de Kerrick se habían estrechado sobre ella mientras hablaba, con una emoción en sus profundidades que le resultaba imposible de nombrar.

Louisa rompió el silencio de nuevo. —Bueno, mi favorita fue la de Mozart. —Suspiró—. Nunca imaginé que tocar con tal habilidad pudiera tomar tal desgaste emocional en alguien. La pobre chica parece bastante agotada.

Catherine siguió su mirada y vio que el Conde de Brantford estaba hablando ahora con los Worthington. Rose, en efecto, parecía ligeramente enferma. Era aún más sorprendente porque normalmente era tan vivaz. Quizás había estado sufriendo de nervios antes de la actuación después de todo, y la tensión de mantenerlos bajo control solo ahora comenzaba a mostrarse. Sintió otra punzada de culpa al recordar cómo había rechazado la oferta de amistad de la otra mujer.

Sus ojos se estrecharon cuando se posaron en Brantford. Louisa le había dicho que era un espía, pero apenas parecía posible. El hombre parecía tener la edad de Kerrick, tal vez unos años mayor. Su cabello era rubio y cortado muy corto. Su comportamiento, sin embargo, era el de alguien que estaba extremadamente aburrido con su entorno. Mientras que Kerrick siempre parecía estar consciente de todo y todos a su alrededor, Brantford actuaba como si todos estuvieran por debajo de su atención.

Su mirada se movió de Brantford a Kerrick y de vuelta mientras trataba de imaginar a los dos hombres trabajando juntos para descubrir secretos que otros deseaban mantener ocultos. Mientras lo hacía, las piezas de un rompecabezas parecieron encajar en su mente. Brantford y Kerrick eran ambos espías. El primero había proporcionado una distracción mientras el segundo se escabullía cuando nadie más le prestaba atención. Eso solo podía significar que Kerrick había estado buscando algo esa noche. ¿Tenía que ver con los Worthington o la ubicación de la velada era meramente incidental? ¿Había salido Kerrick de la habitación para reunirse con alguien mientras todos los demás estaban ocupados?

Cuando se volvió de nuevo para mirar a Lord Kerrick, sus ojos estaban sobre ella. No se había perdido su examen de Lord Brantford, y en ese momento ella daría casi cualquier cosa por saber qué estaba pensando. ¿Se daba cuenta de que ella sabía sobre el servicio que él y Brantford realizaban para su país? ¿Sabía siquiera que Nicholas y Louisa habían adivinado que era un espía? ¿O tal vez pensaba que ella encontraba atractivo a Brantford? Si este último pensamiento le causaba alguna preocupación, esperaba que fuera la razón de su estrecho escrutinio. Sonrió brillantemente a Kerrick antes de volver a hacer pequeñas charlas con Louisa, pero en el fondo de su mente estaba formulando un plan.

SU BÚSQUEDA esa noche había resultado infructuosa. No estaba seguro de qué esperaba encontrar en el estudio de Worthington, pero había esperado tropezar con algo —cualquier cosa — que lo acercara a terminar esta inconveniente investigación. Correspondencia, tal vez, o incluso un nombre garabateado en un trozo de papel. Había sido arriesgado escabullirse de la actuación para hacer una rápida revisión de los papeles de Worthington, pero había tenido que arriesgarse. Sin embargo, no había tenido suficiente tiempo para hacer una búsqueda exhaustiva, y la frustración pesaba mucho sobre él cuando se dio cuenta de que ya había estado ausente demasiado tiempo.

Ver a Catherine de nuevo había renovado su determinación de dejar todo este asunto atrás. Había tenido éxito en evitarla durante los últimos días, pero eso también había significado evitar los diversos entretenimientos nocturnos a los que Rose Hardwick había asistido. Había buscado otras oportunidades para interactuar con Worthington durante ese tiempo. Ambos eran miembros de White's, pero a pesar de que prácticamente había rondado el club de caballeros en St. James Street, no se había encontrado con el hombre ni una sola vez.

Había esperado lograr mucho esa noche cuando aceptó la invitación al concierto. Como Nicholas había sugerido, tenía pocas dudas de que se había celebrado para su beneficio. Un esfuerzo por parte de sus padres para mostrar los muchos talentos de Rose. La forma en que Worthington y su esposa se habían abalanzado sobre él cuando llegó, como si fuera la respuesta a todas sus oraciones, había sido casi más de lo que podía soportar. Había aceptado sus adulaciones como un mal necesario, esperando encontrar una oportunidad para investigar. Brantford había proporcionado la distracción que le había permitido salir de la habitación, y había sido una tarea fácil volver a entrar y unirse al grupo de hombres que estaban de pie cerca de la parte trasera de la sala. Pero al final, lo único que había logrado esa noche fue hacer que Worthington creyera que una unión entre Kerrick y su hija era prácticamente segura.

Cómo desenmascararía la culpa de Worthington era una incógnita. Estaba empezando a pensar que el hombre era inocente y sus esfuerzos un ejercicio de futilidad.

Algo en la expresión de Catherine después de la actuación le había preocupado cuando la vio observando a Brantford. No podía evitar pensar que de alguna manera ella había visto a través de la pretensión del otro hombre. Por supuesto, Kerrick había involucrado a Brantford en ese asunto concerniente a Overlea el otoño anterior, pero se había asegurado de decirle que Brantford era simplemente un amigo. No era posible que ella hubiera descubierto que el perpetuamente aburrido conde tenía un conjunto de habilidades que lo hacían muy peligroso para sus enemigos.

Apartó sus pensamientos de Catherine y los dirigió de vuelta a la tarea entre manos. Hasta ahora su investigación no había arrojado nada, y no estaba más cerca de terminarla que cuando Brantford se le había acercado. Así que, desesperado por encontrar algo concreto, ya fuera sobre

la culpabilidad o la inocencia de Worthington, abandonó la casa del hombre tan pronto como la cortesía se lo permitió e hizo un rápido viaje a casa. Cuando salió de nuevo, iba vestido apropiadamente para una visita a las zonas más sórdidas de Londres. Era hora de cobrar un favor y hacer los arreglos para que siguieran a Worthington.

CAPÍTULO SEIS

CATHERINE ESPERABA a Kerrick a unas cuantas casas de distancia de su residencia en la ciudad, con su figura encapuchada oculta en la sombra de un árbol. No le había llevado mucho tiempo encontrar la dirección en el estudio de Nicholas después de que él y Louisa se hubieran ido a dormir. Se sintió aliviada al descubrir que la casa de Kerrick estaba a solo unos minutos a pie.

Sabía que lo que estaba haciendo era una insensatez y bastante peligroso, pero ya no se conformaba con quedarse sentada preguntándose en qué situación se encontraba con Kerrick. Después de que la besara, había estado tan segura de que sentía algo por ella, algo que iba más allá del mero afecto. Pero cuando lo vio esta noche, no fue difícil creer que los rumores sobre él y Rose Hardwick eran ciertos. Sin embargo... se había escabullido durante la actuación de Rose y había mentido al respecto.

No podía hacerse la coqueta, fingiendo una indiferencia que no sentía como Charlotte le había aconsejado. O más bien, no quería hacerlo. Así que había decidido que debía abordarlo directamente. Estaba cansada de esperar para captar algunos vistazos de él cada noche solo para decepcionarse cuando no aparecía. Y cuando lo hacía, seguía teniendo cuidado de evitarla.

Esa misma mañana nunca se habría imaginado lo suficientemente valiente como para enfrentarlo de esta manera, pero ya no podía soportar la incertidumbre. Su mente nadaba en preguntas que exigían respuestas. Se arriesgaba a un rechazo directo, pero tenía que saber cómo se sentía él. Y para conocer la verdad, necesitaba hablar con él a solas cuando nadie pudiera interrumpirlos.

Había escuchado a Kerrick decirle a Nicholas que planeaba ir a su club después del concierto, así que había enviado a su doncella —después de darle una generosa bonificación para que no revelara lo que Catherine estaba haciendo— a vigilar la casa de Kerrick. No estaba segura de si la joven haría lo que le había pedido o informaría de sus acciones al ama de llaves. Pero Catherine había corrido el riesgo, sabiendo que Lily enviaba la mayor parte de su paga regular a su familia para ayudar a mantenerlos. Afortunadamente, su apuesta había dado resultado.

Cuando llegó para tomar el relevo de la vigilancia, Lily le dijo que Lord Kerrick había estado en casa cuando ella llegó, pero que se había marchado poco después y aún no había regresado. Lily se mostró reacia a dejarla sola, pero Catherine le había prometido otra bonificación. El hecho de que aceptara era testimonio de lo mucho que se apreciaba a Kerrick. Si Catherine hubiera estado visitando a cualquier otro hombre, dudaba que ninguna cantidad de dinero hubiera bastado para apartar a su doncella de su lado.

Pasó una hora y empezó a arrepentirse de la decisión impulsiva que la había llevado fuera de

casa en aquella cálida noche de primavera. La noche estaba tranquila y oscura, los únicos sonidos eran los de algún caballo y carruaje ocasional en una calle no muy lejana.

Oyó pasos antes de ver la figura de un hombre que se acercaba por la calle. Estaba demasiado oscuro para saber si era Kerrick, así que esperó, apretada contra el robusto tronco del árbol, con los latidos de su corazón resonando en sus oídos.

Lo precario de su situación no se le había ocurrido hasta ese momento. A pesar de la sombra del árbol y la capa oscura que la ocultaba, sería vista si él continuaba más allá de la casa de Kerrick y miraba en su dirección. Debería haber tenido más cuidado al elegir un escondite, pero ya era demasiado tarde.

Su corazón se aceleró y luego dio un salto cuando el hombre giró y empezó a subir los escalones de la casa de Kerrick.

—Kerrick —lo llamó, saliendo de la sombra del árbol.

Su voz no había sido más que una exhalación, pero él la oyó. Su cabeza giró bruscamente y su mirada se posó en ella. Negó con la cabeza, incrédulo.

—Dime que estoy perdiendo la cabeza y que no estás realmente ahí parada.

Algo en su expresión le dijo que no había cometido un error.

Ella se echó hacia atrás la capucha de la capa.

—No estás perdiendo la cabeza.

Él miró arriba y abajo de la calle, luego hizo un gesto con la cabeza hacia el lateral de la casa. Ella se reunió con él allí junto a una puerta lateral, oculta en las sombras entre su casa y la del vecino. Él no volvió a hablar mientras abría la puerta y la hacía entrar. La habitación en la que entraron estaba a oscuras, y le llevó unos momentos darse cuenta de que estaban en la cocina.

Él le tomó la mano y una oleada de conciencia la recorrió cuando se dio cuenta de que, como ella, no llevaba guantes. Permaneció en silencio mientras lo seguía por una pequeña escalera y un corto pasillo. La condujo a otra habitación oscura y cerró firmemente la puerta tras ellos antes de soltarla y alejarse. Oyó el sonido de una cerilla, seguido del repentino destello de una llama cuando él se inclinó para encender una lámpara. Vio entonces que estaban en su estudio.

La tensión en la habitación, ya cargada con lo que quedaba sin decir entre ellos, solo aumentó cuando él se enderezó y se volvió para mirarla. Ella había esperado que él admitiera que se alegraba de verla, pero la expresión de su rostro le dijo que no haría tal admisión fácilmente. Un músculo se flexionó a lo largo de su mandíbula mientras la sostenía con la mirada durante varios segundos.

—¿En qué estabas pensando al venir aquí, sola, a —su mirada se dirigió al reloj de su escritorio antes de volver a la de ella— a las dos de la madrugada? ¿Y si alguien te hubiera visto? Tu reputación quedaría hecha jirones. —Negó con la cabeza y soltó una risa seca y sin humor—. Más allá de eso, estar sola en las calles en medio de la noche no es un lugar seguro para ninguna mujer. Pero una tan hermosa como tú...

Ella se acercó a él entonces, deseando solo aliviar su preocupación. Extendió la mano para tomar las suyas, pero se quedó helada cuando él retrocedió para evitar su contacto. Sus brazos cayeron a los costados.

—No estaba lejos y tuve mucho cuidado de que no me vieran.

Su boca se tensó en una línea firme y pareció luchar por encontrar las palabras. Se le ocurrió que él no quería preguntarle por qué había venido. Bueno, si esperaba evitar el tema de lo que había entre ellos, ella no iba a permitir que eso sucediera.

—No me has preguntado por qué te estaba esperando.

—No tengo ni idea de qué podría haber sucedido que no pudiera esperar hasta mañana.

Ella suspiró, exasperada por su obstinada negativa a reconocer lo obvio.

—Creo que sabes perfectamente por qué estoy aquí. —Cuando él no dijo nada, ella preguntó —: ¿Estás cortejando a Rose Hardwick?

Él miró ostensiblemente el reloj de nuevo antes de responder, pero ella reconoció la acción como la táctica dilatoria que era.

—Seguramente no estás aquí a esta hora para satisfacer tu curiosidad sobre el último chisme.

—No has respondido a la pregunta.

Él entrecerró los ojos.

—Lady Worthington es una amiga cercana de mi madre. No es una amistad que pueda evitar.

Ella quería zarandearlo.

—¿Qué significa eso? ¿Que simplemente estás siendo amable? ¿Que hay un acuerdo entre vuestras familias sobre Rose y tú?

Él negó con la cabeza.

—No, no existe tal acuerdo. Independientemente de lo que los Worthington quieran creer.

—¿Deseas que lo haya? —Se forzó a preguntar, sin estar segura de querer saber la respuesta.

Él guardó silencio un momento antes de responder.

—No. No lo deseo.

La esperanza amenazó con robarle el aliento.

—Porque te importo. —Ignoró cuando él volvió a negar con la cabeza—. Me besaste aquella noche en Almack's. ¿Por qué lo harías si no sintieras algo por mí, aunque fuera un poco?

Él no pudo mirarla a los ojos.

—Si esperas aquí, haré que preparen un carruaje para llevarte a casa.

Ella le creyó cuando dijo que no deseaba estar con Rose Hardwick, pero estaba claro que aún se resistía a su propia conexión. Había sentido la evidencia de su deseo aquella noche en Almack's cuando la besó. Además, no era el tipo de hombre que la engañaría. Si no le importara, no tendría dificultad en decírselo.

Algo lo estaba reteniendo, pero ella no sufría de tales escrúpulos. Lo que quedaba era mostrarle cómo se sentía.

Desató la cinta que sujetaba su capa y se giró para colgar la prenda sobre una silla. Cuando volvió a mirarlo, no pasó por alto que sus ojos habían estado fijos en su figura. El vestido verde pálido que llevaba era modesto, y por un momento deseó haberse cambiado a uno de sus vestidos de noche con un escote más pronunciado. A Kerrick no parecía importarle, y la apreciación en su mirada le dio el coraje para hablar.

—No voy a volver a casa. Aún no. Quizás más tarde, después de que hayamos... —Dejó que su voz se apagara, sin ser lo suficientemente valiente para decir las palabras, pero por su expresión estaba claro que no necesitaba hacerlo.

Cuando él respondió, su voz estaba llena de pesar.

—Esto no va a suceder, Catherine. No puede.

Ella dio otro paso adelante, animándose cuando él no retrocedió.

—Creo que ambos sabemos que eso no es cierto.

Sus ojos escudriñaron su rostro y ella pudo ver que estaba muy cerca, finalmente, de aceptar lo que siempre había sido inevitable.

—Se supone que debo mantenerte a salvo, no arruinarte.

Ella negó con la cabeza y dio el último paso que eliminó la distancia entre ellos. Ahora estaban tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo alcanzándola. Llamándola.

—No me importa eso. Solo me importa estar contigo.

En un intento por mantener cierta distancia entre ellos, él levantó las manos hacia sus brazos. El calor de sus dedos sobre su piel desnuda tuvo un efecto casi mareante en ella.

—Deberías preocuparte, Catherine. Yo quiero... —Una emoción cruzó su rostro—. Sabes lo que quiero, pero hasta que sea libre, no estoy en posición de hacer promesas.

—No te estoy pidiendo que hagas promesas.

Él cerró los ojos con fuerza como si estuviera sufriendo.

—No podemos hacer esto.

En lugar de apretar sus brazos con fuerza para mantenerla alejada, sus dedos se relajaron y sus pulgares hicieron pequeños círculos sobre su piel donde la sostenía justo por encima de los codos. A pesar de sus palabras en contra, su resolución se estaba debilitando. Ella se acercó más a él. Él resistió solo por un momento, y luego su agarre se aflojó. Aprovechando su momento de debilidad, ella levantó los brazos para aferrarse a sus hombros y se presionó contra su pecho duro, regocijándose cuando su respiración se estremeció.

—Kerrick.

Él debió haber escuchado su necesidad, porque sus ojos se abrieron de golpe. El calor ardía en sus profundidades, casi quemándola con su intensidad.

—Quiero esto —dijo ella.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sé exactamente lo que estoy pidiendo. También sé que pase lo que pase, no tendré arrepentimientos, incluso si solo podemos tener esta noche juntos.

Esta vez no hubo vacilación cuando él soltó sus brazos y la atrajo con más firmeza contra sí. Bajó la cabeza y tomó su boca con una desesperación que amenazó con robarle el aliento. Una necesidad correspondiente se elevó rápidamente dentro de ella.

Realmente iba a hacer el amor con el hombre sin el cual no podía imaginarse. Le había dicho que no necesitaba la promesa de un futuro juntos para estar con él esta noche, y había dicho esas palabras en serio. Eso no significaba que dejaría de esperar algo más. Pero por ahora, esto sería suficiente.

Su lengua luchaba con la de él mientras entrelazaba sus dedos en su cabello. Tenía miedo de soltarlo por si esto resultaba ser solo un sueño. Cuando él se apartó, ella comenzó a protestar.

—Shhh. —Puso un dedo sobre sus labios para evitar su argumento.

Apenas unos centímetros los separaban, y aún podía sentir el calor de su aliento en su rostro. Actuando puramente por instinto, tomó su mano entre las suyas y llevó su dedo a su boca, rodeándolo con su lengua y succionándolo. Los ojos de él se oscurecieron con aprobación.

—Eres el mismísimo diablo —dijo, retirando su dedo y pasándolo por su boca ahora sensibilizada—. Una tentadora enviada para llevarme a las llamas del infierno. Pero se necesitaría más fuerza de la que poseo para detenerme ahora. Sin embargo, no mereces ser desflorada en el suelo de mi estudio.

Tomó su mano nuevamente, esta vez guiándola por el oscuro pasillo hacia las escaleras principales. Se sintió aliviada cuando llegaron a su dormitorio sin encontrarse con ningún miembro del personal. Había necesitado todo su coraje esta noche para venir, sola, a su casa, y no creía tener valentía suficiente para soportar miradas conocedoras y palabras susurradas en el piso de abajo.

Su dormitorio era un reflejo de él. Oscuro, masculino. Lo que más le sorprendió, sin embargo, fue la orquídea lavanda en un pequeño jarrón sobre su mesita de noche. ¿Era eso una coincidencia, o recordaba haberle dicho al Sr. Clifton cuánto amaba las orquídeas?

Él debió haber notado la dirección de su mirada porque se aclaró la garganta antes de decir:

—Siempre he apreciado la belleza.

Sin embargo, sus ojos no estaban en la flor, sino en ella. El cumplido la calentó hasta la punta de los pies y ahuyentó los últimos vestigios de sus inhibiciones. Se volvió hacia él y colocó una mano directamente sobre su corazón, donde podía sentir su latido constante.

Se lamió los labios antes de decir:

—Tienes que mostrarme qué hacer.

Él imitó su acción, colocando primero su mano sobre la parte superior de su pecho antes de moverla más abajo. Sin embargo, en lugar de posarla sobre su corazón, cubrió uno de sus senos con su gran mano. Ella contuvo la respiración, solo para soltarla de nuevo con una bocanada de aire sorprendida cuando su pulgar se movió sobre la cima. Su otra mano se elevó para hacer lo mismo con su otro seno, y el placer la atravesó.

—Para empezar —dijo él, con la voz más ronca de lo que ella recordaba—, llevamos demasiada ropa.

La hizo girar y se deshizo rápidamente de los lazos de su vestido y las cintas de su corsé, su familiaridad con la ropa femenina era una prueba más de que tenía mucha más experiencia que ella. Antes de quitarle la ropa del cuerpo, se tomó el tiempo de retirar las horquillas de su cabello y extender sus dedos por la espesa masa. Ella cerró los ojos extasiada cuando él le acarició la oreja con la nariz.

Cuando le quitó el vestido, dejándolo caer a sus pies con un susurro de satén, y apartó su corsé, ella se alegró de estar de espaldas a él. Aún con la camisa puesta, se recostó contra él, anhelando su tacto, y él accedió llevando sus manos alrededor y cubriendo sus senos una vez más. Bajó la cabeza hacia un lado de su garganta, y ella se estremeció cuando su boca se posó sobre su piel.

Inclinó la cabeza hacia un lado para concederle mayor acceso.

—Catherine, me deshaces —dijo él, con su aliento cálido contra su piel.

Ella dudaba mucho que él pudiera sentirse más a la deriva que ella en ese momento. Las manos de él se movieron hacia el escote de su camisa, y cuando se dio cuenta de que planeaba quitársela, cubrió sus manos con las suyas para detener su movimiento. Se giró entre sus brazos.

—No soy la única que lleva demasiada ropa —dijo, apuntando a una ligereza que estaba lejos de sentir.

Él dio un paso atrás y ella casi pudo sentir la caricia de sus ojos mientras su mirada recorría su cuerpo.

—Nunca desearía decepcionarte.

Se deshizo rápidamente de su corbatín y los botones de su chaleco, y cuando terminó, Catherine se adelantó para quitarle la levita de los hombros. Imitando su despreocupación casual por su propia ropa, dejó caer la prenda al suelo antes de hacer lo mismo con su chaleco.

—Eres una alumna rápida —dijo él, con un dejo en su voz.

—Solo busco complacer —respondió ella mientras sacaba su camisa de los pantalones y metía sus manos debajo de la tela para poder finalmente sentir su piel.

Recordando cómo se había sentido cuando él había acariciado sus senos, deslizó sus dedos por su torso, arrastrando la tela de lino de su camisa hacia arriba mientras buscaba sus pezones. Pasó suavemente las uñas sobre ellos y fue recompensada con su brusca inhalación.

Él se quitó la camisa por la cabeza en un movimiento rápido y la arrojó al suelo. Sin más preámbulos, le bajó la camisa hasta que sus senos quedaron libres y luego inclinó la cabeza para tomar uno de los doloridos picos en su boca. Todo pensamiento la abandonó. Temiendo que sus rodillas cedieran en cualquier momento, solo pudo aferrarse a sus hombros mientras él la

succionaba. Una mano jugaba con su otro seno mientras la otra le acariciaba las nalgas y movía la parte inferior de su cuerpo hasta que la sostuvo firmemente contra él. Su excitación presionaba contra ella, pero no donde ella anhelaba entre sus piernas, y se retorció contra él.

Él agarró su camisa donde descansaba en su cintura, y ella sintió la primera chispa de alarma cuando se arrodilló ante ella. Sus manos revolotearon hacia sus hombros con incertidumbre.

—¿Qué estás haciendo? —No pudo evitar el temblor en su voz.

Él la miró, sus ojos normalmente de un azul vívido ahora casi negros.

—Estoy tratando de asegurarme de que disfrutes esto tanto como sé que yo lo haré.

—Kerrick, yo...

Pero él ignoró su protesta y soltó el agarre de su camisa. Esta se arremolinó a sus pies, y ella quedó frente a él solo con sus zapatos y medias. Él emitió un suave sonido de aprobación antes de besar su vientre. Ella todavía estaba ligeramente alarmada por lo que estaba haciendo, pero ese sentimiento se convirtió en absoluta conmoción cuando él separó sus piernas y sopló suavemente sobre sus rizos ahora húmedos.

Sus piernas comenzaron a temblar y él se levantó rápidamente cuando ella se balanceó hacia adelante. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, la había levantado en sus brazos, la había llevado a su gran cama y la había depositado en ella. Ella sabía lo suficiente sobre lo que sucedía entre un hombre y una mujer como para esperar que él se quitara los pantalones y se uniera a ella en la cama. En cambio, le separó las piernas y la devoró con los ojos.

Avergonzada, se cubrió los ojos con un brazo. No lo detendría, no ahora, pero su valentía amenazaba con abandonarla ante la intimidad casi insoportable de estar expuesta a su mirada hambrienta.

No pasó nada durante varios momentos.

—¿Catherine?

Este era Kerrick, el hombre que amaba. No necesitaba sentirse tímida de que él la viera así.

Levantó el brazo y lo miró donde estaba parado entre sus muslos abiertos, con incertidumbre grabada en su rostro. Su preocupación solo sirvió para hacerla sentir joven y tonta. Temiendo haberlo decepcionado y necesitando alejarse de su mirada implacable, se dio la vuelta sobre su estómago y cerró los ojos.

La cama se hundió bajo su peso cuando él se bajó a su lado. Su mano cálida se posó sobre la piel desnuda de su espalda baja, y cuando habló, su voz estaba tensa.

—Entenderé si has reconsiderado. No estaré particularmente complacido al respecto, pero podemos detenernos ahora mismo. Aún no has sido completamente comprometida...

Necesitando que dejara de hablar, los sorprendió a ambos al girarse y lanzarse sobre él. Él rodó sobre su espalda y ella se acomodó encima de él, su delgada figura sostenida por la mucho más grande de él.

Ella emitió un suave sonido desde el fondo de su garganta mientras se deleitaba con la sensación de su piel contra la suya. Era consciente de muchas sensaciones a la vez: su calor penetrando en ella, sus senos aplastados contra su pecho musculoso, el vello que raspaba sus pezones. Él aún llevaba los pantalones puestos, pero no había forma de confundir la dura protuberancia de su erección presionando contra su muslo. Y su aroma... ¿por qué nunca había notado lo maravilloso que olía hasta ahora? Casi se sentía mareada por el aluvión de sensaciones.

—No te has arrepentido, entonces.

Ella negó con la cabeza y luego no hubo más palabras. Él le sujetó la cabeza con las manos, sus dedos enredándose en la masa de su cabello. Sus ojos se encontraron y se mantuvieron fijos durante varios segundos.

Su respiración se entrecortó cuando él le instó a bajar la cabeza y reclamó su boca con un beso que le removió el alma. Su mundo se contrajo hasta que solo existían Kerrick y este momento entre ellos. Él le permitió llevar la iniciativa en el beso, y ella exploró su boca, su lengua batallando con la de él con una intensidad que casi la asustó. Vagamente, se dio cuenta de que las manos de él trazaban un sendero de fuego por su espalda antes de posarse en sus caderas. La movió hasta que sus piernas quedaron a cada lado de sus caderas, y ella gimió al sentir su dura longitud presionada justo donde más lo necesitaba.

Él rompió el beso entonces y habló, sus labios aún sobre los de ella.

—¿Confías en mí?

Lo hacía. Con su propia vida. Asintió y él los hizo girar a ambos hasta que ella quedó debajo de él, su peso apoyado sobre ella. Pensando que pretendía tomarla en ese momento, ella le rodeó los hombros con los brazos e intentó acercarlo aún más.

—Aún no, mi impaciente.

Ella emitió un sonido de protesta cuando él se separó, pero la ignoró y comenzó a trazar un camino de besos por su cuerpo. Sus objeciones cesaron cuando se detuvo para dedicar atención a sus senos. Succionó cada uno por turnos, cada tirón de su boca causando un dolor casi desesperado mucho más abajo, aunque ya no presionaba contra ella.

—Esto es demasiado —dijo ella, el placer casi abrumador.

Él levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de ella, un destello malicioso en sus profundidades.

—Apenas hemos comenzado.

Sus palabras, junto con la intensidad de su mirada, prometían un placer inimaginable, y ella se estremeció en respuesta.

Presionó un beso con la boca abierta en la parte baja de su vientre, luego se movió aún más abajo. Esta vez ella hizo a un lado su alarma cuando él besó el interior de su muslo, sin querer que sus nervios pusieran fin a su encuentro amoroso. Porque eso era lo que esto era. Ella lo amaba y lo necesitaba.

Algún instinto le dijo lo que él quería, y separó los muslos para él. Él emitió un sonido que solo podía describirse como un gruñido de aprobación antes de tocarla donde nadie lo había hecho antes.

—Ya estás húmeda para mí —dijo, acariciándola.

—Nunca imaginé tales cosas.

No estaba segura de haber pronunciado las palabras en voz alta, y al momento siguiente no le importó. Él movió su mano, reemplazándola con su lengua. La impactante sensación, junto con el calor de su aliento donde nunca esperó sentirlo, la hizo retorcerse.

—Kerrick... —suspiró.

Estaba cerca de perder la cabeza, pero él no se detuvo. Su lengua trazaba círculos en un punto particularmente sensible, y metió primero uno, luego dos dedos dentro de ella. Mientras continuaba atormentándola, tanto por dentro como por fuera, rápidamente perdió el control hasta que su cuerpo pareció desintegrarse.

Puede que hubiera gritado —honestamente no podría decirlo— mientras los temblores sacudían su cuerpo. Él no se detuvo, prolongando el tormento, hasta que pasó el último estremecimiento.

Era incapaz de moverse y solo pudo quedarse quieta, cada músculo de su cuerpo lánguido, mientras él se movía para cubrirla de nuevo. Cuando la besó, pudo saborearse a sí misma en sus labios. Él presionó la punta de su erección contra su entrada, y su cuerpo volvió a la vida,

deseando este último y definitivo acto de intimidad.

Estaba tan húmeda, tan lista y ansiosa por él, que la primera punzada de dolor ante su penetración la tomó por sorpresa. Él se detuvo ante su agudo grito, presionando. Apoyó su frente contra la de ella, y permanecieron así durante lo que debió ser un minuto completo, sus alientos mezclándose.

—Estás tan apretada. Dime que puedo moverme ahora antes de que pierda completamente la cabeza.

Ella respondió contrayendo sus músculos, apretándolo cuando descansaba dentro de ella, y él gimió. Empezó a retirarse y ella entró en pánico, pensando que pretendía salir de ella completamente y sabiendo que él aún no había alcanzado su propio clímax. Cuando volvió a empujar hacia dentro, más lentamente esta vez, su cuerpo solo dio una ligera punzada. Su siguiente penetración dolió aún menos, y luego ella estaba encontrándose con él embestida tras embestida, todo recuerdo de dolor olvidado.

—No puedo...

Empezó a moverse más rápido y su urgencia la llamó, acelerando su placer hasta que alcanzó el clímax por segunda vez. Él se empujó dentro de ella una última vez antes de maldecir y salir de ella completamente. Gimió y se derramó fuera de su cuerpo.

Le tomó unos segundos darse cuenta de lo que había sucedido. Él había salido para evitar que concibiera un hijo. Su mente sabía que era lo correcto —la única forma en que podía protegerla. Sus emociones, sin embargo, solo podían aferrarse a un pensamiento.

Sin promesas, había dicho. Ella y Kerrick podrían no casarse nunca, nunca tener una vida juntos. Nunca tener hijos.

Una ola de tristeza la invadió, y no queriendo que él la viera, giró la cabeza cuando él se levantó de ella y la atrajo de nuevo a sus brazos. Permanecieron así durante varios minutos, su cabeza apoyada en su pecho, sus brazos rodeándola mientras sus respiraciones se calmaban y el sudor de sus cuerpos se enfriaba. Su cabeza descansaba sobre su corazón, su mano en su cintura. Ninguno habló, sabiendo que hacerlo pondría fin a su breve interludio juntos.

La desesperación amenazó con consumirla cuando se dio cuenta de que había cometido un terrible error. No en venir aquí —nunca podría arrepentirse de lo que habían compartido. Había esperado que esta única noche de pasión robada solo traería felicidad. Un recuerdo para atesorar y mirar hacia atrás con algo parecido al cariño. Como mínimo, había pensado que le daría alegría saber que había aprovechado la oportunidad de compartir la máxima intimidad con el hombre que amaba.

Había sido muy ingenua en su certeza sobre cómo se sentiría después. Se dio cuenta de que ahora sería mucho peor, sabiendo lo que ella y Kerrick podrían haber tenido juntos.

Estaba segura de que si él fuera libre de hacerlo, la elegiría a ella en lugar de a Rose Hardwick. Pero había algo que lo vinculaba a esa familia, y ella no tenía forma de saber si alguna vez sería libre.

En el silencio que los rodeaba, se dio cuenta de que el latido de su corazón había comenzado a acelerarse de nuevo. Levantó la cabeza para mirarlo, esperando ver deseo en sus ojos. Lo que vio, en cambio, alejó el comentario pícaro que estaba a punto de hacer.

—¿Kerrick?

—Tenías razón al sospechar que te estaba ocultando algo.

CAPÍTULO SIETE

CON SU DECISIÓN TOMADA, Kerrick no quería perder más tiempo alejando a Catherine. Brantford lo despellejaría si siquiera sospechara que estaba a punto de confiar en ella, pero Kerrick sabía que la mujer en sus brazos podía ser confiable para guardar sus secretos. No cometería el mismo error que Nicholas había cometido con Louisa el otoño pasado cuando había hecho todo lo posible por alejarla. Significaba que era un bastardo egoísta, pero Kerrick quería darle una razón para esperarlo. La pregunta, sin embargo, era si ella sería capaz de quedarse al margen y verlo continuar cortejando a otra mujer.

Ella se incorporó y sus ojos se dirigieron directamente a sus pechos. El deseo comenzó a agitarse de nuevo, y él maldijo suavemente. Se levantó y recuperó su bata.

—No estoy seguro de poder mantener mis pensamientos en el tema en cuestión contigo sentada ahí luciendo madura para ser recogida.

Las comisuras de su boca se elevaron en esa sonrisa especial que usaba cuando pensaba que él estaba siendo divertido y un poco ridículo, pero tomó la bata y se puso de pie. Él observó mientras ella se envolvía con la prenda, sus manos picándole por alcanzarla de nuevo. Solo cuando estuvo cubierta apartó sus ojos y buscó sus pantalones.

Cuando la miró de nuevo, ella estaba sentada con las piernas cruzadas en medio de su cama, su cabello rubio cayendo por su espalda. Parecía a la vez muy joven y muy deseable. Él se sentó en el borde de la cama junto a ella y se pasó una mano por la cara.

Levantó la mirada cuando ella se acercó y colocó una mano en su rodilla.

—Sé sobre tu trabajo.

Él había estado luchando con cuánto confiarle, y su declaración lo tomó desprevenido. Mantuvo su voz neutral cuando preguntó:

—¿Mi trabajo?

Ella asintió.

—Sí. Sé que eres un espía.

Él la miró boquiabierto por un momento antes de recomponerse.

—¿Por qué dirías eso?

—Louisa me lo dijo.

Él hizo una mueca.

—¿Tu hermana te dijo que yo era un espía? ¿Por qué pensaría eso?

Ella agitó su mano en señal de desestimación, como si estuviera afirmando algo tan obvio como el color del sol.

—Overlea sospecha que tienes tratos con el Ministerio del Interior, y siempre estás

desapareciendo. Y esta noche en el concierto de los Worthington desapareciste por un tiempo y no querías que nadie lo supiera.

Él había estado tan seguro de que nadie lo había visto escabullirse de la habitación que su revelación lo sacudió. Le agarró la mano.

—¿Alguien más me vio?

Ella negó con la cabeza y él soltó el aliento, inundado de alivio.

—Quería que pensaras que estaba disfrutando de la música, pero en realidad estaba demasiado ocupada observándote.

Un ligero rubor tiñó sus mejillas ante la admisión. Él siguió el sonrojo por su garganta y se distrajo, preguntándose hasta dónde bajaba el color por su piel. Con gran dificultad, se obligó a volver al tema en cuestión.

—No soy un espía. —Ante su expresión de incredulidad, continuó—: He ayudado aquí y allá recopilando información, pero eso es todo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, un ligero pliegue marcando su frente.

—¿No es eso lo que hace un espía?

Tal vez tenía razón.

—Supongo que tienes razón. He estado comparando mis acciones con algunas de las empresas más peligrosas de otros al servicio del gobierno... —Cubrió su boca con sus dedos, su tono era de exagerada paciencia cuando dijo—: Y no, no te diré de quién hablo.

Ella apartó su mano y cruzó los brazos.

—Podría adivinar, de hecho, creo que ya sé quién más está involucrado, pero dejaré eso para otro momento.

Tendría que preocuparse por eso más tarde.

—En cualquier caso, no puedo revelar la naturaleza de mi misión, pero quiero que sepas que estoy haciendo todo lo que está en mi poder para encontrar las respuestas al asunto que me han pedido que investigue. Una vez que eso esté hecho, mi espionaje, como tú lo llamas, habrá terminado.

Ella permaneció en silencio durante varios momentos largos.

—Puedo ayudarte —dijo cuando finalmente volvió a hablar.

El pavor se arremolinó en su vientre ante la inocente emoción en su voz.

—No, Catherine. Esto no es un juego.

—Es Lord Worthington, ¿no es así? Estás tratando de recopilar información sobre él. ¿Es por eso que estás cortejando a Rose?

Él negó con la cabeza, pero ella insistió.

—Puedo hacerme amiga de Rose. Somos de la misma edad y sé que no le desagrado.

—Absolutamente no... —Se detuvo abruptamente cuando se dio cuenta de que su vehemente respuesta acababa de confirmar su suposición.

—Por supuesto que puedo —dijo ella, con una sonrisa que esperaría ver en un adulto al hablar con un niño pequeño—. No soy tan tonta como para preguntarle directamente si su padre está involucrado en alguna actividad sospechosa. ¿Qué podría ser más normal que una joven visitando a otra y formando una amistad? Nadie pensaría nada al respecto, y me permitirá, de vez en cuando, visitarla. Incluso podría ver si Lord Worthington está recibiendo alguna visita sospechosa.

Su frustración —y miedo— aumentaron ante su insistencia en involucrarse en su investigación. Cerró los ojos y contó hasta diez antes de abrirlos de nuevo y responder.

—Es muy poco probable que alguien involucrado en algún tipo de actividad ilegal reciba

visitas de sus cómplices durante las horas oficiales de visita. Y no, esto no es una admisión de que estoy investigando a Worthington.

—En ese caso, no tienes ningún motivo para preocuparte si visito a Rose mañana por la tarde.

Él quería decir algo más, pero Catherine, chica inteligente que estaba demostrando ser, lo distrajo desatando el cinturón de la bata y deslizándose fuera de la prenda. Él cedió la derrota por el momento y la empujó sobre su espalda. Discutiría con ella más tarde, cuando pudiera pensar de nuevo.

CATHERINE LLEGÓ a casa poco antes del amanecer y logró escabullirse a su habitación sin ser vista. Había dormido muy poco mientras estaba con Kerrick y, no queriendo despertar las sospechas de su familia, no durmió más allá de su hora habitual esa mañana. Pero su falta de sueño no afectó su estado de ánimo. La energía parecía surgir dentro de ella, y le resultaba difícil evitar una sonrisa perpetua en su rostro. Ni siquiera se molestaba cuando estaba sola, pero se esforzaba por controlar su expresión cuando otros estaban presentes.

Ahora, de pie frente a la casa de los Worthington esa tarde, con su doncella Lily a su lado, levantó el pesado aldabón y lo dejó caer con un golpe decidido. La puerta se abrió momentos después por un mayordomo majestuoso que aceptó su tarjeta y la condujo a la sala de estar. Allí encontró a Rose Hardwick sentada en una chaise longue baja. No le sorprendió encontrarla rodeada de su habitual corte de admiradores.

Con su cabello oscuro peinado no menos elaboradamente de lo que normalmente llevaba para los entretenimientos nocturnos, la voluptuosa morena lucía radiante en un vestido recatado de color blanco con cintas azul pálido que acentuaban el escote y el dobladillo. Catherine se alegró de haberse asegurado de lucir lo mejor posible. Aún se sentía como una pálida sombra al lado de la belleza más vivaz de la otra mujer, pero la noche que había pasado con Kerrick había contribuido en gran medida a hacerle comprender que él no sentía ninguna animosidad real hacia la mujer que tenía ahora delante.

Si Rose se sorprendió al verla, no lo demostró cuando apartó la mirada de un joven que estaba en proceso de intentar convencerla para ir a dar un paseo por el parque. De hecho, fue ella la sorprendida cuando Rose se levantó y cruzó la habitación para estrechar las manos de Catherine entre las suyas.

—Me alegro tanto de que por fin estés aquí —dijo Rose.

Catherine estaba confundida por el entusiasta saludo, pero esa confusión se disipó cuando Rose se volvió para enfrentar a los seis hombres que se habían levantado cuando ella lo hizo.

—Me temo que he hecho otros planes con la señorita Evans para el resto de la tarde —dijo, con un brillo travieso en los ojos mientras su mirada se encontraba con la de Catherine—. Tendré que despedirme ahora, pero seguro que veré a algunos de ustedes más tarde esta noche.

Catherine casi se ríe en voz alta al ver las idénticas expresiones de decepción en los rostros de los hombres.

—¿Dónde estarán? —gritó uno de ellos tras ellas, pero Rose ya había enlazado su brazo con el de Catherine y la había hecho girar.

—No te detengas ni mires atrás —murmuró Rose en voz baja mientras las conducía hacia la parte trasera de la casa. No se detuvo hasta que escaparon al jardín trasero. Después de cerrar la puerta tras ellas, soltó el brazo de Catherine y se hundió en una de las varias sillas que habían

sido colocadas en la pequeña terraza—. Siento si te he sobresaltado.

Catherine tomó asiento a su lado. Consideró el mejor enfoque a tomar y finalmente se decidió por la honestidad.

—Admito que me sorprende que sintieras la necesidad de escapar.

Rose le dirigió una mirada directa.

—Crees que soy frívola y que me gusta estar rodeada de esos tontos presumidos.

No era una pregunta, y Catherine se encontró disculpándose.

—Sí, me temo que sí. Das esa apariencia.

Rose suspiró.

—Lo sé, y no te culpo por creerlo. Es, después de todo, lo que quiero que los demás vean.

Como estaban siendo honestas, Catherine no se contuvo.

—Me resulta difícil creer que no disfrutes de la atención.

Rose sonrió.

—Admito que no todo es una actuación. Disfruto viendo hasta dónde llegarán algunos de ellos para captar mi interés. No creerías algunos de los regalos que he recibido.

—Pero tu interés está en otra parte.

—Sí —dijo Rose, desviando la mirada.

Catherine no quería hacer la siguiente pregunta, especialmente no después de lo que había sucedido la noche anterior, pero tenía que saberlo.

—¿Lord Kerrick?

Rose no respondió de inmediato, y Catherine sintió que su ánimo decaía. Era cierto entonces. Rose realmente había echado de menos a Kerrick cuando él había estado fuera de la ciudad, y realmente quería casarse con él. Debía estar matándola que él pasara tanto tiempo con la familia de Catherine. Se preguntó si la otra mujer sospechaba que el interés de Kerrick no solo estaba en interactuar con su amigo de muchos años, sino con la nueva cuñada de ese amigo. Con ella.

La respuesta de Rose fue tan baja que Catherine casi no la oyó.

—No.

—¿No? —Su mente dio vueltas y casi gritó de alivio. En su lugar, se tomó unos momentos para componerse antes de preguntar—: Pero tus padres esperan que haya un compromiso entre ustedes. Y acabas de admitir que no te interesan los jóvenes que estaban aquí hoy.

—Oh, el hombre en cuestión no tiene ni idea de que existo siquiera.

La risa que dio fue amarga, y Catherine se dio cuenta entonces de por qué Rose actuaba como lo hacía.

—Estás tratando de captar su atención, la de este hombre que parece no verte.

La boca de Rose se curvó en las comisuras en un fantasma de sonrisa.

—Me alegro tanto de que hayas venido hoy. Sospechaba que me caerías bien, pero no sabía si aceptarías mis ofrecimientos de amistad. —Dudó un momento antes de añadir—: Especialmente porque estás enamorada de Lord Kerrick y toda la sociedad nos tiene prácticamente casados a nosotros dos.

Catherine se alarmó ante la perspicacia de la otra mujer.

—Dios mío, ¿soy tan obvia? —Cerró los ojos mientras el horror la invadía. Se preguntó cómo podría enfrentarse a los padres de Rose si estaban en casa.

Rose se inclinó hacia adelante y puso una mano sobre la suya, apretándola ligeramente antes de soltarla.

—No para todos. Me atrevo a decir que mis padres y otros piensan que es solo una relación casual. Es bien sabido que Kerrick es buen amigo de Lord Overlea, y tú eres la hermana de su

esposa.

—Pero tú viste a través de eso.

Rose se encogió de hombros.

—Yo estoy pasando por lo mismo. No fue difícil ver esa misma emoción reflejada en ti. He visto cómo lo miras, especialmente cuando baila conmigo. No fue difícil deducir por qué sería así.

Catherine se lamió los labios, dudando brevemente antes de hacer la pregunta que quedaba sin expresar entre ellas.

—Me temo que no he sido tan astuta como tú. ¿Quién es el que te interesa?

Rose se recostó en su silla, sin hacer ningún intento de ocultar su dolor.

—Eso es porque él no asiste a los entretenimientos nocturnos habituales, y cuando lo hace, no baila. Ni conmigo ni casi con nadie más. —Se rio, claramente viendo que Catherine estaba tratando de filtrar a todos los hombres que había conocido durante su tiempo en Londres.

—Siento entrometerme —dijo Catherine.

Rose la consideró detenidamente.

—No nos conocemos, pero tengo un muy buen presentimiento sobre ti. Si hubiera la más mínima posibilidad... Bueno, no tiene sentido discutir algo que nunca sucederá.

El corazón de Catherine se encogió al ver la mirada de desesperanza en el rostro de Rose. Dado lo bien que había ido el día anterior para ella, deseaba poder ayudar a la mujer que todo el *ton* veía como la prometida de Kerrick en todo menos en el nombre. Este era un lado tan diferente de la Rose Hardwick que todos habían visto desde que comenzó la temporada, y estaba nada menos que atónita por la revelación. También estaba muy contenta de haber decidido llamar esa tarde. Tenía la sensación de que las dos podían ser grandes amigas.

—Si alguna vez cambias de opinión y decides que quieres hablar con alguien, estaré aquí para ti. Me temo que nunca he intentado hacer de casamentera, pero quizás entre las dos podríamos idear alguna forma de capturar el interés de este hombre.

La sonrisa que Rose le dio fue hueca. —Con suerte, tal vez acepte tu oferta. Pero hasta ese día... —Se puso de pie, con su valiente máscara de nuevo en su lugar, y pasó una mano sobre el jardín descuidado—. He oído que sabes mucho sobre plantas. Nuestro jardinero enfermó recientemente y no ha podido atender el jardín adecuadamente. Para ser honesta, nunca me ha gustado particularmente. Demasiado ordinario. ¿Qué te parece si hacemos un inventario y creamos un nuevo diseño para presentárselo a mis padres?

La mirada crítica de Catherine recorrió el sencillo paisaje antes de volver a posarse en Rose. —¿Simple o elaborado?

—Oh, elaborado, por supuesto. Cuanto más extravagante, mejor.

De alguna manera, Catherine logró contenerse de saltar y abrazar a la otra mujer. ¿Un jardín entero para planear? Dado lo que había visto durante su visita a los Jardines de Kew, su mente ya rebosaba de ideas para introducir plantas y posibles configuraciones. También le daría motivos para visitar con frecuencia la casa de los Worthington en la ciudad y quizás aprender algo que pudiera ayudar a Kerrick.

—Esto va a ser muy divertido —dijo, poniéndose de pie y siguiendo a Rose por los dos escalones de la terraza hacia el jardín propiamente dicho.

CAPÍTULO OCHO

CUANDO REGRESÓ DESPUÉS de su visita a Rose, Catherine se sorprendió al enterarse de que Kerrick estaba de visita. Él no había dicho nada al respecto cuando se separaron temprano esa mañana.

Entró en la sala de estar un poco demasiado rápido, con el corazón acelerado ante la idea de verlo de nuevo tan pronto, pero se decepcionó al encontrar solo a su hermana allí. Louisa estaba trabajando en un patrón de punto de cruz que planeaba convertir en un cojín decorativo para el cuarto del bebé. Louisa levantó la vista al verla entrar y suspiró con apenas contenida exasperación.

—Kerrick está en el estudio con Nicholas. Se quedará a cenar esta noche antes de que vayamos al teatro.

Catherine se sentó en el sofá junto a su hermana y miró el bordado en el regazo de Louisa. Solo una pequeña esquina del patrón estaba completa. —¿En qué te decidiste finalmente? —preguntó.

—Un cordero.

Catherine frunció el ceño. —¿Uno negro?

Louisa se encogió de hombros, con una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Dada la reputación de Nicholas antes de sentar cabeza, pensé que sería una idea divertida. Y sé que estás tratando de cambiar de tema.

—¿Había un tema? Acabo de llegar.

Louisa la miró de cerca, y Catherine tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada avergonzada.

—Estás de buen humor hoy —dijo finalmente—. ¿A quién visitaste esta tarde?

—A Rose Hardwick —dijo Catherine, sabiendo que ese era el último nombre que su hermana esperaba oír.

Louisa arqueó una ceja. —¿Te importaría decirme por qué?

Catherine se encogió de hombros. —Tenemos la misma edad y parece agradable. —Dudó antes de añadir—: Resulta que se alegró de la distracción. Al parecer no tiene muchas amigas.

—Quizás no amigas, pero la mitad de los hombres del *ton* adorarían ser mucho más.

Catherine se sintió a la defensiva en nombre de Rose. —Me cae muy bien.

Sorprendida por su vehemencia, Louisa dijo: —No quise ofender.

Catherine se recostó en el sofá y respiró hondo para calmar sus nervios. No estaba acostumbrada a ocultarle cosas a su hermana, y ahora se encontraba guardando todo tipo de secretos. También tenía que admitir que sentía una pequeña punzada de vergüenza por su

comportamiento la noche anterior. Ahora sabía que los afectos de Rose estaban comprometidos en otra parte, pero ese no había sido el caso la noche anterior. Al perseguir a Kerrick, ni siquiera había considerado si estaba lastimando a la otra mujer. Solo le había importado ella misma y lo que quería. Fue una experiencia reveladora darse cuenta de que podía ser capaz de tal egoísmo.

—Rose quiere que diseñe un nuevo jardín para su casa de la ciudad. Espera presentárselo a sus padres una vez que haya creado y dibujado un diseño.

Louisa guardó silencio por un momento antes de decir: —¿No complicará eso las cosas? Pensé que ella sería la última persona con quien querrías entablar amistad. Especialmente dado el entendimiento que parece haber entre Kerrick y su familia.

Catherine apartó la mirada, sabiendo que no podía traicionar las confidencias ni de Kerrick ni de Rose. Kerrick parecía pensar que era vital para sus investigaciones que la gente siguiera creyendo que esperaba casarse con Rose. Tomó el bordado que su hermana había dejado a un lado y trazó con un dedo las puntadas en lo que esperaba fuera un movimiento casual.

—Puedo ser amiga de ambos.

Louisa guardó silencio durante casi un minuto completo. Catherine finalmente levantó la vista, cuidando de mantener su expresión neutral. La confusión y preocupación en el rostro de su hermana mayor le hizo sentir una punzada de culpa.

—Todo está bien, Louisa. Confía en mí.

Su hermana suspiró. —Lo intento, pero no quiero verte herida si las cosas resultan como todos parecen creer que lo harán.

—Ya soy adulta. No puedes protegerme para siempre.

Louisa se inclinó hacia un lado y chocó su hombro contra el de ella. —Los viejos hábitos son difíciles de romper.

Estaban riendo cuando Kerrick entró en la habitación y Catherine tuvo que apartar la mirada. Después de lo que habían compartido la noche anterior, era consciente de él de una manera en que nunca lo había sido antes. De alguna manera iba a tener que evitar que otros sospecharan que algo había sucedido entre ellos, y no estaba segura de si sería capaz de lograr esa hazaña.

Cuando volvió a mirar, logró esbozar una pequeña sonrisa que era una pálida sombra de la que deseaba darle. Su expresión era cuidadosamente neutral mientras le devolvía el saludo. Se volvió para escuchar algo que su hermana estaba diciendo, y Catherine sintió un doloroso destello de duda. ¿La noche anterior había significado tanto para él como para ella? Sabía que había tenido amantes antes que ella, y por un momento se preguntó si solo era una más en una larga lista de mujeres.

Apartó ese pensamiento deprimente. Nunca había sido de las que se detenían en lo negativo y no comenzaría ahora. Kerrick no era libre de revelar sus sentimientos por ella, pero sabía que la quería. Tendría que aferrarse a esa creencia.

Kerrick dirigió su atención a Louisa. —Tu esposo ha solicitado tu presencia en el estudio. Creo que acaba de recibir varias facturas de la modista.

Louisa puso los ojos en blanco y se puso de pie. —No puedo imaginar por qué está sorprendido. Somos dos, y he visto algunas de sus facturas del sastre.

Catherine permaneció sentada. Quería, no, necesitaba hablar con Kerrick. Louisa arqueó una ceja mientras la miraba y Catherine le devolvió una sonrisa radiante. Su hermana estaba sacudiendo la cabeza cuando salió de la habitación, dejándola a solas con Kerrick.

Cuando Louisa se fue, Kerrick volvió su atención a Catherine. Ella esperaba que se sentara a su lado en el sofá, pero él se acomodó en la misma silla de antes. Ahora que estaban solos, Catherine era libre de absorber su apariencia. El alivio la invadió cuando él dejó caer la máscara

educada que había estado usando y la miró con el mismo anhelo que ella sentía.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó él.

Ella sabía que estaba preguntando por el dolor físico, pero agitó una mano en señal de desestimación. —Bien. Feliz.

—No pareces feliz.

Exhaló un suspiro frustrado. —Es más difícil de lo que imaginaba verte de nuevo y tener que fingir que no hay nada entre nosotros —. Hizo una pausa por un momento, considerando si debía admitir sus preocupaciones. Al final, simplemente insinuó su principal inquietud. No creía que alguna vez estaría lista para saber lo que él realmente sentía por Louisa.

—Pero eso no es todo lo que te preocupa.

Ella negó con la cabeza. —Eres muy bueno ocultando tus sentimientos. Temía que la noche pasada no significara más para ti que cualquier otra noche... —Incapaz de terminar el pensamiento, dejó que su voz se apagara.

—Que cualquier otra noche que haya pasado con una mujer.

Sintió que el calor le subía al rostro y tuvo que apartar la mirada. Se sorprendió cuando él se movió para sentarse a su lado y le tomó las manos.

—Mírame, Catherine.

Ella no quería hacerlo, pero él le acunó la mejilla y le volvió el rostro hacia él. Su pulgar acarició su labio inferior, y ella no pasó por alto la forma en que sus ojos se oscurecieron ligeramente antes de que él bajara la mano. Aún sostenía una de sus manos en la suya.

—La noche pasada fue como ninguna otra que haya experimentado. Tú me afectas como ninguna otra mujer lo ha hecho antes. Sabes que no estoy en posición de ofrecerme ahora mismo, pero lo haría si no tuviera esta maldita investigación en la que indagar.

Su corazón había comenzado a acelerarse cuando él la tocó por primera vez, y cuando mencionó ofrecerse por ella, realmente pareció saltarse un latido. No le había dicho que la amaba, pero ella siempre había sido buena juzgando el carácter de las personas y ahora podía decir que él no estaba mintiendo. Él sí se preocupaba por ella. Aun así, no pudo evitar insistir.

—Estás diciendo...

—Te estoy pidiendo que seas paciente conmigo.

La comisura de la boca de Kerrick se curvó con diversión cuando ella respondió a su súplica con un suspiro exagerado. Se sintió frustrada cuando él soltó su mano y se alejó de ella en el sofá, pero entendió por qué necesitaba poner distancia entre ellos. Dado que un sirviente, o Dios no lo quiera, Louisa o Nicholas, podían entrar en cualquier momento, realmente no podía culparlo. La puerta de la habitación estaba abierta y ella no tenía forma de saber si alguien ya los había visto.

—Visité a Rose esta tarde —dijo ella.

Sus ojos se estrecharon. —Te pedí que no lo hicieras.

—Me cae muy bien. Ella y yo estamos embarcándonos en un proyecto juntas. Un proyecto de jardinería —se apresuró a añadir cuando vio su evidente preocupación—. Estaré a salvo. A menos que, por supuesto, temas que Rose también esté involucrada en lo que sea que estés investigando.

Él simplemente negó con la cabeza en exasperación. —Dudo mucho que Rose Hardwick tenga en ella la capacidad de cualquier duplicidad.

—Podrías sorprenderte al respecto —. Ante su abierta incredulidad, añadió—: Tiene profundidades ocultas.

—¿En serio?

Ella le dirigió una mirada de fingida reprimenda. —Tienes prohibido considerar sus profundidades ocultas.

Él se estaba riendo cuando Louisa regresó para decirle que era hora de vestirse para la cena y su salida nocturna.

LE TOMÓ toda su habilidad actoral sobrevivir a la comida. Sentado frente a Catherine, Kerrick encontró casi imposible evitar devorarla con los ojos. Claramente ella no tenía idea de cómo lo afectaba si pensaba que era fácil para él parecer ajeno a sus encantos.

Sospechaba que se había vestido de tal manera para asegurarse de que él tuviera dificultades para mantener esa pretensión. El escote bajo de su vestido estaba dentro de los límites del decoro, pero eso no significaba que no se hubiera sorprendido cuando la vio por primera vez con el vestido amarillo pálido. Contra su cabello rubio, el color la hacía parecer que brillaba, y sus pechos se ofrecían como golosinas para ser devoradas. Había visto su sonrisa de satisfacción ante su conmoción cuando bajó a cenar. En ese momento, no había deseado nada más que llevársela a un rincón tranquilo de la casa donde nadie los encontrara, quitarle ese vestido y descubrir las delicias que sabía que yacían debajo.

Cuando se había vuelto para saludar a Louisa, había notado su ceño fruncido y respondió con un pequeño encogimiento de hombros de impotencia. Después de todo, solo era un hombre mortal. ¿Cómo esperaba ella que reaccionara cuando se le presentaba tal festín para los ojos? Afortunadamente, Nicholas no había visto su reacción. Se consideró afortunado de que su amigo estuviera tan preocupado por la delicada condición de su esposa que solo tenía ojos para ella. Si Nicholas se enterara de lo que había pasado entre él y Catherine la noche anterior... Su mente se alejó de completar ese pensamiento. Podían ser los mejores amigos, pero no se sorprendería si su amigo lo retara a un duelo por el asunto.

Se dirigieron al teatro en el carruaje de los Overlea. No se le había ocurrido preguntar qué obra se presentaba, ya que el *ton* generalmente iba al teatro no por el entretenimiento sino para ser visto por otros. Si la obra que se mostraba era agradable, eso era simplemente un beneficio adicional. Casi se ríe en voz alta cuando vio el cartel de la obra.

La fierecilla domada.

Qué apropiado que la fierecilla en cuestión se llamara Katherine, pensó Kerrick. No es que Catherine fuera una fierecilla, pero ciertamente podría beneficiarse de algo de domesticación. Lo último que necesitaba era preocuparse por que ella se pusiera involuntariamente en peligro. Sabía que probablemente tenía razón en su suposición de que había poco peligro en hacerse amiga de Rose Hardwick. Aun así, quería mantenerla lo más alejada posible de los Worthington y de la más mínima posibilidad de peligro. No creía que Worthington fuera un hombre violento, pero lo mismo podría no ser cierto para los otros con quienes estaba involucrado.

Dudaba mucho que pudiera convencer a los Overlea de llevar a Catherine lejos de Londres. No sin explicar la razón de su preocupación. Era vital que nadie sospechara que su interés en los Worthington estaba en el padre y no en la hija. Sus acciones durante el último día ya habían puesto en peligro su misión.

Louisa y Catherine acababan de entregar sus abrigos a los asistentes que esperaban cuando la señorita Hardwick se les acercó. Esperaba que Worthington no estuviera lejos, pero cuando miró más allá de ella vio, en cambio, el séquito siempre presente de jóvenes que parecían seguirla a todas partes.

Se sorprendió al ver lo que parecía ser un afecto genuino entre las dos jóvenes cuando se saludaron, y se preguntó qué milagro había obrado Catherine para que eso sucediera.

Sin embargo, lo que casi lo sacó de su ecuanimidad fue la mirada coqueta que Rose le dirigió cuando le tomó la mano y se inclinó sobre ella. Esto era nuevo. Rose normalmente parecía apenas tolerar su compañía. ¿Qué *había* pasado entre las dos mujeres esa tarde?

Después de intercambiar algunas cortesías sobre el clima, Rose pidió permiso para llevarse a Catherine. Se alarmó cuando la joven comenzó a guiar a Catherine hacia el grupo de jóvenes que esperaban su regreso.

—Señorita Hardwick —las llamó.

Rose se volvió para mirarlo. —¿Sí, milord?

Quería decirle que dejara a Catherine en paz. Que la mantuviera alejada de los lobos que caerían sobre ella si se les daba el más mínimo aliento, algo que hasta ahora esta temporada ella no parecía haber ofrecido. Lo que dijo, en cambio, fue: —¿Está aquí con sus padres esta noche?

Ignoró el ceño fruncido que tanto Louisa como Nicholas le dirigieron. Lo único que importaba era que Catherine supiera que estaba haciendo una demostración de cortejar el favor de los Worthington.

Rose miró a Catherine antes de responder. —Se han adelantado a nuestro palco. Madre tiene un poco de dolor de cabeza y no estaba para soportar el ruido de las multitudes.

—Eso suena como una gran idea —dijo Louisa, sonriendo a su marido—. Yo también me siento un poco cansada esta noche.

Si Nicholas hubiera podido cargarla el resto del camino, Kerrick tenía la fuerte sospecha de que lo habría hecho. Sin embargo, a su esposa no le habría agradado la atención extra que tal acción les habría ganado. Después de extraerle la promesa de acompañar a Catherine hasta su palco, Nicholas y Louisa lo dejaron.

Aún faltaban veinticinco minutos para que comenzara la función. Kerrick hizo su ronda, saludando a conocidos por el camino y deteniéndose no muy lejos de donde había comenzado solo unos minutos después. Había estado tratando de parecer despreocupado por el hecho de que su supuesta prometida y la mujer que realmente deseaba estuvieran ambas rodeadas de jóvenes ansiosos por impresionar. Lo primero era fácil de lograr, pero lo segundo era decididamente más difícil. Oyó a Catherine reírse de algo que dijo uno de los hombres, y supo que el ceño fruncido que apareció momentáneamente antes de que pudiera suavizarlo sería visto como una indicación más de sus intenciones hacia la señorita Hardwick.

—Es encantadora, ¿verdad? —Lord Standish se había detenido a su lado y miraba con interés casi ansioso a Catherine y Rose.

Esperaba que Standish se refiriera a Rose, pero sus siguientes palabras le indicaron lo contrario.

—Es una lástima que estés prometido a la otra. Pero tu pérdida es mi ganancia.

La sangre de Kerrick se heló y se volvió para enfrentar a Standish. A pesar de que logró evitar mostrar los dientes, nadie pasaría por alto la amenaza implícita en sus palabras. —Harías bien en poner tus miras en otra parte.

Standish hizo un suave sonido de desaprobación. —¿No crees que estás siendo codicioso? —Su mirada se volvió de nuevo hacia Catherine y no había forma de confundir la lascivia en su expresión—. Ten por seguro que la señorita Evans será mía.

Cuando se dio la vuelta para irse, Kerrick lo dejó ir sin decir otra palabra. Standish era conocido por prosperar en el conflicto, y él se condenaría antes de darle la satisfacción de ver que sus palabras habían sembrado el terror en su corazón.

Sabía que Nicholas nunca permitiría que Standish se acercara a Catherine. Aun así, tuvo que luchar contra el impulso de marchar hacia el grupo de jóvenes —todos los cuales lo hacían sentir mucho mayor que sus veintinueve años— y arrastrar a Catherine lejos. En su lugar, se obligó a hacer otro circuito, incluso se permitió ser arrastrado a una conversación, antes de volver a buscar a Catherine.

Ella estaba sonriendo a Lord Thornton, y el hecho de que pareciera estar divirtiéndola amargó aún más su ya oscuro estado de ánimo.

—Sin duda tu hermana se estará preguntando si te has perdido de camino a tu asiento.

—Estaría más que feliz de escoltarla al palco de Overlea —dijo Thornton, sin molestarse en ocultar su entusiasmo.

Kerrick estaba apretando los dientes para evitar decirle al hombre lo que pensaba de su sugerencia cuando Catherine se volvió hacia Thornton y sonrió en disculpa. —Ya han confiado esa tarea a Lord Kerrick —dijo, tomando el brazo que Kerrick le ofrecía.

Kerrick simplemente asintió a Rose y los hombres mientras se llevaba a Catherine. No habían ido muy lejos cuando dijo: —Parecías estar disfrutando. —Sus palabras salieron más cortantes de lo que había pretendido. Si Catherine notó su molestia, no lo demostró.

—Al principio fue un poco incómodo. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención. En casa había muy pocos hombres jóvenes de mi edad, y los pocos que había ciertamente no estaban interesados en asociarse con una familia que vivía casi en la pobreza. Me alegro de que Rose estuviera conmigo.

Normalmente habría hecho algún comentario desenfadado, pero no obstante cierto, sobre lo tontos que habían sido esos muchachos. El hecho de que no lo hiciera ahora mostraba cuán molesto estaba Kerrick con la forma en que Catherine parecía haber disfrutado de toda la atención que se le prodigaba.

—Disculparás que no le agradezca.

Ella lo miró entonces, sorprendida por su tono. —¿Ocurre algo malo?

Él negó con la cabeza, molesto consigo mismo por lo que solo podía verse como una exagerada reacción de su parte.

—Estás enojado.

Típico de Catherine no dejar caer el asunto. —No es nada.

Una mirada de asombro iluminó su rostro. —Funciona —suspiró maravillada.

Su expresión lo desconcertó por completo. Le recordaba tanto a cómo se veía justo antes de llegar al clímax. Tuvo que aclararse la garganta antes de poder preguntar: —¿Qué funciona?

—Su Gracia... la Duquesa de Clarington dijo que la mejor manera de captar la atención de un hombre era mostrar interés en otro hombre. O en varios otros hombres.

La miró con furia. —¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Intentando despertar mis celos? —Sin importar que hubiera funcionado.

Ella negó con la cabeza. —Por supuesto que no. No tengo razón para hacerlo, ¿verdad? No después de anoche.

—Catherine... —dijo él, con voz baja y cortante mientras miraba furtivamente alrededor para asegurarse de que nadie hubiera escuchado.

Ella hizo un gesto de desdén con la mano. —No te preocupes. Nadie está lo suficientemente cerca para oír.

Ella iba a ser su muerte. Afortunadamente, no dijo nada más sobre el tema. Habían llegado a lo alto de las escaleras y comenzaron a recorrer el pasillo fuera de los palcos privados, donde había gente paseando.

Se detuvo en seco y tuvo que apartar a Catherine a un lado cuando alguien casi chocó con ellos. Le tomó un momento darse cuenta de que era Worthington. El hombre mayor parecía agitado y apenas los reconoció mientras seguía su camino. Una punzada de inquietud se asentó en la base del cráneo de Kerrick y se giró a tiempo para ver otra figura alejándose rápidamente al final del pasillo. Estaba demasiado lejos y Kerrick no pudo distinguir quién era. Solo pudo ver que era un hombre de cabello castaño corto y que parecía ser de su estatura. Podría haber sido cualquiera. Consideró seguirlo, pero el hombre se había mezclado con un grupo de espectadores. Seguirlo solo atraería atención indeseada, y Kerrick no podía estar seguro de poder identificarlo entre la multitud.

—Eso fue inusual —dijo Catherine, devolviendo los pensamientos de Kerrick hacia ella—. Lord Worthington nunca pierde la oportunidad de hablar contigo. Me pregunto qué podría haberlo tenido tan preocupado.

Qué, en efecto. Maldición. Quizás la información de Brantford era correcta después de todo y Worthington se había involucrado en algo para lo que estaba bastante mal preparado.

—Probablemente estaba ansioso por no perderse el comienzo de la obra —Como para subrayar sus palabras, las campanas que indicaban que todos los invitados debían estar sentados comenzaron a sonar—. Ven —dijo, esperando distraer a Catherine del curioso comportamiento del otro hombre—. Deberíamos apresurarnos antes de que envíen otro grupo de búsqueda para encontrarte.

KERRICK TENÍA demasiadas cosas en mente para prestar atención a la obra. Algo o alguien —¿el hombre que había visto desaparecer por el pasillo?— había puesto a Worthington nervioso. Solo tenía sus instintos en los que basar esa sospecha, pero hacía tiempo que había aprendido a ignorarlos bajo su propio riesgo.

Y luego estaba Catherine. Ella estaba sentada a su lado y él anhelaba alcanzarla. Como mínimo, sentía una necesidad casi abrumadora de tomar una de sus manos, que estaban recatadamente enlazadas sobre su regazo, entre las suyas y simplemente aferrarse a ella. Asegurarse de que lo que había sucedido la noche anterior realmente había ocurrido y que la conexión entre ellos era real. Pero Louisa estaba sentada al otro lado de Catherine, y no había forma de que no viera si actuaba por impulso. Así que se quedó sentado allí, tratando de ignorar tanto el impulso de tocarla como el aroma de ella que parecía entretejerse hasta lo más profundo de su alma.

Su frustración solo aumentó cuando Lord Thornton visitó su palco durante el intermedio. La franca evaluación en el rostro del otro hombre cuando notó el bajo escote de Catherine le hizo querer golpearle los dientes hasta el fondo de la garganta. En su lugar, se disculpó y se dirigió al palco de Worthington.

Como esperaba, estaba tan lleno de hombres compitiendo por la atención de Rose que apenas tenía espacio para entrar. Sin embargo, al verlo, especialmente con el mal humor que se había apoderado de él, se hicieron a un lado para permitirle el paso.

Depositó un ligero beso en el dorso de la mano enguantada de Rose cuando ella se la ofreció, preguntándose brevemente por la diversión en sus ojos, y le preguntó si estaba disfrutando de la función.

—Siempre disfruto de una buena comedia, Lord Kerrick —dijo ella, su manera de hablar indicándole que se refería a algo más que solo lo que estaba ocurriendo en el escenario.

—*Touché*, señorita Hardwick —dijo él, permitiendo que su propia diversión se mostrara.

Ella inclinó la cabeza en reconocimiento del cumplido.

Maldita sea, pero Catherine tenía razón. Si no se viera obligado a actuar el papel de un hombre decidido a hacerla su esposa, realmente le agradaría Rose Hardwick. Bueno, no es que la detestara ahora, pero no se sentía del todo cómodo en su presencia dado el papel que estaba interpretando.

La atención de Rose fue inmediatamente capturada por otro joven cuando Kerrick se volvió para saludar a sus padres.

—Lady Worthington, Lord Worthington —dijo, tomando asiento junto a ellos. No pudo evitar notar lo pálida que se veía Lady Worthington, y recordó que Rose había dicho que su madre no se sentía bien. La mujer sentada a su lado ahora parecía estar sufriendo algo más que un simple dolor de cabeza—. Escuché que no se sentía del todo bien, Lady Worthington.

La sonrisa que ella le ofreció fue una pálida imitación de su normalmente efusiva sonrisa. —No es nada que una buena noche de descanso no cure.

—Y unas horas lejos del constante ajetreo, sin duda —No tenía sentido negar las multitudes que rodeaban a la hija de los Worthington dondequiera que iba.

Lady Worthington se encogió de hombros, el pequeño movimiento diciendo más efectivamente que las palabras que estaba acostumbrada a ello. Sin duda, había pasado por lo mismo cuando era más joven. Kerrick calculó que ahora solo tenía unos cuarenta años, y todavía era una mujer impresionante. No estaba seguro de cómo Worthington había logrado capturarla como su esposa, no si ella hubiera sido siquiera la mitad de popular que su hija.

—Estaba pensando —dijo, dirigiendo ahora su atención al marido— que aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos muy bien. Deberíamos remediar eso.

Con la zanahoria colgando, Worthington la alcanzó como un hombre hambriento. —Es una idea excelente —dijo, hinchando el pecho mientras contemplaba el significado detrás de la oferta de Kerrick. No lo dijo directamente, pero estaba claro que Worthington ya lo consideraba como su yerno en todo menos en nombre—. Me gusta salir a montar temprano por la mañana. Un hábito que adquirí durante mi juventud y que aún disfruto hoy. ¿No le gustaría acompañarme? Sé que a ustedes los jóvenes de hoy les gusta quedarse toda la noche apostando y demás, y solo regresan a casa cuando yo estoy saliendo.

Era una prueba obvia de su carácter, y Kerrick sonrió suavemente mientras asumía el papel del hombre perfecto para Rose Hardwick. —No soy aficionado a las apuestas —dijo—. No a menos que sepa que puedo ganar. Y admito que no he tenido tanta oportunidad de montar como me gustaría desde que llegué a la ciudad.

—Espléndido —dijo Worthington. Si su esposa no hubiera estado sentada entre ellos, Kerrick sabía que el hombre le habría dado una palmada en la espalda—. ¿Qué le parece a las siete de la mañana en Rotten Row? Debería estar tranquilo a esa hora.

—Lo espero con ansias —dijo Kerrick antes de levantarse y despedirse.

Cuando regresó al palco de los Overlea, Thornton se había marchado. La expresión en los ojos de Catherine cuando se encontraron con los suyos era de diversión, y en sus profundidades casi podía ver su seguridad de que él era el único al que veía como pareja romántica. Se alegró de que ella no viera a Thornton de esa manera, pero eso no hizo que le desagradara menos el hombre.

Con la mente más tranquila ahora que había hecho planes para acercarse a Worthington, Kerrick pudo disfrutar del resto de la obra. Había leído *La fierecilla domada* en la escuela, pero nunca la había visto representada. Inicialmente se le había ocurrido que sería bueno domar la

impetuosidad de Catherine, pero mientras observaba, se sintió perturbado por la forma en que Petruchio procedía a domar a su esposa díscola. No pudo evitar pensar que ella no había sido domada, sino quebrantada. Catherine podría poner a prueba su paciencia, pero lo último que querría sería ver su espíritu destruido de la misma manera.

Cuando el telón bajó al final del quinto acto, permanecieron en su palco para evitar la avalancha de cuerpos que se movían para salir del teatro de una vez. Algunos hombres se acercaron a su palco para charlar con Nicholas. Kerrick no pasó por alto la forma en que su amigo atrajo a su esposa más cerca de su costado cuando la especulación entró en los ojos de un hombre, bien conocido por sus aventuras con mujeres casadas de la *alta sociedad*, que conocía a la nueva marquesa de Overlea por primera vez.

La preocupación de Nicholas y Louisa le dio la oportunidad de tener unos momentos a solas con Catherine mientras se movían al otro lado del palco.

—¿Debería pasar más tarde esta noche? —Su voz era baja para que nadie los oyera.

Kerrick tuvo que cerrar los ojos por un momento mientras luchaba contra la oleada de lujuria que lo invadió ante la sugerencia. Cuando los abrió de nuevo, el entusiasmo en los ojos de Catherine le dijo que hablaba en serio. Ella realmente arriesgaría su reputación y su seguridad para visitarlo de nuevo si él lo permitía.

—Si haces eso, tendré que ponerte sobre mis rodillas —dijo. Ese pensamiento no ayudó en nada a frenar su deseo cuando una imagen de Catherine, desnuda de cintura para abajo y extendida sobre sus muslos, vino a su mente. La reprimenda, sin embargo, hizo que Catherine hiciera un puchero de decepción.

—¿Cuándo? —preguntó, claramente no contenta con dejar el asunto.

—Cuando todo esto termine.

Los ojos de Catherine se movieron para mirar por encima de su hombro, y él se giró para encontrar que Nicholas se había acercado por detrás. Tuvo un momento de pánico, temiendo que su amigo hubiera escuchado toda la conversación, pero sus siguientes palabras disiparon esa preocupación.

—¿Cuándo termine qué? —preguntó.

—La temporada —dijo Kerrick, ya que claramente no podía haber estado hablando de la obra que ya había terminado—. Catherine solo me estaba preguntando si planeaba visitar Overlea Manor de nuevo. Por supuesto, eso también dependería de si aún sería bienvenido allí.

La mirada de Nicholas se dirigió a Catherine y luego volvió a él.

—Supongo que eso dependería de cómo transcurra el resto de la primavera. Y de si los corazones siguen intactos.

Nicholas no tuvo que decir las palabras, pero Kerrick escuchó la advertencia tan claramente como si su amigo la hubiera pronunciado. *Deja de jugar con el evidente afecto de Catherine por ti*. Le gustaría poder asegurar a su amigo que no estaba jugando con Catherine, y una vez más maldijo el hecho de no estar en posición de hacerlo.

CAPÍTULO NUEVE

KERRICK TENÍA grandes esperanzas para su reunión con Worthington, pero no era conveniente parecer demasiado ansioso, así que se aseguró de llegar exactamente a la hora acordada a la mañana siguiente. Notó con satisfacción que el otro hombre ya estaba esperando cuando dirigió su montura hacia el elegante sendero en Hyde Park. A esta hora temprana, sin embargo, el parque era frecuentado principalmente por mozos de cuadra que ejercitaban las monturas de la aristocracia.

Worthington se infló visiblemente cuando vio a Kerrick. —Es una excelente mañana para montar —dijo a modo de saludo cuando la montura de Kerrick se puso a la par.

Y lo era. El sol había decidido hacer una de sus raras apariciones, marcando el tono de lo que prometía ser un día agradable.

Los caballos trotaron lado a lado durante varios minutos, los hombres diciendo muy poco, antes de que Worthington dirigiera la conversación al tema que Kerrick sabía que ocupaba sus pensamientos.

—Aprecio que me hagas esta cortesía. —Worthington se inclinó hacia él y bajó la voz antes de continuar—. Entre nosotros, debes saber que pedirme permiso para proponerle matrimonio a Rose es solo una formalidad. Serás mucho mejor para ella que esos otros muchachos que buscan su atención. —El alivio que acompañaba esas palabras era casi palpable.

Kerrick no pudo evitar el pensamiento cínico de que probablemente era su propia fortuna lo que Worthington tenía en mente. Inclinó la cabeza en reconocimiento al cumplido antes de proceder con su tarea de descolocar al otro hombre. —No estoy aquí para pedir permiso para proponerle matrimonio a tu hija.

Worthington se tensó ante su declaración. Intentó hablar dos veces y tuvo que detenerse antes de finalmente lograr decir: —¿Pero sí tienes intención de casarte con ella? Todo el mundo lo espera, y despreciarla causaría rumores. Y ambos sabemos que es el deseo más querido de tu madre y Lady Worthington.

Kerrick apretó los dientes contra la réplica de que todo el mundo esperaba tal unión solo porque Worthington estaba dejando caer indirectas en cada salón de baile y en cada evento social de Londres.

—No tengo intención de causar ninguna angustia a tu hija. —Sus palabras eran verdaderas porque empezaba a sospechar que Rose Hardwick no deseaba una unión entre ellos más de lo que él lo hacía—. Puedes estar seguro de que no surgirán rumores negativos de mis acciones hacia la señorita Hardwick. Sin embargo, observándola, es muy claro para mí que está disfrutando mucho de su temporada. No desearía quitarle ese disfrute declarando mis intenciones

prematuramente.

—Un compromiso formal no acabaría con su disfrute.

—Tal vez no, pero tengo una confesión que hacer.

La expresión en el rostro del otro hombre era una mezcla cómica de miedo y esperanza, y Kerrick tuvo que esforzarse para evitar que las comisuras de su boca se levantaran en diversión.

—Nunca he sido aficionado al torbellino social.

Pudo escuchar el suspiro de alivio que Worthington soltó ante su declaración.

—Ningún hombre de tu edad realmente lo es —se apresuró a decir Worthington—. Aún no tienes treinta años, y estoy seguro de que hay muchas formas más agradables en las que preferirías pasar tus noches. Yo era aficionado al juego. Pero, ay, una vez que has estado casado unos años... —Se encogió de hombros—. Es peor cuando tienes una hija. No hay forma de mantenerse alejado de todos los eventos. Pero de vez en cuando podrás escabullirte y perseguir tus propios intereses. Y afortunadamente nadie espera que un hombre casado baile asistencia a su esposa durante todos esos bailes.

Worthington debió darse cuenta de que estaba divagando, porque su boca se cerró con un chasquido casi audible después de su última declaración.

Kerrick no pudo evitar pensar en Nicholas y Clarington, quienes parecían disfrutar quedándose al lado de sus esposas. Ciertamente, ambos llevaban casados menos de un año, pero Kerrick no veía que su comportamiento cambiara pronto. Sus pensamientos se dirigieron a Catherine y supo que nunca estaría contento sentado en una sala de juegos mientras su esposa bailaba con hombres que, él sabía, acechaban a las mujeres que se sentían descuidadas por sus cónyuges.

Despiadadamente, arrastró sus pensamientos de vuelta al presente. No podía permitirse distraerse. Si no concluía pronto esta investigación, podría terminar siendo invitado a la boda de Catherine con el vizconde Thornton.

—Me inclino ante tu conocimiento superior sobre el tema —dijo Kerrick, observando cómo Worthington se pavoneaba visiblemente ante el cumplido. Con una rapidez destinada a desestabilizar al otro hombre, cambió de tema—. Anoche no tuve la oportunidad de preguntar con quién estabas hablando fuera de tu palco antes de que comenzara la obra. Parecías alterado por el encuentro.

El color se drenó del rostro de Worthington y Kerrick sintió que una medida de satisfacción cobraba vida dentro de su pecho. Brantford había estado en lo correcto: Worthington estaba involucrado en algo profundo. Pero la pregunta aún permanecía sobre si también era traicionero.

Worthington se apartó y Kerrick pudo ver que estaba luchando por recuperar la compostura. Su voz estaba tensa cuando respondió.

—Siempre tenemos tantos visitantes en estas cosas cuando Rose está presente... No puedo recordar a un hombre en particular.

—La señorita Hardwick aún no había subido en ese momento.

Worthington luchó por unos segundos antes de decir: —Ahora recuerdo a lo que te refieres. Mi esposa tenía dolor de cabeza. Antes de que comenzara la obra, busqué a un lacayo y le pedí que llevara un vaso de agua al palco.

Worthington estaba mintiendo. El hombre que él y Catherine habían visto marcharse la noche anterior no era ningún lacayo. Ansiaba presionar el asunto, pero la experiencia le decía que nada se ganaría presionando por información cuando una mano más ligera obtendría mejores resultados al final. Tenía la confirmación que necesitaba de que Worthington estaba involucrado en algo que no quería que nadie más descubriera.

Se preguntó si la esposa del hombre sabía al respecto y su mente comenzó a dar vueltas sobre cómo podría seguir esa línea de investigación. En el fondo de su mente, surgió el pensamiento de que la nueva amistad de Catherine con Rose la colocaba en la posición perfecta para hacer indagaciones discretas a la madre de Rose, pero se negó a dar a esa posibilidad cualquier consideración seria. Lo último que quería era que Catherine se involucrara más en este lío. Ella se había colocado allí, pero él haría todo lo posible para asegurarse de que no corriera ningún riesgo. Lord y Lady Worthington no eran del tipo peligroso, pero sabía por otras misiones que las personas desesperadas a menudo actuaban fuera de carácter para protegerse. Y si la seguridad de su familia estaba involucrada... No, definitivamente no le pediría a Catherine que se involucrara en esto.

—Espero que Lady Worthington se sintiera mejor esta mañana.

Todo el semblante de Worthington se relajó ante el cambio de tema.

—Aún estaba en cama cuando me fui. Desafortunadamente, sus dolores de cabeza son más frecuentes de lo que le gustaría, pero normalmente pasan después de una noche de descanso. Te agradezco tu preocupación.

Kerrick le dedicó al otro hombre una sonrisa destinada a tranquilizarlo.

—Me alegro mucho de oír eso. ¿Estará lo suficientemente bien como para asistir a la reunión de los Hastings esta noche?

Worthington negó con la cabeza.

—Normalmente prefiere una noche tranquila en casa después de uno de sus episodios, especialmente si ocurren durante una salida nocturna —su alivio porque el tema hubiera vuelto a terreno más seguro era casi palpable.

—No puedo culparla —dijo Kerrick—. Dado que la mayoría de estas veladas son interminables en el mejor de los casos, no puedo imaginar tener que soportar una sintiéndose mal.

Worthington se rio, su naturaleza normalmente efusiva una vez más al frente.

—Ahí es donde los hombres somos muy diferentes de las mujeres. Me temo que muy poco las mantiene alejadas de pasar todas las noches fuera durante la temporada. Si no pensara que el evento de esta noche se convertiría en una forma de exhibir los talentos musicales de las hijas de Lady Hastings, se obligaría a ir sin importar lo mal que se sintiera.

Kerrick no tuvo que fingir su expresión de horror. Ya había tenido la desgracia de escuchar a la hija mayor destrozar a Bach.

—No lo harían.

—Considérate advertido. Por supuesto, Lady Hastings ya sabe que tu atención está en otra parte, así que estoy seguro de que estarás a salvo.

EL CARRUAJE se detuvo frente a la sombrerería en Bond Street a las diez en punto de la mañana, y Catherine bajó, seguida por su doncella. Al no ver a Rose, Catherine se preguntó si la otra mujer habría cambiado de opinión sobre reunirse con ella. La nota que había recibido hace poco decía que Rose ya estaba saliendo de casa, así que debería haber estado allí.

Catherine estaba indecisa entre enviar el carruaje de vuelta y esperar en la calle o subir de nuevo y regresar a casa. Sin embargo, la nota de Rose parecía importante, así que le dijo al cochero que volviera en media hora. Cuando el carruaje comenzaba a alejarse, se sintió aliviada al ver a Rose salir de una tienda de vestidos cercana, con su propia doncella a cuestas. Ese alivio

se transformó en preocupación cuando notó la tensión en las facciones de su amiga.

—Me alegro tanto de que hayas podido reunirte conmigo con tan poca antelación —dijo Rose, tomando sus manos rápidamente y dándoles un ligero apretón antes de soltarlas de nuevo —. No estaba segura de que pudieras venir.

—Mis mañanas normalmente están libres —dijo Catherine, pensando en cómo su hermana estaba ahora mismo acostada en la cama, sufriendo las náuseas tan frecuentes en las mujeres recién embarazadas—. Tu nota parecía urgente. ¿Ocurre algo malo?

—Camina conmigo un poco —dijo Rose, tomando el brazo de Catherine con el suyo y comenzando a pasear por la calle a un ritmo pausado.

Sus doncellas las siguieron. Rose debía haberle dicho ya a la suya que quería privacidad porque las dos mujeres se mantuvieron a varios pasos de distancia. Catherine se preguntó qué podría haber pasado para justificar la preocupación en el rostro de su amiga. Después de todo, la había visto justo la noche anterior y todo parecía estar bien.

—Estás empezando a preocuparme —dijo Catherine.

Rose soltó una risa sin humor.

—Me disculpo. Puedo ver lo dramática que estoy siendo, pero estaba verdaderamente preocupada y necesitaba hablar contigo de inmediato.

—¿Ha pasado algo?

Rose negó con la cabeza.

—Todavía no, pero temo que está a punto de ocurrir —ignoró a quienes las miraban y sin duda se habrían detenido a charlar si Rose hubiera mostrado la más mínima inclinación de que acogería la intrusión. Cuando continuó, su voz era apenas audible—. Cuando mi doncella me despertó esta mañana, me dijo que padre había salido a montar con Lord Kerrick.

Catherine no tuvo que fingir su sorpresa. Kerrick no le había mencionado nada sobre ir a montar con Lord Worthington, pero no habían tenido mucho tiempo para conversar en privado. También sospechaba que no le había mencionado la reunión porque aún estaba bastante firme en no involucrarla en sus investigaciones. Ella tendría que mostrarle cuánta ayuda podía ser para él.

—Estoy segura de que Lord Kerrick sale a montar regularmente —en cuanto las palabras escaparon de sus labios, sus pensamientos volvieron a la noche que habían pasado juntos, y tuvo que girarse para ocultar el calor que podía sentir subiendo a sus mejillas. Afortunadamente, Rose estaba demasiado preocupada para notarlo.

—Tal vez, pero a padre le gusta montar solo por la mañana. Disfruta de la soledad y el ejercicio. Si planeó reunirse con Lord Kerrick, sé que es porque padre espera que pida permiso para proponer matrimonio.

Catherine sabía que era poco probable que eso sucediera, o al menos esperaba que fuera así, pero no podía decirle a Rose que sus preocupaciones eran infundadas.

—¿Qué harás si Lord Kerrick propone matrimonio?

Rose le dirigió una mirada de incredulidad.

—Lo rechazaré, por supuesto. Parece muy agradable y es muy atractivo...

—Pero tienes sentimientos por tu hombre misterioso.

Un atisbo de sonrisa tocó los labios de Rose.

—Es una causa perdida, lo sé. Y en su mayoría he aceptado esa realidad. Pero si aceptara a Lord Kerrick, haría miserables las vidas de tres personas. Aparte de mí misma, no podría hacerle eso a ti o a él porque es obvio para mí que él corresponde tu afecto.

No había nada que Catherine pudiera decir en respuesta. Solo esperaba que no fuera tan obvio para los demás, porque Kerrick necesitaba mantener buenas relaciones con Lord

Worthington.

Los pensamientos de Rose debieron haber vuelto al otro hombre, porque aunque trató de ocultarlo, Catherine pudo ver su desesperación. Su corazón se conmovió por la otra mujer. Si algo sucediera para mantenerla separada de Kerrick, no sabía si podría soportarlo.

—¿Cómo reaccionaría tu padre si rechazaras una propuesta de matrimonio de Lord Kerrick?

Rose esperó para responder hasta que pasaron una joven mujer y lo que debía ser su madre saliendo de una tienda de modistas. Cuando no había nadie cerca, dijo:

—No estaría contento, y temo que haría lo posible por hacerme cambiar de opinión.

El tono sombrío en su voz hizo que Catherine frunciera el ceño.

—¿Te obligaría a aceptar?

—Hasta hace poco nunca habría pensado que fuera el tipo de padre que me obligaría a un matrimonio que no deseo, pero ahora... —Suspiró—. Sí, creo que lo haría.

Un escalofrío de inquietud recorrió la espalda de Catherine ante ese pensamiento. Su hermana se había encontrado en una situación similar el año anterior, aceptando casarse con el Marqués de Overlea para asegurar el futuro de todos, pero desde el principio era evidente que se sentía atraída por Nicholas. Su matrimonio había sido inestable al comienzo debido a la enfermedad de Nicholas, pero al final todo había salido bien, y ahora eran la pareja casada más feliz que Catherine conocía. No podía imaginar cómo sería casarse con un hombre mientras se estaba enamorada de otro. Y si fuera completamente sincera, ni siquiera quería contemplar un futuro en el que Rose y Kerrick estuvieran casados.

—¿Por qué desea tanto esta unión? No sería exagerar decir que podrías tener al hombre que quisieras. —Cuando Rose frunció el ceño, Catherine continuó—: No sé quién es tu hombre misterioso, pero estoy segura de que no sería inmune a tus encantos si decidieras poner tus ojos en él.

Rose desvió la mirada.

—Lord Kerrick es inmune.

Catherine sinceramente esperaba que eso fuera cierto.

—Bien, entonces. Casi cualquier hombre. ¿No es uno de los hombres de tu grupo de admiradores el heredero del Marqués de Cranley?

—Sí, pero su familia no es tan rica como la de Lord Kerrick.

Dada la reciente pobreza de su propia familia, Catherine podía entender bien los motivos detrás del deseo de Lord Worthington de asegurar el futuro de su hija.

—Lo siento. No me di cuenta de que la riqueza fuera una consideración.

Rose la llevó al pequeño espacio entre dos tiendas e indicó a sus doncellas que esperaran al otro lado de la calle antes de volverse hacia Catherine nuevamente.

—Eso es lo que menos entiendo. Hace unos años estábamos en una mala situación. Hace dos años, Mamá me habló de cómo probablemente no tendría una temporada. Pero luego las cosas cambiaron. Mamá dijo algo sobre ciertas mejoras que Padre había realizado y que nuestros ingresos habían aumentado como resultado.

El vello de la nuca de Catherine se erizó. Los Worthington habían experimentado un repentino aumento de fortuna. Hasta ese momento, había estado esperando saber que Kerrick estaba equivocado y que Lord Worthington era inocente de lo que fuera que sospechara que había hecho. Pero si había algo que Catherine había aprendido, era a confiar en sus instintos. Y ahora mismo sus instintos le decían que había más en este cambio en la fortuna de los Worthington que simples mejoras realizadas en su propiedad.

—Eso es muy interesante —dijo, con voz cuidadosamente neutral—. ¿Alguna vez supiste

qué se hizo?

La mirada que Rose le dirigió le dijo que su amiga pensaba que había perdido la cabeza.

—Padre no discute la administración de la propiedad conmigo. En cualquier caso, eso no viene al caso. Hace dos años habría entendido su deseo de verme casada con un hombre con título y una propiedad rica detrás de él. Pero ahora? —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido para mí. No nos ha faltado nada, y aunque sé que quiere verme bien casada, hay muchos otros hombres que podrían proveerme de manera más que adecuada. No entiendo por qué insiste tanto en que concentre toda mi atención en asegurar el interés de Lord Kerrick.

—¿No había un entendimiento entre tu madre y la de Lord Kerrick? Le oí decir algo sobre que las dos eran muy buenas amigas.

Rose se encogió de hombros.

—Sí, imaginaron un futuro donde las familias algún día se unirían, pero nunca hubo un compromiso formal entre nosotros... ¡Gracias al cielo!

Eso explicaría por qué Kerrick estaba tan dispuesto a perseguir un futuro con ella en lugar de con Rose. Pero eso aún no resolvía su predicamento actual. Catherine estaba completamente perdida en cuanto a cómo podría ayudar a cambiar la situación actual a favor de todos ellos.

—Este hombre que ha capturado tu interés... ¿no tiene dinero?

Rose rió, el sonido lleno de genuina diversión, pero había un vacío detrás de él.

—Hace que incluso la riqueza de Lord Kerrick parezca poca cosa. Pero como rara vez me mira siquiera, difícilmente puedo contar con que su interés disuada a mi padre de tratar de asegurarse de que Lord Kerrick y yo nos casemos antes de que termine el año.

Esa noticia sorprendió a Catherine.

—Esta es tu primera temporada, seguramente no hay prisa.

Rose negó con la cabeza.

—No entiendo su urgencia, pero temo que está bastante decidido a vernos casados muy pronto.

Catherine quería asegurarle que eso nunca sucedería, pero no pudo evitar que una pizca de duda se colara en su propia mente. ¿Y si Kerrick se cansaba de ella como lo había hecho con las muchas otras mujeres con las que había estado? Habían hecho el amor, pero eso no era garantía de que se quedaría con ella. Especialmente porque nadie sabía de su liaison. Por supuesto, si se lo dejaba escapar a Louisa, no dudaba que Nicholas se aseguraría de que su amigo le hiciera una propuesta. Pero, ¿era eso lo que quería? ¿Forzar la mano de Kerrick? ¿Y llegaría a odiarla si lo hacía? El pensamiento se asentó pesadamente en su vientre, creando un pozo casi insondable de desesperación ante la posibilidad.

—Catherine, ¿escuchaste lo que dije?

La mano de Rose en su brazo, sacudiéndola suavemente, la sacó de sus pensamientos.

—Lo siento —dijo, esperando que su sonrisa de disculpa no pareciera tan vacía como se sentía.

—Entiendo —dijo Rose, apretando su mano antes de soltarla—. Imagino que la idea de que Lord Kerrick y yo nos casemos es tan desagradable para ti como lo es para mí. Por eso debemos asegurarnos de que nunca llegue a suceder.

La mirada de determinación en el rostro de Rose hizo que Catherine temiera preguntar qué quería decir.

—¿Y cómo haremos eso?

—Debemos asegurarnos de que todos se den cuenta de que eres tú por quien Lord Kerrick se preocupa y no por mí. Y si tenemos suerte, quizás podamos lograr que te comprometa.

Sus palabras, tan cercanas a los pensamientos que acababan de pasar por su propia mente, hicieron que Catherine casi se tambaleara de la impresión.

—No, no podemos...

—Por supuesto que podemos. De hecho, debemos. Estoy segura de que entre las dos podremos lograrlo.

Ahora que había decidido un plan de acción, Rose había vuelto a ser su yo más ligero y despreocupado. Era una fachada, por supuesto, pero estaba claro que la resolución de Rose de verla a ella y a Kerrick juntos la había llenado de nueva vida. Catherine, por otro lado, estaba llena de temor ante este nuevo giro de los acontecimientos. Kerrick no iba a estar feliz cuando se enterara del plan de Rose.

CAPÍTULO DIEZ

CUANDO BRANTFORD ESTABA en la ciudad, se aseguraba de visitar White's a diario para cimentar su reputación como un miembro ocioso de la aristocracia. Esto también le brindaba la oportunidad de reunirse con muchos de sus contactos sin llamar demasiado la atención. Muchos buscaban su compañía solo por el prestigio de ser vistos con él, lo que significaba que nadie consideraba inusual que Kerrick se le acercara allí.

Kerrick cruzó la suntuosamente decorada sala principal y se detuvo en la entrada del salón donde Brantford estaba desparramado en un sillón orejero. El otro hombre lo notó de inmediato; no había mucho que escapara a su atención. Con solo una mirada casual de Brantford, los dos hombres con los que había estado hablando se levantaron de sus sillas y se alejaron, permitiendo a Kerrick la privacidad que necesitaba para esta reunión. No tenía idea de cómo lo hacía Brantford, pero hacía tiempo que había dejado de intentar adivinar quién estaba en la nómina del Ministerio del Interior y quién simplemente trataba de congraciarse con el poseedor de uno de los títulos más antiguos y ricos de toda Inglaterra.

—Worthington definitivamente está ocultando algo —dijo Kerrick después de tomar uno de los asientos vacantes.

—Y buenas tardes a ti también.

Había una dureza en su tono que hizo que Kerrick se detuviera para examinar al otro hombre. Brantford había asumido su pose habitual, recostado en su silla, con una copa de brandy medio vacía colgando de sus dedos, una que Kerrick sabía que no sería rellenada, pero algo andaba mal. No podía decir cómo lo sabía, ya que el otro hombre siempre había sido imposible de leer. Hoy no era diferente, pero de alguna manera sabía que Brantford no estaba feliz de verlo.

—¿Interrumpí algo importante?

Brantford levantó una ceja.

—¿Con Bryers y Carlson? Definitivamente no.

Bueno, esto era un acontecimiento interesante. No era frecuente que Kerrick fuera testigo de que se le alborotaran las plumas a Brantford. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas mientras no hacía ningún esfuerzo por ocultar su examen del otro hombre.

—¿Hay algo que te gustaría compartir conmigo?

Los ojos de Brantford se estrecharon. Fue casi imperceptible, y Kerrick lo habría pasado por alto si no lo hubiera estado observando de cerca.

—Y yo que pensaba que tú tenías información para compartir conmigo.

La comisura de la boca de Kerrick se levantó.

—Cualquier cosa que pudiera tener para compartir contigo puede esperar. Lo que quiero

saber es por qué el Conde Impasible se está mostrando menos que distante.

Un atisbo de algo que podría haber sido diversión iluminó los ojos de Brantford.

—Por mucho que esté disfrutando de esta conversación, me temo que tengo otra cita y debo irme pronto.

Kerrick soltó un suspiro exagerado.

—Y nos estábamos divirtiendo tanto con nuestro intercambio de pullas.

—Tú estabas intercambiando pullas —dijo Brantford, con su máscara neutral nuevamente firmemente en su lugar—. Yo estaba soportando.

—Tienes, por supuesto, toda la razón. Me temo que debo estar perdiendo mi toque. Podría ser mejor si encontraras a alguien más para reemplazarme.

—Pronto, Kerrick. Después de que completes esta última misión.

Se puso serio ante el recordatorio. Ese momento no podía llegar lo suficientemente pronto para él.

—En el teatro anoche, casualmente vi a Worthington regresando a su palco, pero no era él mismo. Nunca pierde la oportunidad de detenerse y hablar conmigo, pero ayer pasó de largo visiblemente alterado. Creo que estaba regresando de una reunión, pero no pude identificar a la persona con la que estaba hablando. Estaba demasiado lejos y se dirigió en la dirección opuesta antes de mezclarse con la multitud. Había demasiada gente alrededor para intentar perseguirlo.

—Qué lástima —dijo Brantford.

—Sí. Arreglé para ir a montar con Worthington esta mañana, y cuando lo mencioné, se mostró visiblemente alterado. Intentó decir que estaba hablando con un lacayo.

—Así que nuestras sospechas sobre él parecen ser correctas.

—Sí. —Apenas se contuvo de maldecir.

Los ojos de Brantford se estrecharon.

—Pareces estar molesto.

Kerrick se encogió de hombros.

—Esto no terminará bien. Si descubrimos que Worthington está involucrado en pasar secretos, toda su familia quedará arruinada. Su esposa e hija no se merecen eso.

Brantford guardó silencio por un tiempo inusualmente largo. Cuando habló, dijo simplemente:

—No, supongo que no.

Kerrick se enderezó y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

—No puedo esperar para terminar con todo este tipo de trabajo. No puedo imaginar por qué alguna vez lo disfruté.

—Si la memoria no me falla, estabas bastante ansioso por ayudar a tu país cuando me acerqué a ti.

—También era joven y estúpido.

—Has sido un gran activo y se te echará de menos.

El cumplido lo tomó por sorpresa. Para Brantford, era casi efusivo. Kerrick inclinó la cabeza y esperó, sintiendo que algo de gran importancia estaba por venir. Sus instintos rara vez se equivocaban, y no le fallaron ahora.

—¿Cómo va progresando tu cortejo a la señorita Hardwick?

Brantford había estado ocupado echando un vistazo a la sala cuando hizo la pregunta casual, pero Kerrick se centró en la acción por lo que era. La pregunta era de gran importancia para el hombre sentado frente a él, aparentando tener solo el más ligero interés en el tema en cuestión. Era una táctica que Brantford solía usar para desviar la atención de cuán interesado estaba

realmente en la respuesta.

Los ojos de Kerrick nunca dejaron el rostro del otro hombre mientras respondía, su tono igualmente casual.

—Creo que la señorita Hardwick posee profundidades que intenta mantener ocultas de los demás. Y he descubierto que me agrada.

La mano de Brantford se detuvo solo por un brevísimo segundo mientras sacaba su reloj de un bolsillo para mirar la hora.

Kerrick esperó hasta que hubiera guardado el reloj antes de continuar.

—Todo el mundo cree que anunciaremos nuestro compromiso en cualquier momento. Dadas las expectativas de la sociedad y de mi propia familia, he estado considerando si debería continuar cortejándola seriamente.

Kerrick quería cantar victoria cuando la mandíbula de Brantford se tensó.

—¿Supongo que eso no contaría con tu aprobación?

La mirada de Brantford se posó directamente en él. —No veo qué tienen que ver tus relaciones personales conmigo. Pero, ¿no se sentirá decepcionada la señorita Evans?

Kerrick se negó a dejarse provocar para cambiar de tema. —Lo sé, Brantford —estaba fanfarroneando, pero todos sus instintos le decían que el Conde Inafectado tenía sentimientos por Rose Hardwick.

—Si encuentro alguna información que pueda serte útil en tu investigación, me aseguraré de hacértela llegar. Hasta entonces, tengo una cita a la que no puedo faltar.

Brantford dejó su bebida en una mesa auxiliar, se levantó y, sin decir una palabra más, salió de la habitación a grandes zancadas. Su falta de respuesta le dijo a Kerrick todo lo que necesitaba saber.

SOLO HABÍA ASISTIDO a una reunión social antes de esa noche, pero Catherine descubrió que las prefería con creces a los bailes formales y las veladas musicales. Las fiestas en casas más pequeñas eran más íntimas y, para ella, mucho más agradables. Se había sentido aliviada al saber por Rose que su familia no asistiría. No sabía si Kerrick estaría allí, pero si lo estaba, no tendría que verlo cortejando a otra persona. Aunque conocía la verdad de la situación, era difícil vigilar cada uno de sus pasos y tener cuidado de no pasar demasiado tiempo en su compañía. Pero seguramente con los Worthington ausentes, y con todos conscientes de la gran amistad entre Kerrick y Nicholas, nadie miraría dos veces si se permitía disfrutar de su compañía.

Sentía una pequeña punzada de culpabilidad por Louisa. Normalmente, el malestar que mantenía a su hermana en su poder durante las horas de la mañana habría desaparecido por la noche. Y Louisa solía tomar una siesta la mayoría de las tardes para estar fresca para sus entretenimientos nocturnos. Catherine no pudo evitar notar, sin embargo, que su hermana no era la de siempre esa noche. Pero como Louisa no había dicho nada sobre no asistir a la reunión, y porque ella había estado tan ilusionada con ir, no le había preguntado a Louisa si quería quedarse en casa. Una buena hermana, una que no estuviera actuando de manera egoísta, habría preguntado si su hermana, que parecía algo demacrada, se sentía con ánimos de salir. Louisa siempre había tendido a sacrificarse demasiado por su familia, y Catherine no podía ignorar su sospecha de que estaba haciendo lo mismo ahora. El hecho de que Nicholas estuviera siendo más atento de lo normal respaldaba esa creencia.

Se dijo a sí misma que si Kerrick no aparecía pronto, insistiría en que se fueran a casa.

Cuando Kerrick entró en el salón de los Hastings poco después de su propia llegada, luciendo particularmente apuesto de negro y con un chaleco azul real que reflejaba el color de sus ojos, su culpabilidad solo aumentó porque sabía que no se irían temprano. Intentó acallar ese sentimiento razonando que su hermana nunca pondría en riesgo su embarazo y podría decidir por sí misma si necesitaba irse.

Su mirada recorrió la habitación y se detuvo cuando la vio. No sonrió, pero ella pudo ver la satisfacción en sus ojos. Consciente de que Louisa la estaba mirando y de que su hermana la conocía casi mejor que ella misma, apartó la mirada de él.

—Lord Kerrick está aquí —dijo Louisa.

Su hermana veía demasiado. De todas las personas que conocía, Catherine encontraba más difícil saber cómo comportarse a su alrededor cuando el nombre de Kerrick surgía en la conversación. Louisa ya sabía que sus sentimientos por él iban más allá de la amistad -Catherine apenas había sido sutil al respecto en el pasado- así que no podía fingir desinterés ahora. Pero, ¿cómo podía ser ella misma alrededor del hombre y no traicionar que su relación había dado un paso más allá? Louisa y Nicholas nunca debían sospecharlo.

Mientras luchaba por pensar qué decirle a su hermana, se alegró de que Nicholas hubiera ido a buscarles bebidas. Por alguna razón, él era muy protector con ella.

Al final, optó por la brevedad. —Sí —dijo simplemente, permitiendo que se mostrara su sonrisa de felicidad. Hacer menos sería despertar las sospechas de su hermana.

Se quedaron a un lado de la habitación, y cuando miró hacia arriba, lo vio acercarse. Una sensación de conciencia, aguda y rápida, la atravesó y le resultó imposible volver a apartar la mirada. En su favor, él se detuvo primero a hablar con un grupo de hombres para no parecer demasiado ansioso por verla. Pero ella sabía lo contrario.

Louisa le agarró la mano y Catherine volvió su atención a su hermana.

—Por favor, recuerda que su interés está en otra parte —dijo Louisa.

El alivio la invadió ante la confirmación de que su hermana no sospechaba que ya había algo más entre ella y Kerrick.

No podía prometerle a su hermana que renunciaría a todo interés en Kerrick, así que en su lugar dijo: —¿No recuerdo que se haya anunciado ningún compromiso? ¿Estaba en el periódico de esta mañana y nadie me lo dijo?

Louisa suspiró exasperada y Catherine se rio.

—Eres verdaderamente incorregible —dijo su hermana.

—Eso ya lo sabíamos.

Catherine levantó la vista para ver que Kerrick se había desenredado de sus amigos y ahora estaba frente a ellas. La diversión iluminaba sus ojos y ella sabía que estaba recordando cierto encuentro descarado que ella había iniciado no hacía ni dos días. No sabía qué decir, pero se salvó cuando Nicholas regresó con sus bebidas. Le dio las gracias y tomó un sorbo del ratafia.

Kerrick dirigió su atención a Louisa. —Te ves hermosa como siempre, Lady Overlea.

La sonrisa de Louisa fue rápida, pero detrás de ella Catherine pudo detectar signos de tensión. Otra ola de culpabilidad la invadió cuando Nicholas tomó el brazo de Louisa y ella le sonrió con alivio.

—Quizás deberíamos sentarnos. Mi esposa se siente un poco indispuesta esta noche. De camino de vuelta vi que una de las mesas de cartas estaba libre. Podríamos ir a ver si sigue siendo así.

Nicholas no esperó su respuesta, sino que se dio la vuelta y se dirigió hacia el salón de la mañana donde se habían dispuesto mesas para aquellos invitados que quisieran jugar.

Kerrick le ofreció el brazo a Catherine, y cuando ella lo tomó, una calidez la inundó. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no hundirse contra él y deleitarse en su cercanía. La forma en que los dedos de su otra mano se apretaron brevemente sobre los de ella donde reposaban en su brazo le indicó que él no disfrutaría nada más. Pero en su lugar mantuvieron una distancia circunspecta mientras seguían a Louisa y Nicholas hacia la sala de estar.

Mientras pasaban por el pasillo, Catherine se alegró de ver que el Duque y la Duquesa de Clarington acababan de llegar. Sin embargo, la manera en que Lord y Lady Hastings saludaron a la pareja le indicó que probablemente pasaría algún tiempo antes de que pudieran liberarse del anfitrión y la anfitriona.

Como la atención de todos estaba en la pareja recién llegada, Catherine se detuvo y miró a Kerrick.

—Necesito hablar contigo —dijo en voz baja, las palabras apenas audibles.

—No creo que...

—Estuve con Rose esta mañana. Me dijo algo que deberías saber.

Él asintió pero no dijo nada mientras un grupo pasaba junto a ellos. Avanzaron de nuevo, y cuando entraron en la sala de estar, vio que su cuñado había logrado asegurar la mesa de cartas libre. Nicholas estaba sentado frente a Louisa, sosteniendo sus manos entre las suyas, y mientras ella y Kerrick se acercaban, la oyó instando a su hermana a volver a casa.

Ya no podía ignorar su culpa. Tomando asiento entre ellos, se volvió hacia Louisa.

—Si no te sientes bien, podemos irnos.

Su hermana negó con la cabeza.

—Tonterías. Nicholas solo está siendo demasiado protector.

—Estoy siendo lo suficientemente protector —dijo Nicholas con el ceño fruncido—. Te esfuerzas demasiado.

Louisa le dio una sonrisa cariñosa y se volvió hacia Catherine.

—Estaré bien. Si me canso demasiado, se lo haré saber a todos. Hasta entonces, ¿jugamos?

Kerrick aprovechó ese momento para intervenir.

—¿Hay algo que deba saber?

Catherine se aseguró de no encontrarse con sus ojos cuando hizo la pregunta. Él estaba al tanto del embarazo de Louisa porque ella había dejado escapar la información, pero aún no se había hecho un anuncio formal. Sin embargo, mantuvo una cara seria cuando Nicholas le comunicó la noticia de que esperaban un feliz acontecimiento para el otoño.

—¿El padre es alguien que conozco? —preguntó Kerrick, arqueando una ceja.

Catherine no pudo contener su sorprendido jadeo ante la sugerencia de que su hermana traicionaría a su marido. Sin embargo, se sorprendió aún más cuando Louisa se echó a reír abiertamente.

—Eres terrible.

Nicholas frunció el ceño.

—Es demasiado pronto para tales bromas —dijo. Su molestia era evidente, pero no estaba tan enojado como debería haberlo estado ante tal sugerencia.

Sin embargo, la mirada que su cuñado le lanzó la hizo consciente, una vez más, de que existía algo entre los otros tres. Algo que se habían esforzado mucho por ocultarle. La diversión de Louisa ante lo que cualquier otra persona consideraría un insulto era una clara prueba de que Kerrick y su hermana estaban en términos mucho más amistosos de lo que deberían. Pero era la falta de reacción de Nicholas lo que más la desconcertaba. Cualquier otro hombre habría exigido que Kerrick se encontrara con él al amanecer por lanzar tal insulto a su esposa.

Se decidieron por un juego de whist. A pesar de las garantías de Louisa de que se sentía bien, era evidente que su mente no estaba completamente en el juego cuando perdió varias oportunidades de ganar una baza. Nicholas apenas estaba mejor. Estaba tan preocupado por su esposa que apenas miraba sus propias cartas. No era de extrañar entonces que Catherine y Kerrick ganaran la primera mano casi sin esfuerzo.

Louisa intentó pero no pudo contener su bostezo y Nicholas tiró las cartas que aún sostenía. La expresión en su rostro le indicó que la velada había llegado a su fin y que no aceptaría ninguna negativa. Louisa ni siquiera lo intentó.

—Lo siento. No sé por qué soy tan mala compañía esta noche. No me levanté hasta casi el mediodía.

Catherine había esperado encontrar una oportunidad durante la velada para hablar a solas con Kerrick, o tan a solas como se puede estar en una habitación llena de otras personas, pero no podía obligar a su hermana a quedarse cuando parecía que podría quedarse dormida en cualquier momento. Tendría que dejar que él encontrara una manera de hablar con ella pronto.

—Debería haber insistido en que nos quedáramos en casa esta noche —dijo—. Fue muy egoísta de mi parte hacerte salir esta noche cuando podía ver que estabas cansada.

—Quizás pueda sugerir una alternativa.

Todos se volvieron para mirar a Kerrick, que estaba reclinado en su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Los Clarington llegaron justo cuando salíamos del salón. Estoy seguro de que a la duquesa no le importaría actuar como acompañante de la señorita Evans durante el resto de la velada.

Catherine se volvió hacia su hermana, incapaz de ocultar su entusiasmo ante la propuesta.

—¿Crees que estaría bien? Nos divertimos cuando fuimos a los Jardines de Kew. Puede que no lo considere una imposición demasiado grande.

—No veo por qué no —dijo Louisa—. Si no le importa, podría irme a casa sin sentir que he arruinado toda tu diversión.

Nicholas asintió bruscamente.

—Iré a hablar con Clarington ahora. No quiero poner a la duquesa en una posición incómoda preguntándole directamente si tienen planes de ir a otro lugar esta noche.

Estuvo ausente solo unos minutos, pero cuando regresó no estaba solo. El Duque y la Duquesa de Clarington lo acompañaban. Charlotte fue directamente hacia Louisa y le dio un rápido abrazo.

—Overlea nos dio la buena noticia. Estaría encantada de quedarme con Catherine esta noche.

—Si estás segura. No deseo imponer... —comenzó Louisa.

—No es ninguna imposición en absoluto. De hecho, Catherine y yo tenemos que ponernos al día desde la última vez que hablamos, y quiero escuchar todo sobre cómo está disfrutando de Londres.

El brillo en los ojos de la duquesa no dejó a Catherine ninguna duda sobre lo que deseaba hablar con ella. Charlotte quería saber si había logrado capturar el interés de Kerrick. Catherine no quería mentirle, pero no podía decirle la verdad.

Con la tranquilidad de que se había encontrado una acompañante adecuada, Louisa permitió que Nicholas la llevara a casa. El resto de la velada transcurrió en un torbellino de música y baile, seguido de una cena tardía. Cuando la duquesa le dijo que ella y su esposo se marcharían pronto, Catherine aún no había encontrado un momento para contarle a Kerrick sobre los planes de Rose de juntarlos a los dos en cada oportunidad.

Miró a su alrededor para ver si podía echarle un último vistazo, pero parecía haber

desaparecido. Intentó acallar su decepción. Kerrick sabía que ella necesitaba hablar con él en privado, y tenía que creer que encontraría la manera de que eso sucediera pronto. Si no esa noche, quizás visitaría su casa en la ciudad al día siguiente.

Cuando salió de la casa de los Hastings con el Duque y la Duquesa de Clarington, notó distraídamente que el carruaje que los esperaba no era el mismo que habían tomado en su última salida juntos. Aquel había sido más grande y llevaba el escudo ducal de Clarington, pero este estaba desprovisto de toda marca. Razonó que los Clarington sin duda tenían varios carruajes y quizás usaban este cuando no deseaban atraer demasiada atención.

Charlotte se acomodó a su lado en el carruaje mientras Clarington tomaba el asiento frente a ella. Solo tuvo un momento para preguntarse por la curiosa expresión en su rostro cuando la duquesa habló.

—¿Qué hay exactamente entre tú y Lord Kerrick?

Sin esperar la pregunta, especialmente no frente al duque, Catherine titubeó en su respuesta. No deseaba mentir, pero tampoco podía comprometer la confianza que Kerrick había depositado en ella.

—Es un muy buen amigo.

Charlotte no iba a dejar que evadiera la pregunta.

—Le tienes cariño y deseas acercarte más a él. A pesar de que está cortejando abiertamente a otra mujer.

Clarington había permanecido en silencio, pero el peso de su mirada parecía asentarse pesadamente sobre ella. Avergonzada, Catherine cerró los ojos y deseó fervientemente que se abriera un agujero en el suelo del carruaje para poder escapar. La duquesa tenía buenas intenciones, pero ella y su esposo debían pensar que era realmente patética. Casi esperaba recibir una conferencia sobre cómo debía dejar ir sus tontas fantasías. Originalmente había pensado que el hecho de que Kerrick fuera un espía era emocionante y romántico, pero en ese momento odiaba lo que él era. Odiaba verse obligada a mentir a todos y que sin duda la vieran como una chica tonta y delirante.

—No deseo hablar de esto...

El duque la interrumpió.

—Dado lo que está a punto de suceder, no responder a la pregunta de Charlotte no es una opción.

El matiz de enojo en sus palabras la sorprendió. Observó, atónita, cómo Charlotte se inclinaba y posaba una mano sobre la rodilla de su esposo, un gesto que claramente pretendía indicarle que dejara las preguntas en sus manos. Clarington le lanzó una mirada sombría pero no dijo nada más.

—¿Sientes algo por Lord Kerrick? —preguntó Charlotte.

Dado que era evidente que no iban a permitirle evadir la pregunta, no tuvo más opción que responder.

—Sí —dijo Catherine simplemente. Podían pensar lo que quisieran, pero ella no negaría sus sentimientos.

Su respuesta pareció satisfacer a Charlotte, quien lanzó una mirada triunfante hacia su esposo.

—Alex no está contento con esto, pero yo, por mi parte, siempre he creído en el amor. Si no lo hubiera hecho... bueno, no estaríamos casados ahora.

—Esta no es en absoluto la misma situación —dijo Clarington.

—Quizás no, pero he aprendido que a veces hay que arriesgarse si amas a alguien.

El rostro de Clarington se suavizó al mirar a su esposa, y quedó claro para Catherine que la amaba mucho.

El carruaje se detuvo en ese momento y se sorprendió cuando un lacayo abrió la puerta. No podían haber llegado a casa ya, una sospecha que se confirmó cuando miró hacia afuera. Parecían estar en una calle oscura, una que Catherine no reconocía.

—¿Por qué nos detenemos?

Charlotte sonrió y, para sorpresa de Catherine, permitió que el lacayo la ayudara a bajar del carruaje. Clarington le dirigió una mirada seria.

—Nicholas confía en mí, y sinceramente espero no estar cometiendo un grave error de juicio. —Sacudió la cabeza bruscamente, con una expresión de divertido desconcierto—. Charlotte está teniendo un terrible efecto en mí.

Con esa críptica declaración, él también descendió del carruaje. Catherine se quedó allí sentada, en estado de shock, sin saber qué hacer. ¿Esperaban que los siguiera? Pero en el siguiente momento todo se aclaró cuando Kerrick subió al carruaje de un salto, cerró la puerta tras él y se acomodó en el asiento que Clarington acababa de dejar vacante.

Una alegría pura la invadió al darse cuenta de que debía haber hecho arreglos con el duque y la duquesa para que tuvieran este momento de privacidad. La anticipación era un latido constante en sus venas mientras el carruaje avanzaba de nuevo. Aquí, donde nadie podía verlos, permitió que sus sentimientos se manifestaran libremente mientras se deleitaba con su presencia.

CAPÍTULO ONCE

IBA A ARDER en el infierno por esto, justo después de que Nicholas lo desafiara. Solo habían pasado dos días desde que Catherine había llegado a su casa. Dos días desde que había jurado mantener distancia de ella. Y sin embargo, aquí estaba, ya inventando excusas para verla de nuevo en privado. Podría haber aprovechado un momento para hablar con ella aparte durante la velada. No habría nada impropio en tener una conversación privada a unos metros de los demás, pero a la vista. Todos conocían su amistad con el cuñado de Catherine. Mientras mantuviera una distancia respetable entre ellos, nadie habría levantado una ceja. Pero no había podido resistir la tentación de organizar este encuentro privado. No había tenido tan poco autocontrol desde que era joven.

Al verla ahora, con la felicidad brillando en su rostro, sabía que sería prácticamente imposible mantener a raya su deseo por ella. En el espacio cerrado del carruaje oscuro, el aroma exótico de su perfume lo envolvía. No deseaba nada más que sentarla en su regazo y continuar donde lo habían dejado la última vez que estuvieron a solas.

Catherine había dicho que necesitaba hablarle sobre algo que Rose Hardwick le había contado. Necesitaba mantener su mente en la tarea en cuestión si quería concluir su misión y liberarse de su actual enredo romántico con Rose.

Catherine se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo hiciste...? —Se detuvo abruptamente y el calor subió por su rostro—. ¿Clarington sabe sobre nosotros? ¿Sobre lo que pasó?

Extendiendo la mano, él tomó una de las suyas y negó con la cabeza.

—No se lo he dicho a nadie; sabes que no hablaría de lo que pasó entre nosotros. No cuando todos deben creer que estoy cortejando a Rose Hardwick.

—La duquesa sabe sobre mis sentimientos por ti. Podría habérselo dicho.

Por un momento esperó lo peor, pero tenía que averiguar cuánto había revelado Catherine.

—No le dijiste...

—No —dijo Catherine con un firme movimiento de cabeza—. Te prometí que no le diría a nadie lo que estás haciendo. Y si alguien supiera sobre esa noche... —Se detuvo, retiró su mano de la de él y se enderezó en su asiento—. No sería prudente para mí exponer lo que sucedió. Sé que muchos no pensarían nada malo de atrapar a un hombre para que les haga una propuesta, pero yo no soy una de esas mujeres. En cualquier caso, ambos sabemos que no estás libre, incluso si yo fuera del tipo que planea de esa manera.

La irritación se encendió dentro de él. ¿Realmente creía que era el tipo de hombre que simplemente la dejaría sufrir una reputación arruinada? Su actual línea de investigación podía

irse al diablo si alguien se enteraba de que él había tomado su inocencia. Incluso si ella no fuera la hermana de Louisa, su sentido del honor nunca le permitiría comportarse de manera tan despreocupada.

Otro pensamiento más inquietante se le ocurrió. ¿Catherine creía que solo estaba jugando con ella? Había tenido su cuota de aventuras amorosas a lo largo de los años, pero solo con mujeres experimentadas que sabían que sus encuentros no irían más allá. Nunca había deshonrado a una inocente, y le molestaba más de lo que podía expresar que ella lo creyera capaz de algo así.

Dos líneas se formaron entre sus cejas.

—¿Sucede algo?

Se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño y recurrió a sus años de práctica ocultando sus pensamientos para suavizar su expresión. Se negó a considerar su sospecha de que estaba actuando más por emoción que por intelecto, algo que no podía permitirse hacer hasta que todo este lío terminara. Solo entonces podría dirigir su atención completamente a la cautivadora criatura frente a él.

—Dijiste que tenías algo importante que decirme sobre tu encuentro con la señorita Hardwick esta mañana.

Por un momento pensó que ella no le permitiría evadir su pregunta, pero al final no insistió.

—No te agradará escuchar esto... pone en riesgo tu investigación.

—¿Qué pasó? —preguntó, su mente saltando al peor escenario posible, que se había delatado esa mañana cuando había interrogado a Worthington sobre su malestar la noche anterior en el teatro.

—No le dije nada a Rose, pero es muy observadora. Ha adivinado que tengo sentimientos por ti.

Empezó a respirar un poco más tranquilo con su admisión.

—No has ocultado el hecho de que tienes un *tendre* por mí.

Sus hombros se tensaron, indicándole que la había molestado, pero no podía entender por qué. Por la forma en que todos actuaban, su afecto por él era ampliamente conocido. Solo esperaba que ese afecto no se dirigiera a otra persona antes de que todo este asunto quedara atrás.

—Puede que sea así, mi señor espía extraordinario, pero te sorprenderá saber que tú no has tenido más éxito en ocultar tus propios sentimientos.

Eso borró la sonrisa de su rostro.

—¿Qué, exactamente, estás diciendo?

—Rose ha adivinado que correspondes mis sentimientos.

Sus pensamientos inmediatamente volvieron a la noche anterior y la forma en que Rose parecía estar a gusto con él en el teatro, más a gusto de lo que nunca había estado en su presencia, y se dio cuenta de que Catherine estaba diciendo la verdad. No es que ella tuviera alguna razón para mentirle sobre algo así.

Maldijo y se recostó contra el asiento del carruaje mientras contemplaba las repercusiones de la revelación de Catherine.

Ella se levantó de su asiento y cruzó el pequeño espacio que los separaba para sentarse a su lado. Él giró la cabeza para mirarla y se sorprendió por la preocupación en sus ojos.

—Te prometo que no traicioné tu confianza. Ella lo adivinó.

Él se enderezó y alcanzó la mano que flotaba sobre su brazo. Su vacilación para tocarlo le molestaba más de lo que quería admitir.

—Lo sé, Catherine. Si se te hubiera escapado algo, me lo dirías.

Ella inclinó la cabeza y, incluso en la oscuridad, él pudo ver que sus ojos se habían

iluminado.

—Confías en mí.

Él le apretó la mano en respuesta.

—No estoy feliz de que te hayas involucrado en esto, y aún espero convencerte de que te alejes de los Worthington, pero solo porque me preocupo por tu seguridad. Confío en que no revelarás nada de lo que te he dicho.

Ella sacudió la cabeza como si no pudiera creer sus palabras. —Louisa todavía me ve como su hermanita y actúa como si necesitara protegerme del mundo.

—Tu hermana es casi ocho años mayor que tú y te ha cuidado desde que tu madre murió cuando eras un bebé. Siempre te verá como su hermana menor y querrá protegerte. Pero por si no te has dado cuenta, yo te veo como la hermosa e inteligente joven que eres.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron fijas. Kerrick estaba a un paso de lanzarse sobre ella cuando ella apartó la vista y dijo, con voz débil: —Hay más. Rose ha decidido hacer de casamentera entre nosotros.

—Por supuesto que lo ha hecho. —Toda la situación era tan ridícula que no pudo contener una rápida carcajada—. Que Dios me libre de las mujeres románticas. ¿Cómo se supone que voy a seguir cortejándola cuando ella intentará juntarnos a nosotros dos?

La boca de Catherine se curvó hacia arriba. —Es definitivamente una complicación.

—Eso, querida, es quedarse corto. —Su diversión se desvaneció al darse cuenta de que debía dejar de permitirse distraerse por su afecto hacia Catherine. Tenía que empezar a prestar más atención a su última misión, que esperaba fuera la última—. No podemos arriesgarnos a que nos descubran juntos.

Ella soltó un suave suspiro. —Lo sé. Y cuando asistamos a los mismos eventos, debemos tener cuidado de mantener la distancia. Rose está muy entusiasmada con su nuevo plan de ver si puede hacer de nosotros una pareja.

Sus manos seguían unidas y él las levantó para depositar un beso en la palma de ella. Su respiración se aceleró ante la íntima caricia.

—Esta podría ser la última vez que estemos a solas durante algún tiempo. Haré todo lo posible por terminar esta investigación rápidamente, pero estas cosas no siempre salen según lo planeado.

La lengua de ella se deslizó por sus labios y todo el cuerpo de él se tensó en respuesta.

—No deberíamos desperdiciar esta oportunidad —dijo ella, trazando la línea de su mandíbula con la otra mano.

Él no podía negar el deseo de tenerla en sus brazos más de lo que podía resistir la necesidad de respirar. Cuando la agarró por la cintura para subirla a su regazo, tenía la intención de que se sentara de lado, en un intento a medias de engañarse a sí mismo pensando que aún tenía el control de este encuentro. Pero ella no lo permitió y lo sorprendió levantando su vestido y moviéndose para quedar a horcajadas sobre él.

Sus labios casi se tocaban y, a pesar de que aún no había pasado nada entre ellos, ya respiraban pesadamente.

—Usted, señorita Evans, es una deliciosa sorpresa —logró decir antes de tomar su boca con la suya.

Quería tomarse su tiempo para disfrutar de este momento con ella, pero en el fondo de su mente estaba el conocimiento omnipresente de que este encuentro pronto llegaría a su fin. Cuando hizo los arreglos con los Clarington para que trajeran a Catherine a su carruaje, le había indicado al cochero que tomara un camino indirecto hacia la casa de los Overlea en la ciudad.

Pero no había querido arriesgar la reputación de Catherine prolongando el viaje más de diez minutos, quince como máximo. Eso no dejaba mucho tiempo antes de que este breve interludio terminara.

Catherine debió haber sentido su urgencia, porque la desesperación de su beso parecía igualar la suya. Él mantuvo sus manos plantadas en las caderas de ella, diciéndose a sí mismo que tendría que contentarse con la sensación de su ligero peso apoyándose contra él mientras sus bocas y lenguas se movían juntas.

El calor que se elevaba en el espacio confinado del carruaje amenazaba con envolverlo. Honestamente, no podría decir quién se movió primero, pero en cuestión de momentos el cuerpo de ella estaba presionado contra toda la longitud del suyo, sus piernas apretando contra sus caderas mientras ella se presionaba íntimamente contra su erección. Los suaves sonidos de maullido que ella hacía mientras se mecía contra él amenazaban con volverlo loco.

No podía tomarla de nuevo —ya habían arriesgado demasiado cuando ella había pasado la noche con él— pero eso no significaba que no pudiera darle placer.

Apretando los dientes para mantener a raya su necesidad de empujar dentro de ella, le bajó el corpiño mientras ella continuaba meciéndose contra él. Debido a que su escote era bajo, llevaba un medio corsé debajo del vestido azul cielo. En cuestión de momentos había liberado sus pechos y atrajo un pezón tenso a su boca. Una mano acariciaba su pecho mientras la otra se apretaba contra su cadera. El quiebre en su voz mientras se acercaba a su clímax lo hizo luchar contra la necesidad casi abrumadora de tirarla de espaldas y enterrarse dentro de ella.

—Kerrick... oh...

Ella se quedó inmóvil y él la observó, fascinado, mientras el orgasmo la invadía. Al borde de derramarse en sus pantalones como un joven, plantó sus manos contra las caderas de ella y alejó la parte inferior de su cuerpo del suyo. Ella murmuró en protesta e intentó hundirse de nuevo contra él, pero él mantuvo la parte inferior de su cuerpo firmemente a distancia.

Ella bajó la mano para tocarlo. Él cerró los ojos por varios segundos mientras los dedos de ella acunaban su miembro, apretando ligeramente. Una guerra se desató dentro de él. Estaba a punto de ceder a su necesidad por ella cuando dos fuertes golpes rompieron el momento: la señal de su cochero de que estaban a solo dos minutos de la casa de los Overlea en la ciudad.

Kerrick maldijo y movió a Catherine de su regazo. Cuando se movió para tomar el asiento frente a ella, ella lo miró con aturdida perplejidad. Sus pechos aún se desbordaban por encima de su vestido y su cabello se había soltado a medias. Él gimió y apartó la mirada para no tirarla de espaldas y terminar lo que habían empezado.

—Estaremos en tu puerta pronto, y a menos que pretendas entrar a la casa de esa manera, será mejor que... —Agitó una mano en dirección a su corpiño y no pudo evitar mirarla de nuevo.

La advertencia sirvió para sacar a Catherine de su confusión, y rápidamente volvió a colocar su vestido en su lugar y alisó sus faldas. Estaba trabajando en sujetar su cabello cuando él habló.

—Voy a visitar a la señorita Hardwick mañana por la tarde. Estoy seguro de que sus padres la animarán a aceptar un paseo conmigo por Hyde Park.

Las manos de Catherine se detuvieron, pero solo por un momento. —Creo que es prudente. Solo podemos esperar que sus padres no sean tan observadores como Rose, pero en caso de que sospechen que hay algo entre nosotros, ayudará mucho a cimentar tu relación con ellos si haces un esfuerzo por buscarla.

Su voz era serena, pero él casi podía leer sus pensamientos y sabía que estaba intentando ocultar su dolor. Nunca se había sentido más como un canalla insensible. Buscando momentos a escondidas con ella en la oscuridad de la noche para satisfacer su placer mientras cortejaba

abiertamente a otra. En ese momento no importaba que ella conociera sus verdaderos sentimientos y motivos.

—Catherine...

—No —la sonrisa que ella le dirigió era frágil—. Lo entiendo, de verdad. Y no temas. Te esperaré.

Era muestra de su verdadera generosidad de espíritu que intentara darle una medida de consuelo cuando ella misma estaba sufriendo.

—No te merezco —dijo él mientras el carruaje se detenía lentamente.

Ella se inclinó y puso una mano en su muslo, y su cuerpo, aún duro de deseo frustrado, cobró vida. —Quizás no, pero me tienes de todos modos.

La puerta empezó a abrirse y ella retiró rápidamente su mano. Mientras la veía descender del carruaje con la ayuda de un lacayo, una sensación de pánico se apoderó de él. Quería llamarla de vuelta, pero por supuesto no lo hizo. Nunca se había considerado un hombre supersticioso, pero en ese momento temió que ambos estuvieran tentando al destino.

CAPÍTULO DOCE

CATHERINE ESTUDIÓ el boceto que acababa de terminar y suspiró. Este era su tercer intento de diseñar un nuevo jardín para la casa de ciudad de los Worthington, y aún no estaba satisfecha con los resultados. La distribución era agradable y las plantas que había elegido eran bonitas, pero en general era ordinario. Tal vez si introdujera un par de las plantas que había visto durante su excursión a los Jardines de Kew... Suspiró de nuevo, más fuerte. No podía permitirse ese capricho. Rose había mencionado que su jardinero era mayor y no sabría cómo cuidar plantas que necesitaran provisiones especiales. ¿Se molestaría siquiera en desenterrar las plantas que necesitaban resguardarse en el interior durante los fríos inviernos británicos, o las dejaría morir? Esa incertidumbre significaba que Catherine solo podía incluir en el diseño plantas más resistentes. Las mismas plantas que había en todos los demás jardines de Londres.

Frustrada, dejó el boceto a un lado y alcanzó una nueva hoja de papel. Su mano se detuvo cuando, por el rabillo del ojo, vio movimiento. Levantó la mirada para ver a su hermana de pie en la entrada de la biblioteca.

—Me preguntaba adónde habías desaparecido —dijo Louisa mientras entraba en la habitación.

Catherine hizo un gesto con la mano sobre los papeles que estaban esparcidos por el pequeño escritorio en el que estaba sentada. —Encuentro que la luz de la mañana aquí es excelente para dibujar.

Su hermana se acercó y miró los diversos bocetos. Sus ojos se posaron en el que Catherine había dibujado primero.

—No recuerdo que el jardín de los Worthington fuera tan grande. Claro que solo lo vislumbré a través de las puertas del jardín durante su velada musical.

—Puede que me haya dejado llevar con ese —dijo Catherine mientras movía esa página a un lado y le entregaba a Louisa los tres bocetos que había dibujado para Rose—. Estos son los que he dibujado para los Worthington.

Catherine no le dijo a su hermana que había estado soñando despierta con su jardín perfecto cuando trabajó en ese primer dibujo. Estaba lleno de plantas exóticas que eran completamente impracticables para el clima británico, pero con una cuidadosa planificación y un poco de trabajo extra, creía que podría lograr un entorno verdaderamente fuera de lo común. No podía dar voz a su deseo de ver ese jardín cobrar vida en la finca de Kerrick. Como un deseo que guardas en tu corazón después de ver una estrella fugaz, temía que expresarlo en voz alta lo condenara.

Louisa examinó cada boceto, sacudiendo la cabeza con asombro. —Son muy buenos. No debería sorprenderme. Siempre he admirado tu habilidad para dibujar, y creo que hay pocos que

puedan rivalizar con tu interés por los jardines y las plantas. Aun así, nunca imaginé que serías capaz de diseñar algo tan bueno.

Catherine se reclinó en su silla. —Es más difícil de lo que imaginaba dar vida a algo único cuando el espacio es tan limitado.

—Quizás, pero has hecho un comienzo maravilloso aquí. Creo que a los Worthington les resultará difícil elegir un favorito.

Catherine aceptó los dibujos de vuelta de su hermana y los dejó a un lado. No se los mostraría a Rose hasta que estuviera satisfecha con ellos. Faltaba algo, pero tendría que pensarlo más tarde. Ahora solo podía pensar en Louisa, que parecía frágil.

Catherine se levantó y, tomando la mano de su hermana, la llevó al asiento de la ventana. —Pareces cansada —dijo—. ¿No dormiste bien anoche?

Louisa se sentó con una mueca. —Me han dicho que la fatiga que siento es normal y que pasará en algún momento. No estoy convencida de que el médico me esté diciendo la verdad.

—Nos quedaremos en casa esta noche. —Catherine sintió una punzada de arrepentimiento al saber que estaría renunciando a la oportunidad de ver a Kerrick si se quedaban en casa esa noche, pero al mismo tiempo era un alivio saber que por una noche no tendría que fingir que él no era más que un amigo de la familia si se cruzaban.

—No. —Louisa sacudió la cabeza con firmeza—. Justo me dirigía arriba para echar una siesta. Estoy segura de que estaré más descansada esta noche.

—No me importa —dijo Catherine—. Para ser sincera, disfrutaría de una velada tranquila. La vida es tan diferente en la ciudad de lo que estamos acostumbradas.

—Debería insistir, pero estoy de acuerdo contigo. Es algo chocante después de la vida tranquila que solíamos llevar.

—John lo habría odiado —dijo Catherine.

—John habría estado lejos en la escuela si no se hubiera alistado, no asistiendo a bailes.

Viendo el dolor de su hermana, Catherine le tomó la mano y se la apretó. —Él no te odia.

—No puedes decir eso con certeza.

—Puedo. —Dudó un momento antes de decidir contarle a su hermana sobre la última conversación que había tenido con su hermano—. Discutimos durante el baile que organizó la abuela de Nicholas después de tu boda. Él habló de irse...

—¿Y no me lo dijiste?

—No pude. Era el día de tu boda... Nunca imaginé que se iría esa noche.

Louisa miró hacia otro lado y Catherine pudo ver que aún se culpaba a sí misma.

—Él no apoyaba tu matrimonio, pero John estuvo allí esa noche porque te ama. Podría haberse ido antes de la boda, pero se quedó. Aún no sé por qué sintió que tenía que irse.

Louisa guardó silencio por un momento. —Tengo miedo de que nunca lo volvamos a ver. —Su mano fue a su vientre, que aún estaba plano—. Que nunca conozca a su sobrina o sobrino y nunca sepa lo felices que somos Nicholas y yo.

Catherine deseaba más que nada decirle a su hermana que sus temores eran infundados, pero no podía. Jóvenes morían todos los días en la guerra de Inglaterra contra Francia. En su lugar, abrazó a su hermana con todo su corazón.

Se apartó cuando sonó un suave golpe en la puerta de la biblioteca. Agradecida por la interrupción, Catherine levantó la mirada para ver a un lacayo de pie en la entrada. Sostenía una pequeña bandeja de plata, sobre la cual descansaba una nota. Anunció que había llegado un mensaje para Catherine y su ritmo cardíaco aumentó.

El lacayo se acercó y Catherine alcanzó la nota sellada en la bandeja.

—¿Es de Rose? —preguntó Louisa.

Catherine esperó a que el lacayo se fuera antes de mirar donde su nombre estaba inscrito en el pesado papel. No reconoció la caligrafía.

—No —dijo, con la mente acelerada mientras se preguntaba si Kerrick la había enviado.

—¿Vas a abrirla?

Dudó por un momento pero sabía que no podía ocultarle el contenido de la nota a su hermana. Hacerlo solo despertaría las sospechas de Louisa de que Catherine estaba guardando secretos. Diciéndose a sí misma que Kerrick no se arriesgaría a enviarle una nota que cualquiera pudiera haber interceptado, dio vuelta la nota y rompió el sello de cera.

Desdobló el papel y miró primero la firma al final. No pudo contener una pequeña punzada de desilusión al no ver el nombre de Kerrick. Llamándose tonta a sí misma, leyó la nota.

—¿De quién es? —Louisa se inclinaba hacia adelante en su asiento, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Es de Lord Thornton. Me ha invitado a dar un paseo por Hyde Park esta tarde.

—Eso suena encantador. Lord Thornton parece un joven tan agradable. —Louisa debió haber notado su vacilación porque añadió—: Y si vas, no tendré que sentirme tan culpable por quedarme en casa esta noche.

Catherine sabía que Louisa solo la empujaba hacia Thornton porque se preocupaba por su apego a Kerrick. Aun así, se encontró teniendo que morderse el labio para no expresar su fastidio.

—¿Aceptarás?

Catherine estaba a punto de decir que no, pero entonces recordó las palabras de despedida de Kerrick la noche anterior. Necesitaba que Lord Worthington creyera que su interés en Rose era genuino, y planeaba llevar a Rose a dar un paseo hoy. ¿No ayudaría a la creencia de la sociedad de que ella y Kerrick eran simplemente amigos si se la veía con Lord Thornton? Seguramente Kerrick aprobaría su plan.

Convencida de que estaba siguiendo el curso de acción más sabio, la sonrisa que le dio a su hermana fue genuina. —Creo que tienes razón. Un poco de aire fresco esta tarde sería justo lo que necesito.

ERA CASI ridículo cuántas veces se cambiaba de ropa en un día. Antes de que su hermana se casara, los tres hermanos Evans —Catherine, Louisa y su hermano John— habían vivido en una modesta cabaña y con ingresos aún más modestos. Ni siquiera habían podido permitirse contratar a un sirviente. Y el vestido que Catherine elegía usar cada mañana era el mismo que llevaba cuando se retiraba por la noche.

Pero todo eso había cambiado después de un encuentro fortuito con el nuevo Marqués de Overlea, entonces considerado un enemigo de la familia ya que el tío de Nicholas había sido responsable de robarles su hogar y sus tierras. Catherine se había quedado atónita cuando, días después, Louisa había aceptado la propuesta de matrimonio de Nicholas.

Ahora toda su vida era diferente. Aparte de su hermano, que había elegido unirse a la lucha contra Napoleón en lugar de aceptar algo de la familia de Overlea, habían pasado de la pobreza al extremo opuesto. Y tan rápidamente que Catherine aún encontraba difícil recordar, a veces, que ya no tenía que preocuparse por nada. Bueno, nada aparte del asunto de encontrar un marido. Sinceramente esperaba que ese problema se resolviera pronto y que ella y Kerrick pudieran hacer

público su cortejo.

Pero hasta que llegara ese momento, tendría que prestar atención al hombre sentado a su lado en el carruaje. Lord Thornton parecía estar de un humor especialmente alegre esa tarde. Catherine lo apreciaba, realmente lo hacía, pero le recordaba tanto a su hermano. Sí, era unos años mayor que John, que ahora tenía diecinueve años, pero como su hermano, Thornton era rubio. Y parecía tan joven. Especialmente cuando se le comparaba con Kerrick.

Se sonrojó cuando se dio cuenta de que Lord Thornton le había hecho una pregunta mientras ella estaba pensando en otro hombre.

—Lo siento —dijo—. Estaba pensando en lo de anoche.

Su sonrisa le recordaba a un cachorro demasiado entusiasta. —Me alegro tanto de haber pensado en asistir a la reunión de los Hastings. Casi no voy y habría odiado perderme la oportunidad de verte.

—Me gusta la intimidad de las fiestas en casas más pequeñas.

—Me decepcionó que tuvieras que irte tan temprano. Me preguntaba... —Thornton tragó saliva—. Tal vez en el próximo baile podría ser tu pareja más de una vez.

Por un momento, realmente consideró conceder su petición. Bailar varias veces con el vizconde Thornton indicaría que era un serio pretendiente a su mano en matrimonio. Definitivamente ayudaría mucho a asegurar que su nombre no se vinculara románticamente con el de Kerrick. Pero al final, no se sintió cómoda enviando ese mensaje a Thornton o a la sociedad.

—¿No es un poco temprano en la temporada para tales declaraciones?

Con expresión seria, él respondió: —No creo en esperar cuando veo algo que quiero.

Se quedó sin saber cómo responder y se le ocurrió que Rose sabría exactamente qué decir. Catherine tenía poca experiencia con el romance más allá de lo que ella y Kerrick habían compartido. Carecía de la habilidad para rechazar a un hombre con la finura que Rose poseía. Su amiga habría dicho algo ingenioso y habría hecho creer a Lord Thornton que aún tenía una oportunidad incluso mientras lo rechazaba.

Como si pensar en su amiga la hubiera conjurado, otro carruaje se detuvo junto al suyo en el concurrido sendero para caballos de Hyde Park. Sintió alivio por la oportuna interrupción cuando vio que estaba ocupado por Kerrick y Rose.

—Qué feliz coincidencia encontrarlos aquí —llamó Rose por encima de los dos hombres que las separaban—. ¿Quizás podamos caminar un poco?

La expresión de Kerrick era neutral, pero el ligero apretón de su mandíbula le dijo que no estaba contento de verla allí. Una rápida mirada a Thornton, que parecía feliz con la sugerencia de Rose, indicó que no había notado el desagrado de Kerrick. Catherine no vio razón para estar en desacuerdo. Ser vista en público con diferentes acompañantes ayudaría a fomentar la percepción de que él no era más que un amigo de la familia.

Los carruajes fueron llevados a un lado y Thornton la ayudó a bajar. Cuando él sostuvo su mano varios segundos más de lo necesario, ella no pudo evitar mirar a Kerrick. Él no los estaba mirando, pero la rigidez de sus hombros era prueba de que había notado el gesto íntimo y que no lo aprobaba.

—Intenta no alejarte y causar pánico —dijo Rose con fingida censura después de llegar a su lado.

Catherine solo pudo sacudir la cabeza avergonzada. —¿Te enteraste de eso?

Rose se rio, un sonido ligero y musical. —Con la cantidad de hombres involucrados en la búsqueda, no creo que haya alguien que no haya escuchado la historia.

Sus ojos se encontraron con los de Kerrick. Él aún no había estado en la ciudad durante aquel vergonzoso incidente, pero ella se lo había contado la primera noche cuando bailaron juntos.

Apartando la mirada de él, se volvió hacia Rose y dijo con una pequeña mueca:

—Temía que ese fuera el caso.

Rose le tomó del brazo y comenzó a alejarse de los carruajes a un paso moderado, con los hombres caminando junto a ellas.

—Después de escuchar la historia, me di cuenta de que tenía que conocerte. Decidí que alguien que pudiera hacer que la mitad de los hombres elegibles del *ton* la persiguieran era alguien a quien tenía que conocer.

Catherine sintió una punzada de alarma ante la implicación en las palabras de su amiga.

—Lo haces sonar como si el incidente hubiera sido calculado. Te aseguro que no fue así.

—En ese momento pensé que lo era —dijo Rose encogiéndose de hombros—. Pero no temas, ahora que he llegado a conocerte, me doy cuenta de que realmente te habías alejado para mirar algunas plantas.

—En mi defensa, acababa de llegar a Londres y era mi primera vez en Hyde Park. Tenía curiosidad.

Kerrick añadió:

—Cuando me hospedé en Overlea Manor el otoño pasado, ella casi siempre estaba en el invernadero. La abuela de Overlea es bastante aficionada a las plantas inusuales, y Catherine se propuso catalogarlas todas.

—No me sorprende oírlo —dijo Rose. El brillo en sus ojos le dio a Catherine solo un segundo de advertencia de que su amiga tramaba algo antes de que se volviera hacia Lord Thornton—. ¿Y usted, milord? ¿Comparte el amor de la señorita Evans por las plantas?

La expresión en el rostro de Thornton parecía como si Rose le hubiera preguntado si el cielo era púrpura. Catherine frunció el ceño y él se apresuró a responder:

—Admito que nunca les he prestado mucha atención. Mi madre dice que cuando era más joven a menudo me encontraban destrozando el jardín con mis hermanos. Después de eso, pasé la mayor parte del tiempo lejos en la escuela.

Catherine se rio.

—Mi hermano John era muy parecido. Me temo que la mayoría de los chicos están demasiado llenos de energía como para sentarse y disfrutar de la belleza de la naturaleza.

—Nunca te pregunté —dijo Kerrick—. ¿Terminaste de catalogar todas las plantas? Confieso que no podría distinguir una planta comúnmente encontrada en Inglaterra de las más exóticas.

—Todavía hay algunas que no he podido descubrir en ninguno de los textos sobre plantas de la biblioteca de Overlea Manor. Ya he comprado algunos libros que planeo llevar conmigo cuando termine la temporada —suspiró y añadió—: Ojalá hubiera pensado en traer bocetos de las plantas a Londres. El señor Clifton podría haberme dicho qué eran.

—¿Clifton? ¿Quién es ese? —preguntó Thornton.

—El jardinero jefe de los Jardines de Kew.

—Lord Kerrick organizó una visita a los jardines para la señorita Evans —con una mirada astuta en dirección a Catherine, Rose añadió—: Debe haber sido muy romántico.

Thornton frunció el ceño y Catherine podría haber estrangulado a su amiga. Estaba claro que Rose no perdía el tiempo en tratar de hacer de casamentera entre ella y Kerrick. Apretó el brazo de su amiga en una súplica silenciosa para que desistiera y se volvió hacia Lord Thornton.

—Por supuesto que no lo fue. El Duque y la Duquesa de Clarington también estuvieron presentes durante la visita.

Thornton pareció satisfecho con su respuesta.

—Tal vez la próxima vez que esté en Londres, yo esté en condiciones de llevarla a los Jardines de Kew para que pueda mostrarle los bocetos de sus plantas misteriosas a este señor Clifton.

La expresión de Thornton era tan sincera que Catherine sintió una punzada de remordimiento por haber levantado falsamente sus esperanzas. Una rápida mirada a Kerrick mostró que él estaba estudiadamente evitando el contacto visual con ella. Estaba a punto de cambiar de tema en lugar de responder cuando vio el inconfundible apretón de su mandíbula. Un escalofrío la recorrió ante la pequeña prueba de sus celos. Una chispa de travesura la incitó a poner a prueba su teoría.

—Tal vez lo haga —dijo, encontrando su mirada y luego bajando la vista en un intento de coquetería.

Había copiado la acción de Rose, quien la usaba con gran efecto. Pareció funcionar, porque cuando miró a Thornton por el rabillo del ojo, su sonrisa se había ensanchado. Le tomó un momento darse cuenta de que Kerrick había dejado de caminar. Había estado tan absorta en su pequeño engaño que no lo había notado. Rose, sin embargo, sí lo había hecho y tiró del brazo de Catherine, haciéndola detenerse. La mirada en los ojos de su amiga hablaba por sí sola. Rose estaba molesta con ella por coquetear con el hombre equivocado.

Kerrick ofreció su brazo a Rose, y con una última mirada que indicaba que Catherine iba a oír hablar de su intento de frustrar sus planes de casamentera, Rose lo tomó. Con su paseo terminado, Catherine se vio obligada a tomar el brazo de Thornton mientras regresaban a los carruajes. Rose y Kerrick caminaban unos pasos por delante de ellos. Kerrick se inclinó para murmurar algo solo para los oídos de Rose, y Catherine tuvo que apretar los dientes cuando su amiga rio alegremente.

Los dos solo están interpretando un papel, se dijo a sí misma. Pero eso no impidió que sintiera una punzada de celos cuando Kerrick ayudó a Rose a subir a su carruaje. Deseaba tanto ser la mujer que pudiera sentarse a su lado en público. Habían tenido un maravilloso encuentro la noche anterior en su carruaje cerrado, pero a la clara luz del día eso ya no era suficiente.

CAPÍTULO TRECE

HABÍA PASADO CASI una semana desde la última vez que había visto a Kerrick, y Catherine sentía intensamente su ausencia. Si él pensaba castigarla por coquetear con el vizconde Thornton, lo había logrado. Cada noche, al regresar a casa de uno de los muchos entretenimientos vespertinos, tenía que luchar contra la tentación de escabullirse y volver a la casa de Kerrick en la ciudad. Le había prometido que no repetiría la visita, pero mientras yacía en la cama imaginando todas las cosas deliciosamente perversas que habían hecho juntos, anhelando su tacto, su determinación se debilitaba.

No ayudaba que su breve interludio en el carruaje del duque de Clarington le hubiera mostrado que el placer entre un hombre y una mujer no se limitaba al dormitorio. Se encontraba buscando a Kerrick cada noche. Imaginaba que la llevaba a una habitación privada —no era exigente, incluso un armario serviría— y le hacía el amor de nuevo. Y cada noche, cuando él no aparecía, regresaba a casa más frustrada que nunca con el estado actual de su relación.

Pero más importante que su deseo por Kerrick era su determinación de que él no la viera como una chica tonta que permitiría que sus deseos egoístas pusieran en peligro su misión actual. Lógicamente, sabía que él confiaba en ella —no se habría confiado si no fuera así—. Pero cuando estaba sola por la noche, recordaba lo cercanos que habían sido él y Louisa cuando se había quedado en Overlea Manor después de la boda de su hermana con Nicholas. Una pequeña parte de ella aún se preguntaba si él la veía como un sustituto de Louisa. Era capaz de apartar esos pensamientos a la luz del día, pero a medida que pasaban los días y no lo veía, su duda comenzaba a crecer.

Necesitaba verlo de nuevo, así que fue un inmenso alivio saber que estaría presente en la pequeña cena que Louisa y Nicholas ofrecerían esa noche. Sabía que había sido invitado, pero temía que enviara sus disculpas una vez más.

Recordando la reacción de Kerrick la última vez que había usado su vestido de noche amarillo en el teatro, sufrió un momento de incertidumbre cuando le dijo a su doncella que quería usar el vestido verde claro más modesto, el que había llevado la noche que visitó su casa en la ciudad. La noche en que hicieron el amor. La mayoría de los hombres no lo recordarían, pero sabía que Kerrick sí. Siempre notaba los más pequeños detalles, un rasgo que sospechaba le era invaluable en su trabajo para el gobierno.

Las voces apagadas de su hermana y su cuñado en el pasillo al pasar por su habitación le indicaron que era hora de cenar. Respirando hondo, alisó su vestido con las manos y se miró en el espejo sobre su tocador para asegurarse de que lucía lo mejor posible. Habían pasado seis días desde aquella salida a Hyde Park... siete desde que ella y Kerrick habían estado a solas en su

carruaje. No debería estar nerviosa ante la idea de verlo de nuevo, pero lo estaba.

Dudó en lo alto de las escaleras cuando sonó un golpe en la puerta principal. Un momento después, escuchó la voz del duque de Clarington y tuvo que sacudir la cabeza ante su propia tontería. Estaba dando demasiada importancia a la ausencia de Kerrick.

Acababa de llegar al pie de las escaleras cuando sonó otro golpe en la puerta principal. Esperó, con mariposas revoloteando en su vientre, mientras el mayordomo abría la puerta. Cuando vio a Kerrick de pie en el rellano, no pudo evitar la sonrisa que se extendió por su rostro. Al cruzar el umbral, su mirada se fijó en la de ella por un momento antes de bajar. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, había un calor allí que le decía que estaba recordando la última vez que la había visto con ese vestido —y lo que había seguido—. El peso de esa mirada era casi una caricia física.

Esperó mientras Kerrick entregaba su sombrero y guantes al mayordomo y se acercaba a ella. Le ofreció su brazo con una ceja ligeramente levantada, y para su mortificación, se sonrojó. Consciente del otro hombre que aún estaba de pie detrás de ellos, tomó su brazo sin decir palabra. Estaban a solo unos pasos del salón y podían escuchar las voces de los demás, pero ninguno se movió para unirse a ellos. Claramente sintiendo que estaba *de trop*, el mayordomo se retiró después de ofrecer una ligera reverencia en su dirección.

—Pareces preocupada —dijo Kerrick cuando estuvieron solos—. ¿Ocurre algo?

Catherine negó con la cabeza.

—Ya no.

Él le apretó la mano donde descansaba en su brazo y estaba a punto de decir algo más cuando Louisa entró en el pasillo. Su expresión dejaba claro que no estaba contenta de encontrarlos solos. Louisa ya sabía de los sentimientos de Catherine por Kerrick, pero era importante que no sospechara que ahora había algo más entre ellos.

—Pensé que quizás algo andaba mal ya que no se habían unido a nosotros.

Fue con renuencia que Catherine se apartó de él.

—Estaba comprobando que este hombre era, de hecho, Lord Kerrick —dijo, apuntando a la ligereza—. Ha pasado tanto tiempo desde que lo vimos, que no podía estar segura.

—Me disculpo por mi ausencia —dijo Kerrick—. No estoy acostumbrado a asistir a tantos bailes, y me temo que necesitaba un poco de respiro de todos los diversos entretenimientos.

—Estoy segura de que todos debemos ser una prueba para ti —dijo Louisa—. Nicholas me dijo que ya ha asistido a más obras de teatro y bailes esta temporada que en todos sus años anteriores juntos.

—Admitiré que es un poco solitario ahora que mis amigos más cercanos han cambiado sus costumbres habituales por la felicidad conyugal. Si quiero verlos, me veo obligado a asistir a esos bailes yo mismo y renunciar a mis guaridas de soltero.

—Pobre Kerrick —dijo Louisa con una sonrisa cariñosa.

Catherine tuvo que apretar los dientes y reprimir sus recelos cuando vio la evidencia en el rostro de Kerrick del afecto que sentía por su hermana. Más que eso, odiaba seguir preguntándose hasta dónde llegaba ese afecto. Pero al menos la tensión que había surgido al ser encontrados susurrando juntos en el pasillo se había disipado, y juntos se unieron a Nicholas y los Clarington en el salón.

La cena fue más difícil de lo que podría haber imaginado. Su grupo era pequeño, por lo que no había oportunidad de entablar una conversación privada con Kerrick. Él estaba sentado frente a ella, pero Louisa estaba entre ellos al pie de la mesa. Cada palabra que hablaban era, naturalmente, escuchada por su hermana. La comida pareció alargarse eternamente, pero

Catherine se dijo que seguramente ella y Kerrick podrían mantener una conversación lejos de los demás más tarde en la noche.

Cuando terminó la cena y los hombres se unieron a las mujeres en el salón después de quedarse atrás para tomar su oporto, Catherine levantó la vista con ansiedad. La mirada de Kerrick se encontró con la suya y en ella vio algo que hizo que su pulso se acelerara. Él comenzó a moverse hacia ella, pero fue interrumpido cuando Louisa se interpuso entre ellos y captó su atención.

No tardó mucho en darse cuenta de que su hermana se estaba esforzando mucho para asegurarse de que ella y Kerrick no tuvieran la oportunidad de mantener ni un momento de conversación privada. Quería gritar de frustración cada vez que se daba la vuelta y encontraba a Louisa observándola, y cada vez que Kerrick se le acercaba, o ella a él, su hermana se aseguraba de interceptarlos.

—¿Qué estás haciendo? —le siseó a Louisa después de arrastrarla a un rincón de la habitación.

—Te estoy protegiendo de ti misma. —La postura rígida de los hombros de Louisa indicaba que se estaba preparando para la respuesta airada de Catherine.

No estaba segura de cómo responder. Entendía la motivación detrás de las acciones de su hermana y se debatía entre la frustración de que Louisa aún la tratara como a una niña y la tristeza de que su relación con Kerrick debiera permanecer en secreto. Sin embargo, se salvó de tener que responder cuando Nicholas se les unió. Por su expresión curiosa, estaba claro que había presenciado su intercambio. Le costó toda su fuerza de voluntad volverse y sonreír a su cuñado.

—Espero que no te estés cansando demasiado —le dijo a Louisa, con preocupación grabada en sus facciones.

La sonrisa que Louisa le dio a su marido contenía más que un toque de indulgencia. —Deja de preocuparte, estoy bien.

Catherine no pudo evitar ver la ironía en las palabras de su hermana y estuvo tentada de devolvérselas con respecto a la preocupación de Louisa por sus sentimientos hacia Kerrick. Abrió la boca para hacer precisamente eso, pero fue interrumpida cuando la duquesa se unió a ellos.

—Señorita Evans —dijo, tomando el brazo de Catherine—. Lord Kerrick acaba de decirme que está diseñando un nuevo jardín para los Worthington.

—Sí, así es. —Ignoró la mirada de preocupación que se cruzó entre Louisa y Nicholas.

—Después de nuestra salida a los Jardines de Kew, debo confesar que me siento inspirada para ampliar los jardines de nuestra finca. —La duquesa hizo una pausa antes de añadir—: No tendrá por casualidad algunos dibujos de sus planes, ¿verdad? Me impresionó mucho su conocimiento y siento bastante curiosidad por verlos.

—Tengo algunos bocetos, pero admito que no estoy del todo satisfecha con ellos. Me temo que no soy ninguna Capability Brown.

—Estoy segura de que está siendo modesta. ¿Sería demasiado atrevimiento pedirle verlos?

Catherine no pasó por alto el brillo en los ojos de la otra mujer y sospechó que no solo deseaba hablar de jardines con ella. Al igual que Rose, y a diferencia de su hermana, sabía que la duquesa esperaba facilitar un compromiso entre ella y Kerrick. No había otra razón por la que hubiera convencido a su marido para ayudar a organizar esa reunión privada en el carruaje.

—Están en la biblioteca. ¿Quiere verlos ahora?

—Si no le importa —dijo la duquesa con una sonrisa que parecía demasiado inocente.

Sin esperar su respuesta, prácticamente sacó a Catherine de la habitación. Mientras se

dirigían a la biblioteca, Catherine se preparó para las preguntas que sabía que vendrían.

No tuvo que esperar mucho. Después de cruzar el umbral, la duquesa cerró la puerta y se volvió para mirarla.

—¿Cómo van progresando las cosas entre usted y Lord Kerrick?

Catherine se dirigió al pequeño escritorio donde guardaba los dibujos en los que estaba trabajando. De espaldas a la duquesa mientras alcanzaba la pequeña pila de papeles, dijo: —Somos amigos.

La duquesa suspiró. —Esperaba que después de su encuentro en el carruaje, ustedes dos hubieran avanzado más allá de la amistad.

Catherine se volvió para mirarla, con los dibujos apretados contra su pecho, y expresó la pregunta que la había estado preocupando. —¿Cree que Su Gracia le contará a Nicholas sobre esa noche?

—No si desea conservar su cabeza. No creo que a Overlea le hiciera gracia saber que ayudó a organizar una reunión privada entre su mejor amigo y su joven cuñada. Es bastante protector con usted.

Catherine soltó el aire que había estado conteniendo. —Lo sé. No quiero ni pensar lo protector que será si Louisa tiene una niña.

La duquesa la miró atentamente. —Circulan rumores... Se espera que Kerrick pida la mano de Rose Hardwick en cualquier momento.

Catherine tuvo que esforzarse para no desviar la mirada cuando respondió. —Me temo que esos rumores podrían ser ciertos.

—¿Cómo puede estar tan tranquila? Si eso es cierto, entonces él la ha tratado de manera abominable.

Incapaz de sostener la mirada de la mujer, desvió la vista. No tuvo que fingir sus emociones cuando dijo: —No voy a mentir y decir que la idea de que él y Rose se casen no me hace sentir un poco mal. Usted sabe que me importa, al igual que mi hermana. De hecho, temo que todo el mundo lo sepa. —Hizo una mueca y se apresuró a añadir—: Pero Lord Kerrick no se ha comportado de manera inapropiada.

Para evitar que la duquesa la interrogara más, Catherine supo que iba a tener que mentir descaradamente. —Me temo que Kerrick me ve solo como la hermana pequeña de Louisa. Quiere hacer algo bonito por ella y Nicholas después del nacimiento del bebé. Por eso quería hablar conmigo en privado, para que nadie se enterara de sus planes.

Era evidente que la duquesa no la creía. —¿Y qué es lo que está planeando?

—No puedo traicionar su confianza. Tendrá que enterarse cuando lo hagan los demás.

La duquesa pareció considerar sus palabras por un momento antes de hablar. —Tal vez pueda ayudar.

Catherine cerró los ojos por un momento, sin molestarse en ocultar su frustración. Parecía que el mundo entero se había alineado para poner obstáculos en el camino de la investigación de Kerrick. Sin embargo, no podía culpar a la duquesa. ¿Cómo podía saber que la única manera de que ella y Kerrick estuvieran juntos era permitirle seguir acercándose a otra mujer?

—Desearía que no lo hiciera —dijo, enfrentando directamente la mirada preocupada de la duquesa—. Sé que sus intenciones son buenas, y se lo agradezco, pero toda esta situación ya es bastante difícil para mí.

Catherine pudo ver que la duquesa no quería dejar el asunto, pero en su lugar alcanzó los dibujos que Catherine aún sostenía apretados contra su pecho. Aliviada, Catherine se los entregó a la otra mujer.

El resto de la velada transcurrió rápidamente. Cuando ella y la duquesa regresaron al salón, Louisa estaba tocando el pianoforte y los hombres discutían sobre unos nuevos caballos que habían visto en Tattersall's. Catherine se hizo una nota mental para avisar a Kerrick de que tenía que planear algo especial para la llegada del primer hijo de Louisa y Nicholas, para que la duquesa no supiera que le había mentido.

Se preguntó si alguna vez tendría esa oportunidad. Cuando se retiró por la noche, estaba más que frustrada. Había pasado toda la velada en compañía de Kerrick, pero el único intercambio privado que habían tenido fue después de su llegada, cuando compartieron unas pocas palabras.

Catherine reflexionó sobre su situación mientras su doncella la ayudaba a quitarse el vestido y ponerse el camisón. Estaba tan absorta en sus propios pensamientos que no fue hasta que estuvo sentada en su tocador que notó que su doncella estaba extrañamente silenciosa. Normalmente a Lily le gustaba charlar, pero no había dicho una palabra mientras le quitaba las horquillas del pelo a Catherine.

Se giró en su asiento para mirar a la joven. —Estás muy callada esta noche, Lily.

Su doncella apartó la mirada y pareció luchar consigo misma antes de hablar. —Lo siento mucho, señorita Evans.

Un destello de culpabilidad cruzó el rostro de la otra mujer y el aliento se congeló en los pulmones de Catherine mientras su mente saltaba al peor escenario posible. —¿A quién se lo dijiste? —logró preguntar finalmente.

Lily pareció confundida. —¿Decir?

—Sobre mi visita a la casa de Lord Kerrick. ¿A quién se lo dijiste?

Su doncella negó vehementemente con la cabeza. —Oh, no, no se lo dije a nadie. Prometí no hacerlo.

La opresión en su pecho se alivió un poco. —Entonces, ¿por qué lo sientes, Lily?

La mujer dudó un momento antes de meter la mano en el bolsillo de su uniforme y sacar una nota doblada. —El lacayo me dio esta nota para entregársela. Dijo que era de Su Gracia, pero la caligrafía parecía ser de un hombre. No estaba segura si debía dársela.

Era evidente que su doncella tenía algunas dudas sobre haber aceptado guardar los secretos de su señora. Catherine mantuvo un tono uniforme cuando respondió. —¿Confías en que sé lo que estoy haciendo?

Ese era el meollo del asunto. ¿Lily la veía como una joven atolondrada actuando impulsivamente, persiguiendo a un hombre que no estaba disponible?

—Si Lady Overlea se entera...

—No te pasará nada, Lily. Mi hermana me conoce lo suficiente como para saber que puedo ser muy obstinada cuando se trata de conseguir lo que quiero. Si se entera de mis... actividades... y culpa a alguien, será a mí. Me aseguraré de que no te pase nada.

—¿Y qué hay de usted, señorita Catherine? ¿Quién se asegurará de que no le pase nada?

Catherine extendió la mano para tomar la nota. Cuando Lily soltó su fuerte agarre, sonrió a la joven. —Yo lo haré. Tú y yo sabemos que Lord Kerrick no haría nada para enfadar a Lord Overlea.

Eso no era estrictamente cierto, pero las palabras parecieron dar algo de consuelo a Lily. Catherine ansiaba despedirla y leer la nota, pero si esperaba que su doncella creyera que era una joven capaz con la cabeza bien puesta sobre los hombros, tendría que actuar como tal, sin importar cuánto la matara esperar.

Catherine se volvió hacia el espejo, colocó la nota sobre su tocador y esperó a que su doncella terminara de soltarle el pelo y cepillarlo. Finalmente, después de lo que pareció una

eternidad, Catherine le deseó buenas noches a la mujer y la vio salir de la habitación.

Sus manos casi temblaban cuando le dio la vuelta a la nota. Estaba sellada y en el frente estaba escrito su nombre con una letra audaz. Catherine rompió el sello y desdobló el papel. Sus ojos recorrieron ansiosamente las pocas palabras que estaban escritas allí.

Estoy haciendo todo lo posible para concluir el asunto que discutimos. Por favor, no pierdas la esperanza.

Te extraño.

-K

Catherine apretó la nota contra su pecho. Era un pobre sustituto de la presencia de Kerrick, pero era todo lo que tenía de él.

CATHERINE DURMIÓ MÁS tarde de lo normal a la mañana siguiente. Como el embarazo de su hermana hacía que Louisa tuviera dificultades para retener la comida por la mañana, y como Nicholas tendía a rondar a su esposa la mayoría de las mañanas, rara vez bajaban a desayunar. Catherine, por lo tanto, había empezado a pedir que le llevaran una bandeja de desayuno a su habitación. Llamó a su doncella para que le trajera su habitual té y tostadas, pero cuando la joven llegó, le informó que Rose había llamado y la estaba esperando en el salón.

Lily la ayudó a vestirse rápidamente mientras Catherine trataba de recordar si había hecho planes para ir de compras con Rose esa mañana. Había tenido tantas cosas en mente últimamente que no le sorprendería saber que lo había olvidado.

Cuando entró en el salón diez minutos más tarde, pudo ver inmediatamente que Rose estaba alterada. Estaba sentada en el borde del sofá, con las manos apretadas en su regazo mientras miraba al vacío.

Catherine cruzó la habitación y se sentó junto a su amiga. —Pensé que tal vez había olvidado otra de tus excursiones a Bond Street, pero por la expresión de tu cara puedo ver que no es el caso. Casi me da miedo preguntar qué ha pasado.

Rose miró hacia la puerta para asegurarse de que estaban solas antes de responder. —Mis padres creen que tengo una cita temprana con la modista y no saben que he venido a verte.

—Supongo que les hiciste creer eso, pero no entiendo por qué.

—Es simplemente terrible, Catherine. Al parecer, padre ha estado escuchando rumores sobre Lord Kerrick pasando tanto tiempo aquí.

La preocupación de Rose la confundió. —Difícilmente es un secreto que él y mi cuñado son los mejores amigos. Todo el mundo lo sabe. ¿Por qué debería importar si ocasionalmente cena aquí?

—Es por ti. Padre piensa que Kerrick me está tomando el pelo y que eres tú con quien pretende casarse.

Catherine se dio la vuelta y negó con la cabeza mientras luchaba por ocultar el pánico que comenzaba a surgir ante las palabras de su amiga.

—Ya sabes cómo me siento —dijo Rose cuando Catherine no respondió—. Espero fervientemente que lo que él dice sea cierto. Pero padre está muy enfadado por ello y me ha prohibido verte de nuevo. Si puedes imaginarlo, cree que me estás utilizando para acercarte a Lord Kerrick. Temo que nunca me perdonaría si supiera que estoy haciendo todo lo que está en mi poder para promover el enlace.

—No deberías decir tal cosa...

—¿Por qué no? He visto cómo te mira, y está claro que no soy la única persona que lo ha notado.

Catherine sentía como si la estuvieran partiendo en dos. Odiaba mentirle a su amiga, especialmente porque era evidente que Rose no era ninguna tonta y podía ver por sí misma lo que ella y Kerrick sentían, a pesar de sus intentos por ocultarlo. Que otros empezaran a notarlo era un desastre. Lo último que quería era traicionar la confianza que Kerrick había depositado en ella. No podía ser la razón por la que sus investigaciones fracasaran o él nunca volvería a confiar en ella. Y si perdía su confianza, ¿seguiría preocupándose por ella?

Quería creer que él la amaba tanto como ella a él, pero no podía acallar esa vocecita que le decía que podía ser fácilmente reemplazada. Kerrick no era en absoluto un hombre viejo —solo tenía veintinueve años—, pero era más experimentado que ella. Era un hombre de mundo y sabía que había tenido amantes. ¿Qué tan realista sería creer que no podría reemplazarla en un abrir y cerrar de ojos?

Tenía que elegir sus palabras con cuidado o su muy perceptiva amiga sabría que estaba mintiendo.

—Kerrick y yo solo somos amigos.

Rose negó con la cabeza exasperada.

—¿Estás tratando de convencerme a mí o a ti misma? Lord Kerrick y yo aún no estamos comprometidos. Si te esforzaras un poco, si le permitieras ver lo que realmente sientes por él, sé en mi corazón que renunciaría a su ridículo cortejo hacia mí. No entiendo por qué no lo intentas al menos.

—Tengo miedo, Rose. Miedo de que mis sentimientos por Kerrick solo terminen en un corazón roto. —Y esa, en esencia, era la verdad aplastante. La que trataba de no pensar mientras luchaba por alejar sus dudas.

—Creo que mi padre tiene la intención de presionarlo para que declare sus intenciones pronto.

Una punzada de pánico atravesó a Catherine.

—¿Realmente haría eso?

Rose asintió solemnemente.

—Creo que sí. Sé que siempre ha deseado una unión entre nosotros —mamá es muy buena amiga de su madre y cuando yo era pequeña, a menudo hablaban de lo maravilloso que sería unir a nuestras familias. Pero últimamente no es solo un deseo. Parece casi desesperado por una unión entre nosotros.

Catherine no había querido creer que Lord Worthington hubiera cometido cualquier crimen que Kerrick estuviera investigando, pero la confusión de Rose sobre el comportamiento inusual de su padre estaba haciendo sonar las alarmas internas.

Trató de mantener su voz serena mientras preguntaba:

—¿Hay alguna razón para este cambio?

—No que se me ocurra —dijo Rose con un leve movimiento de cabeza—. Esperando allanar el camino para ti y Kerrick, le dije a padre que no quería casarme con él.

Catherine se estremeció interiormente al imaginar cómo reaccionaría Kerrick ante esa noticia.

—¿Qué te dijo a eso?

—No quiso escuchar nada. Me dijo que tenía que asegurarme de mantener el favor de Lord Kerrick. Pero peor que el hecho de que a mi padre no le importe si tengo sentimientos por mi futuro esposo, fue la mirada en sus ojos. Iba a insistir en el tema, pero algo en los ojos de padre me asustó. Parecía atemorizado.

—¿De qué? —preguntó Catherine, descubriendo que tenía que esforzarse por mantener su respiración uniforme.

—No lo sé. No tenemos problemas de dinero... Los tuvimos hasta hace poco, pero padre recibió algún tipo de herencia. Y seamos francas: podría alinearme con cualquier número de hombres, algunos con títulos mucho más prestigiosos y estados mucho más ricos que los de Lord Kerrick.

—Pero no el hombre que realmente quieres.

—No —dijo Rose, y Catherine pudo ver que estaba tratando de poner buena cara—. Bien podría ser un producto de mi imaginación por lo improbable que es que me note. Me atrevo a decir que lo olvidaré con el tiempo. De todos modos, es demasiado mayor para mí.

La curiosidad de Catherine se despertó, pero por la expresión cerrada de Rose, sabía que su amiga no tenía intención de compartir nada más sobre el misterioso hombre. Fue solo entonces que Catherine se dio cuenta de lo estresante que era esta situación también para su amiga. Había estado tan envuelta en sus propias preocupaciones que no había pensado completamente en la presión que Rose estaba enfrentando. Y si su padre era culpable de alguna fechoría, las repercusiones que enfrentaría probablemente llevarían a su ruina. Solo pensarlo amenazaba con dejarla sin aliento de pavor.

—No estoy segura de qué puedo decir o hacer para que toda esta situación sea más fácil —dijo Catherine.

—No hay nada que puedas hacer. Solo quería que supieras que no se me permitirá verte por un tiempo. Y si Lord Kerrick propone matrimonio y lo rechazo... —Un escalofrío la recorrió—. Para ser honesta, no estoy segura de que padre realmente me permitiría hacerlo. De una forma u otra, esta situación debe llegar a su fin pronto.

Rose se puso de pie y Catherine la acompañó hasta la puerta. Después de despedirse, regresó a su habitación para escribir una nota a Lord Kerrick. Tenía que advertirle sobre lo que se avecinaba con Lord Worthington, pero también tenía que tener cuidado con cómo redactaba la nota por si alguien más la veía. Al final, decidió que la situación era lo suficientemente urgente como para justificar el uso del código que habían ideado que le diría que necesitaba verlo de inmediato. Impaciente, tomó una hoja de papel de su pequeño escritorio de regazo, sumergió su pluma en un tintero y escribió una palabra: *Narcisos*.

CAPÍTULO CATORCE

CATHERINE SABÍA que a Kerrick no le gustaba la ópera, pero aun así lo buscó esa noche. Cuando no lo vio antes de que se levantara el telón, estuvo en ascuas durante la actuación, esperando que pasara por su palco durante el intermedio. O quizás los interceptara después de que terminara la ópera.

Cuando no apareció, empezó a dudar de sí misma. Kerrick le había asegurado que encontraría la manera de hablar con ella si le enviaba una nota con su palabra clave. Pero era imposible no preocuparse cuando se preguntaba si Lord Worthington estaba, incluso en ese momento, presionando a Kerrick para que declarara sus intenciones hacia Rose. Si Kerrick se veía obligado a hacerlo por el bien de su investigación y si Rose era presionada por sus padres para aceptar... entonces todo habría terminado. Conocía a Kerrick lo suficiente como para saber que tenía un profundo sentido del honor. Incluso si la sociedad no desaprobaba severamente que un caballero se comportara de manera tan egoísta, sabía que él nunca humillaría a Rose rompiendo un compromiso.

Para cuando regresaron a la casa de la ciudad, su preocupación se había convertido en una enorme bola de desesperación que pesaba mucho en su corazón. No tuvo éxito en ocultar sus sentimientos. Pero cuando Nicholas le preguntó qué le pasaba, logró esbozar una pequeña sonrisa y le dijo que le dolía la cabeza.

Se dirigió a su dormitorio y encontró a su doncella acercándose desde el otro extremo del pasillo.

—No se ve bien, señorita Evans —dijo Lily mientras entraban juntas al dormitorio.

—Es solo un leve dolor de cabeza. Estoy segura de que estaré bien después de una buena noche de sueño.

Lily le soltó el cabello con movimientos rápidos y eficientes.

—¿Quiere que le traiga algo antes de acostarse?

—No será necesario —dijo, poniéndose de pie para que su doncella pudiera desabrochar los botones de la parte trasera de su vestido.

Apenas logró contener un pequeño chillido de sorpresa cuando captó un rápido movimiento detrás del biombo en la esquina de su habitación. Su corazón dio un pequeño salto y mantuvo sus ojos fijos en esa dirección mientras Lily la ayudaba a quitarse el vestido y el ajustado corsé que llevaba debajo. Cuando su doncella se dirigió a la cama para buscar su camisón, dándole la espalda al biombo, Kerrick asomó la cabeza desde detrás de este. Levantó un dedo a sus labios para indicarle que guardara silencio y le guiñó un ojo rápidamente antes de volver a esconderse detrás del biombo. Catherine no se dio cuenta de que había estado sonriendo hasta que su

doncella lo comentó.

—Parece estar de mejor humor ya.

Catherine asintió e hizo lo posible por controlar su expresión.

—Es un alivio poder respirar profundamente otra vez —dijo antes de acompañar a Lily hasta la puerta.

—Pero su camisón...

—Estoy tan cansada que creo que dormiré solo con la camisola.

Cuando Lily se fue, Catherine cerró la puerta con llave y elevó una rápida oración de agradecimiento por que hubiera varias habitaciones entre su dormitorio y el dormitorio principal. Cuando se volvió hacia el biombo, Kerrick ya se había movido al descubierto.

Su voz apenas superaba un susurro cuando preguntó:

—¿Cómo entraste aquí? —Sacudió la cabeza, asombrada de que se arriesgara a ser atrapado colándose en su dormitorio y, a decir verdad, más que un poco encantada por su audacia.

—He sido invitado aquí más de una vez a lo largo de los años. Conozco esta casa casi tan bien como la mía.

—¿Cómo sabías cuál era mi habitación?

Su mirada la recorrió, oscura e intensa, y ella se dio cuenta de que el material de su camisola era tan fino que resultaba casi transparente.

—No fue difícil... huele exactamente igual que tú.

Su corazón se derritió y por un momento olvidó la verdadera razón de su visita. Sus siguientes palabras fueron como un baño de agua fría, apagando su romanticismo.

—Me enviaste una nota con nuestra palabra clave.

—Mi doncella está nerviosa por nuestra comunicación, fue necesario hacerle creer que nuestra correspondencia era sobre algo inocente. —Tuvo que apartar la mirada y tratar de recuperar la compostura antes de poder continuar—. ¿Has visto a Lord Worthington hoy?

Él negó con la cabeza.

—Después de recibir tu nota, pensé que sería prudente escuchar primero lo que tenías que decir.

El alivio la invadió. No era demasiado tarde. Kerrick aún no había sido presionado para hacer una propuesta de matrimonio.

—Rose me visitó esta mañana y estaba bastante angustiada. Al parecer, su padre tiene la impresión de que la estoy utilizando para acercarme a ti y que tú no vas en serio con ella. Planea exigirte que hagas públicas tus intenciones hacia Rose lo antes posible.

Kerrick maldijo suavemente y se sentó en el borde de su cama. Cuando dejó caer la cabeza entre las manos, ella se sentó a su lado.

—Pensé que debía advertirte.

Él asintió pero permaneció en silencio durante varios largos momentos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Catherine.

Kerrick levantó la cabeza y se volvió para mirarla.

—Voy a tratar de disuadirlo, ya que no tengo intención de comprometerme formalmente con Rose. Parece encantadora, pero me niego a casarme con alguien por el bien de esta investigación. No podría, en conciencia, usarla de esa manera y luego desecharla cuando haya terminado.

—Rose siente un profundo afecto por alguien más.

—No me sorprende.

Ambos sabían que Rose estaba empeñada en arreglar un matrimonio entre Kerrick y Catherine, pero había algo en su simple declaración que la convenció de que Kerrick sabía algo

que ella no.

—No me dice quién es, pero tengo la sensación de que tú lo sabes.

—Tengo mis sospechas, pero eso es todo lo que son. Y no, no te diré quién es. —Sacudió la cabeza con pesar cuando ella resopló frustrada.

—Rose dijo que pensaba que su padre estaba asustado, pero no pudo decir por qué. —Dudó brevemente antes de hacer la pregunta cuya respuesta realmente no quería saber—. ¿Crees que es posible que sea culpable del crimen del que se sospecha que ha cometido?

Kerrick pareció sopesar sus palabras cuidadosamente. —Está empezando a parecer que sí. No puedo decir más que eso. —Tomó una de sus manos y la apretó con fuerza—. Después de lo que me has contado, tendré que ser más cuidadoso para mantenerme alejado de ti. Eso significa que no aceptaré más invitaciones a cenar aquí, y haré lo posible para asegurarme de que no nos vean juntos, ni siquiera en público.

Sus palabras le provocaron una tristeza casi insoportable. Ella soltó su mano de la de él y se puso de pie. —¿Es por eso que viniste aquí esta noche? —preguntó, con el corazón oprimido—. ¿Para decirme que no podemos vernos en absoluto? ¿Que ni siquiera podemos hablar si nos cruzamos en público?

Él cerró el espacio entre ellos y la atrajo a sus brazos. —No, estoy aquí porque no puedo soportar la idea de mantenerme alejado de ti.

Su boca descendió sobre la de ella, pero a diferencia de sus otros besos, que habían tenido un toque de desesperación, este fue lento, minucioso y completamente devastador. Cuando él se apartó ligeramente, ella lo siguió, sin querer terminar el beso tan rápido.

Medio temerosa de que estuviera a punto de despedirse, ella rodeó su cuello con los brazos y se inclinó hacia él. —Odio estar separada de ti —susurró mientras él le llenaba el cuello de besos.

Él levantó la cabeza y la miró fijamente, con expresión solemne. —No podemos seguir así... Yo no puedo seguir así. Una semana más. Entonces, aunque no haya descubierto ninguna prueba concreta en un sentido u otro, habré terminado.

Sus fervientes palabras fueron acompañadas por un tirón brusco de su camisola. La delicada tela de lino se rasgó ligeramente y él la despojó de su cuerpo.

El corazón de Catherine amenazaba con estallarle en el pecho mientras ella se disponía a desabrochar los botones de su chaleco. Él detuvo su acción con una mano sobre la suya.

—Todavía no. Mi paciencia está casi al límite y no puedo garantizar que sea capaz de hacer que esto dure una vez que sienta tu piel contra la mía.

—¿Y si no quiero esperar?

Su mandíbula se tensó, pero en lugar de responder, la levantó en brazos y caminó los pocos pasos hasta la cama. Su cuerpo desnudo estaba pegado al de él, completamente vestido. Debería haberse sentido avergonzada, pero en cambio la diferencia en sus estados de desnudez, la forma en que su piel se deslizaba contra la fina lana de su abrigo y la seda de su chaleco, aumentaba su conciencia de la decadencia de sus acciones.

La dejó sobre la cama y la siguió, moviéndose de lado junto a ella. Pasó una mano por todo su cuerpo, como memorizando su forma, y ella se estremeció.

—¿Alguna vez te he mencionado que tu perfume me vuelve loco? Exótico, como las flores que tanto te gustan, y no es en absoluto lo que uno esperaría al verte. —Subrayó sus palabras hundiendo la cara en el lado de su cuello y lamiéndola allí.

—Me temo que no soy en absoluto como otras doncellas recatadas de mi edad.

—Gracias a Dios por eso —dijo, volviendo a tomar su boca.

Después de eso hubo muy poca conversación mientras él usaba sus manos y su boca para adorar su cuerpo. Finalmente, cuando ella estaba a punto de gritar de frustración por la liberación que él parecía decidido a negarle, introdujo dos dedos en ella y usó su pulgar para acariciar ese lugar donde parecían centrarse todas las sensaciones. La miró intensamente mientras la llevaba a la cima, capturando su boca justo a tiempo para ahogar sus gritos de éxtasis.

Ella observó en silencio, flotando entre el languidez y la anticipación de lo que vendría después, mientras Kerrick se ponía de pie y comenzaba a desvestirse. Con cada prenda que se quitaba, su ritmo cardíaco volvía a aumentar. Cuando se quedó solo con los pantalones, ella ya no pudo permanecer quieta. Se levantó y colocó su mano sobre la dura cresta de su excitación.

Sus brazos cayeron a los costados y la observó atentamente mientras ella desabrochaba los botones de su bragueta. Cuando la tela se abrió, ella introdujo la mano y lo envolvió con sus dedos. Él gimió y comenzó a bajar la cabeza para tomar su boca de nuevo, pero ella lo detuvo colocando su otra mano contra sus labios.

—Ahora es mi turno, creo —dijo, adorando la forma en que su respiración se entrecortó cuando ella puso su boca sobre su pecho.

Lamió su pezón plano y su dura longitud saltó en su mano, diciéndole cuánto le gustaba cuando hacía eso. Así que lo lamió de nuevo mientras lo acariciaba.

—Si sigues haciendo eso, la velada terminará muy rápido.

La tensión en su voz subrayaba sus palabras, pero a ella no le importaba. Le encantaba poder explorarlo como él la había explorado a ella unos minutos antes. Ignorándolo, dejó caer besos por su abdomen. Lo soltó para bajarle los pantalones. Recordó algo que había escuchado una vez y dudó un momento antes de decidir que su deseo de complacerlo superaba su timidez.

Se sentó en el borde de la cama y encontró su mirada. Él seguía de pie, su erección al nivel de su barbilla. Casi se rió de la expresión en su rostro: una mezcla de incredulidad y esperanza. Lo tomó y pasó sus labios a lo largo de su longitud antes de introducirlo en su boca.

Él maldijo pero no se movió mientras ella giraba su lengua contra él. Recordando cómo le gustaba que ella moviera su mano a lo largo de su longitud, imitó la acción con su boca, tomándolo más profundamente.

Él se estremeció, sus manos apretándose brevemente en su cabello antes de apartar su boca de él.

—Por Dios, Catherine, ¿dónde diablos aprendiste a hacer eso?

Ella se lamió los labios y notó cómo sus ojos seguían la acción. —Escuché a dos criadas hablar de ello. Me escandalicé en ese momento, pero ahora no deseo nada más que volver a tomarte en mi boca y darte placer.

Él cerró los ojos brevemente como si estuviera sufriendo antes de tumbarlos a ambos en la cama. Ella pensó que iba a colocarse encima de ella, pero en su lugar él se tumbó de espaldas y la levantó sobre él. Separó sus muslos para que descansaran a cada lado de sus caderas.

—Ese momento llegará, pero no será esta noche. Ahora necesito estar dentro de ti.

La presionó hacia abajo para que su carne íntima se apretara contra toda su longitud. Ahora era el turno de ella de cerrar los ojos mientras el deseo, ardiente y veloz, la recorría.

—Móntame, Catherine —dijo él, acomodándola de modo que su excitación quedara contra su entrada—. Muéstrame cuánto me deseas.

Ella se sintió incapaz de hacer otra cosa y le permitió arrastrarla sobre él. La llenó hasta el límite y tuvo que morderse el labio inferior para no gritar de placer.

Cuando vaciló un momento, insegura de qué hacer a continuación, él apretó su agarre en sus caderas.

—Así —dijo, elevándola hasta que solo la punta estaba dentro de ella, para luego empujarla hacia abajo sobre él nuevamente.

Ella tomó el control, moviéndose ligeramente para que cada embestida rozara ese nudo de nervios en la parte superior de su hendidura. Kerrick soltó sus caderas y cubrió sus pechos con sus manos. Cuando le pellizcó los pezones, ella sintió que el calor se disparaba hacia su centro. No opuso resistencia cuando él presionó una mano contra su espalda y la atrajo hacia abajo para tomar uno de sus rosados picos en su boca.

Era demasiado. La sensación de su boca succionándola mientras continuaba jugando con su otro pecho. Se dejó caer sobre él una, dos veces más, y luego se deshizo. Él la soltó entonces para agarrar sus caderas, y ella se lo agradeció porque ya no tenía fuerzas para continuar. En su lugar, él la sostuvo mientras embestía dentro de ella. Sus miradas se encontraron y, recordando lo que había sucedido la última vez que habían hecho el amor, ella se preparó para el momento en que él la levantaría. Pero en cambio, la atrajo de nuevo contra él y cerró los ojos mientras encontraba su liberación dentro de su cuerpo.

Ella se desplomó sobre su pecho, ridículamente feliz de que él no hubiera terminado fuera de su cuerpo. Eso, más que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado, le decía que él había hablado en serio. Planeaba terminar su investigación y comprometerse con ella. Por fin.

ERA un retrato de calma mientras permanecía de pie en el borde de la pista de baile del salón, pero por dentro, cada nervio estaba en tensión, sintiendo su propia piel demasiado ajustada. Había requerido un esfuerzo casi sobrehumano arrancarse de Catherine la noche anterior, y no podía sacudirse la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder. Se sentía presionado por todos lados. Brantford tenía expectativas definidas sobre él, expectativas que jugaban directamente a favor de Worthington. Rose también tenía expectativas de que él abandonara su cortejo y la salvara de decepcionar a su padre cuando lo rechazara.

La única persona que no le estaba haciendo exigencias era Catherine, y perversamente, ese hecho le molestaba. Le había pedido que fuera paciente mientras completaba esta última obligación con el Ministerio del Interior, y le molestaba más de lo que debería que ella estuviera haciendo exactamente eso. A medida que su frustración con su infructuosa y aparentemente interminable línea de investigación aumentaba, también lo hacía su impaciencia con Catherine. No era lógico, pero aparentemente esos sentimientos no podían ser negados. *Quería* que ella le hiciera exigencias, que lo empujara a terminar esta ridícula tarea para que finalmente pudiera comprometerse con ella. Pero con cada día que pasaba, parecía que Worthington era, en efecto, culpable de traición y ahora Kerrick no tenía más remedio que continuar.

Al menos finalmente había recibido algunas noticias del hombre que tenía siguiendo a Worthington, noticias que indicaban que el Conde de Standish estaba involucrado de alguna manera. Se había enterado ese mismo día que Worthington se había reunido con Standish. Los dos habían discutido, pero su hombre no había podido acercarse lo suficiente para escucharlos. No entendía por qué Standish se involucraría en actividades de traición más que Worthington, pero su instinto le decía que su reunión era significativa, y sus instintos rara vez se equivocaban.

Esa información lo había impulsado a colarse en la casa de Worthington más temprano esa noche, después de que la familia se hubiera marchado al baile de esta noche. Había registrado minuciosamente el estudio de Worthington, esperando encontrar algo, cualquier cosa, que le permitiera dejar todo este asunto atrás. Ya había informado a Brantford sobre lo que había

descubierto y le había advertido sobre su inminente confrontación con Worthington. También le había dicho que no tenía intención de comprometerse realmente con la hija de los Worthington. Brantford lo había tomado bien, lo que reforzaba la sospecha de Kerrick de que el hombre sentía algo por Rose Hardwick. Por supuesto, Brantford nunca actuaría sobre esa atracción.

Había vislumbrado a Catherine cuando finalmente llegó, tarde, al baile y la había estado evitando desde entonces. Había hablado con Overlea y Louisa —ignorarlos también levantaría demasiadas sospechas— pero solo cuando Catherine estaba bailando con alguien más. Escaneó las parejas de baile y se dijo a sí mismo que estaba buscando a Rose.

Hubo una discreta tos a su izquierda y se volvió para encontrar a un joven lacayo parado muy cerca.

—Mi lord —comenzó, con voz baja—, me han dicho que se solicita su presencia en la biblioteca.

Él alzó una ceja con sorpresa.

—¿Quién hizo la solicitud?

El joven negó con la cabeza.

—No lo sé. Recibí las instrucciones a través de una nota de otro miembro del personal.

Cerró los ojos brevemente con exasperación, visualizando a Worthington acorralándolo y dejando claras sus demandas. Parecía que ya no podría posponer más esta confrontación.

Pero cuando se volvió para seguir al lacayo fuera del salón de baile, divisó a Worthington enfrascado en una conversación con alguien más. Ni siquiera miró en dirección a Kerrick, y con cada paso, Kerrick comenzó a pensar que tal vez Catherine había enviado la nota. Nadie más lo convocaría de una manera tan sigilosa. Brantford ciertamente no lo haría; se le acercaría directamente. Pero no había visto a Catherine en al menos el último cuarto de hora.

Tontamente, la anticipación comenzó a chisporrotear por sus venas. Reunirse en un lugar tan público era el colmo de la locura, especialmente dado el hecho de que los rumores sobre ellos dos ya comenzaban a extenderse. Pero no pudo conjurar ninguna ira. Esto era lo que había querido, después de todo. Que Catherine finalmente comenzara a hacerle algunas exigencias.

Llegó al umbral abierto donde otro lacayo asintió discretamente, indicándole la dirección que debía tomar. Se preguntó brevemente si todo el personal sabía de esta reunión y descubrió que no le importaba. Había dirigido a Brantford hacia Standish y no podía esperar para dejar todo el asunto atrás. No había encontrado pruebas concretas de la culpabilidad de Worthington, pero había aprendido lo suficiente para saber que el hombre definitivamente tenía secretos, y Kerrick sabía en sus entrañas que Standish estaba involucrado. En lo que a él respectaba, alguien más podía hacerse cargo de la investigación ahora y profundizar en los negocios de Standish.

Había esperado encontrar otro lacayo fuera de la biblioteca, listo para abrirle la puerta, pero el pasillo estaba vacío. Se deslizó en la habitación, con una sonrisa ya en su rostro. Esa sonrisa se convirtió en un ceño fruncido cuando descubrió que la mujer que lo esperaba no era Catherine, sino Rose Hardwick. Sin embargo, su decepción parecía menor en comparación con la desesperación en el rostro de Rose cuando levantó la vista y lo vio. Todo su comportamiento cambió y se desplomó en su silla con una risa sin gracia.

Levantó una mano para masajear una de sus sienes. —Por favor, no me digas que estás aquí para proponer matrimonio.

Él se movió para tomar el asiento frente a ella e ignoró su declaración. —Fuiste tú quien quería verme.

—Por favor, no te ofendas —dijo ella con un pequeño movimiento de cabeza—, pero eres la última persona que deseaba ver.

—¿Entonces por qué le pediste a un lacayo que me convocara?

—Ciertamente no lo hice. —Se enderezó y se quitó uno de sus guantes. Dentro de la palma había una pequeña nota doblada, que le entregó—. Estoy aquí porque recibí esa nota, pero esperaba que fuera otra persona quien la hubiera enviado.

Kerrick desdobló el pequeño trozo de papel. En él había una sola frase pidiendo a Rose que esperara en la biblioteca. No estaba firmada. Volvió a mirarla. —Yo no envié esto. Además, me dijeron que alguien quería reunirse conmigo aquí.

—Así que ambos fuimos convocados. Pero ¿por qué?

—No tengo idea, pero creo que es mejor que nos vayamos antes de que alguien nos descubra solos.

Rose asintió y cuando se puso de pie, Kerrick también se levantó.

—Fue una tontería de mi parte venir, pero esperaba... —Dio un pequeño movimiento de cabeza—. No importa lo que esperaba. Sin embargo, me pregunto. No pudiste ocultar tu decepción cuando me viste. ¿Esperabas que fuera Catherine quien quería verte?

Toda su farsa se estaba desmoronando a su alrededor y ya no le importaba. —Eres muy directa.

Rose sonrió. —Ella es mi amiga y te aprecia. Profundamente. Y creo que tú sientes lo mismo por ella. No quiero que te sientas obligado a seguir cortejándome por algún deseo tonto de nuestras madres.

—También eres muy perceptiva.

—Bien. Así que ahora podemos dejar todo este episodio atrás.

—Ha sido un placer, señorita Hardwick —dijo, levantando su mano hacia sus labios.

Fue entonces cuando todo se desató. La puerta de la biblioteca se abrió de golpe, y él y Rose se separaron de un salto, pero no lo suficientemente rápido. Su estómago se contrajo cuando Lord y Lady Worthington irrumpieron en la habitación. Lady Worthington estaba claramente angustiada al encontrarlos solos, pero su esposo no podía ocultar su satisfacción. Para empeorar las cosas, varios otros invitados se habían reunido alrededor de la puerta. Kerrick sintió que su vía respiratoria se contraía tan seguramente como si alguien le hubiera puesto una soga al cuello. Una rápida mirada a Rose le dijo que ella había llegado a la misma conclusión que él. Momentos antes habían acordado separarse amigablemente, pero ahora para salvar su reputación no tenía otra opción que anunciar su compromiso y rezar para que su comportamiento imprudente de anoche no significara que Catherine ya estuviera esperando un hijo suyo.

Kerrick pronunció las palabras, para deleite de los espectadores. Uno en particular observaba la escena con satisfacción alegre. Standish.

Se inclinó, de nuevo, sobre la mano de Rose, pero esta vez murmuró alguna tontería sobre lo feliz que lo había hecho antes de disculparse y dirigirse hacia la puerta. Acababa de cruzar el umbral cuando se quedó helado. Hacia él se dirigía Catherine, junto con su hermana y su cuñado.

—Oímos que hubo algún tipo de conmoción —dijo Louisa cuando el grupo llegó hasta él—. ¿Qué sucedió?

—Lord Kerrick acaba de declarar su intención de casarse con mi hija —dijo Worthington mientras le daba una palmada en la espalda—. Visítenos mañana y podremos comenzar a hacer planes.

Kerrick lo ignoró. Todo lo que le importaba en ese momento era Catherine, y la expresión de total devastación en su rostro antes de que se diera la vuelta y huyera. Louisa la siguió, y solo entonces se volvió para mirar a su mejor amigo. La ira que emanaba de Nicholas casi lo hizo encogerse, pero no podía olvidar la expresión en el rostro de Standish y en ese momento lo supo.

Originalmente había pensado que Worthington había planeado este pequeño encuentro, pero el hombre realmente no era tan astuto. Fue Standish quien arregló que él y Rose fueran atrapados solos, y solo lo habría hecho por una razón. Quería a Catherine para sí mismo. El pensamiento heló a Kerrick hasta los huesos.

Se sacudió la mano de Worthington de su hombro y se acercó a Nicholas. —Creo que Standish tiene intenciones con Catherine. Asegúrate de que no la lastime.

—¿Más de lo que tú ya lo has hecho? No creo que eso sea posible.

Las palabras, lanzadas hacia él, estaban destinadas a herir y dieron en el blanco. Kerrick no dijo nada más, sabiendo que merecía el desprecio claramente delineado en cada músculo del cuerpo de Nicholas mientras el hombre le daba la espalda y se alejaba a grandes zancadas.

Standish se acercó entonces a Worthington. Le costó un esfuerzo casi sobrehumano a Kerrick resistir el impulso de arrastrar al bastardo presumido afuera y golpearlo hasta dejarlo ensangrentado. En su lugar, con los puños apretados a los costados para mantenerse bajo control, observó cómo los hombres intercambiaban unas palabras. Standish estaba de espaldas y Kerrick no podía ver su rostro, pero podía ver el de Worthington. Y lo que vio allí fue una mezcla de alivio y miedo.

Así que por esto Rose le había dicho a Catherine que su padre parecía casi desesperado por que su unión fuera anunciada formalmente. Porque Standish lo había exigido. Y como un idiota, había caído directo en la trampa.

Permaneció inmóvil cuando Standish se le acercó.

—Oigo que las felicitaciones están en orden —la superioridad petulante en el rostro del hombre hizo que Kerrick apretara los puños aún más fuerte. Por el rabillo del ojo, no pasó por alto el hecho de que Worthington se había dado la vuelta para escabullirse, asegurándose de llevarse a su esposa e hija con él.

La mayoría de los espectadores los siguieron, pero unos pocos se quedaron atrás, sin duda esperando ver si habría más de qué chismorrear. Pero estaban lo suficientemente lejos como para no escuchar lo que Kerrick tenía que decir.

—Sé que tú orquestaste esto.

Standish arqueó una ceja. —¿Por qué haría yo eso?

Standish lo estaba provocando, pero no le importaba. Al fin y al cabo, ya no tenía nada que perder. —Te equivocas con Overlea si crees que te permitirá acercarte a ella.

El otro hombre dejó caer su máscara de civismo. —Creo que deberías preocuparte por tu futura esposa y dejar a la señorita Evans en paz —dijo con desdén—. A diferencia de ti, yo no tengo miedo de tomar lo que quiero.

Kerrick no se detuvo a considerar las repercusiones de sus acciones. Su puño se estrelló contra la cara de Standish con un crujido satisfactorio. Standish trastabilló unos pasos hacia atrás, con incredulidad y odio grabados en su rostro.

—Te veré en el infierno primero —Kerrick sacudió su mano mientras se alejaba, ignorando los murmullos entre aquellos que se habían quedado para presenciar su enfrentamiento con Standish.

Su mano palpitaba, pero el dolor ni se acercaba a tocar el dolor en su corazón.

CAPÍTULO QUINCE

IMAGINABA que así se sentiría ahogarse. Primero, el impacto del frío cuando tu cuerpo golpea el agua, seguido por el entumecimiento cuando tus extremidades empiezan a perder sensibilidad, la lucha para evitar que las oscuras profundidades te traguen por completo. Lo único que la mantenía a flote ahora era la certeza de que el compromiso de Kerrick y Rose no era real. No podía ser real, no después de todo lo que ella y Kerrick habían compartido. No después de que Rose le había dicho que no aceptaría una propuesta de matrimonio de él.

Había sido comprometida... no tenía otra opción más que aceptar.

Catherine aplastó despiadadamente la duda que amenazaba su cordura. No era real, se decía una y otra vez mientras esperaba una nota de Kerrick al día siguiente. Y cuando no llegó, recordó que le había dicho que ya no podía confiar en que Lily mantuviera sus notas en secreto.

Cuando Louisa sugirió que se quedaran en casa esa noche, Catherine no quiso ni oír hablar de ello. Su hermana pensaba que estaba mostrando una cara valiente e intentó insistir, pero no era valentía lo que la hacía estar determinada a asistir a otro baile esa noche. Era desesperación. Estaba convencida de que Kerrick encontraría una manera de hablar con ella, de explicarle lo que realmente estaba sucediendo.

Cuando entraron en el salón de baile de los Abernathy, era imposible no notar las miradas especulativas que le lanzaban, pero mantuvo la cabeza alta. No iba a mostrar ninguna debilidad frente al siempre hambriento molino de chismes.

Mientras fingía indiferencia en la superficie, por dentro estaba consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Kerrick aún no había llegado, y ella hacía todo lo posible por no lanzar miradas furtivas hacia la puerta cada pocos minutos. Vio a Rose mirando en su dirección y más de una vez pensó que su amiga iba a acercarse. Pero los padres de Rose permanecían a su lado, siempre vigilantes, y eran rápidos en desviar la atención de su hija lejos de ella.

Permitió que Thornton bailara con ella dos veces. La gente ya estaba chismorreando sobre ella, y prefería que dirigieran su atención a especulaciones sobre futuras relaciones que a su angustia al enterarse del compromiso de Kerrick y Rose. Y cuando Thornton la buscaba en varios otros momentos durante la velada, al menos su presencia ayudaba a mantener alejado a Lord Standish. Había sido consciente de la forma en que la miraba desde el momento en que llegaron, y la expresión casi depredadora en su rostro tensaba aún más sus ya desgastados nervios.

Se dio cuenta de la presencia de Kerrick en el momento en que llegó. Incluso si no lo hubiera visto dirigiéndose hacia donde Rose estaba sentada al otro lado del salón de baile, las miradas de lástima que le lanzaban habrían sido imposibles de ignorar. Se dijo a sí misma que debía

mantenerse fuerte, así que mantuvo su sonrisa firmemente en su lugar y aceptó todas las invitaciones a bailar. Incluso la de Lord Standish. No pudo evitar recordar cómo había reaccionado Kerrick la última vez que había bailado con él, cómo la había llevado aparte y la había besado por primera vez. No lo estaba provocando intencionalmente, pero aun así fue satisfactorio cuando captó su mirada y vio su claro desagrado.

Sin embargo, a diferencia de aquella otra vez, Louisa se negó a dejar su lado cuando no estaba bailando. Así que cuando se dirigió al tocador de damas, con la esperanza de que Kerrick volviera a interceptarla en el camino de regreso, Louisa la acompañó.

Pero Kerrick sí se acercó a ellas a su regreso al salón de baile. A pesar de que le había dicho que tendría cuidado de no ser visto con ella en público, estaba segura de que ahora le pediría bailar. Era la única forma en que podría hablar con ella en privado. Así que se obligó a aceptar su breve reverencia y esperó, no tan pacientemente, cuando se volvió para hablar con Louisa.

—No me atreví a acercarme antes —dijo con una mueca irónica—. No quería darle a Nicholas la oportunidad de retarme a duelo.

—No eres su persona favorita en este momento, pero me atrevo a decir que lo superará.

Kerrick asintió en respuesta y luego dirigió su atención hacia ella. Solo que en lugar de pedirle bailar, simplemente la miró por varios momentos. A medida que el silencio se prolongaba, finalmente fue golpeada por la realidad de su situación. La miseria reflejada en sus ojos solo podía significar una cosa: su compromiso con Rose era genuino.

—Lo siento... por todo —logró decir antes de darse la vuelta y alejarse de ellas. De ella.

Sin palabras, solo pudo mirar fijamente su espalda mientras se retiraba. No podría haberla sorprendido más si la hubiera golpeado.

Apenas fue consciente de que su hermana enlazaba su brazo con el de ella y la hacía girar. —Nos iremos pronto —susurró y Catherine solo pudo inclinar la cabeza en respuesta.

Una parte desprendida de su mente reconoció que estaba en shock, y dio la bienvenida al entumecimiento. Sentiría más tarde, pero ahora tenía que evitar derrumbarse.

No dijo nada cuando llegaron junto a su cuñado, que estaba charlando con los Clarington. La simpatía en los ojos de Charlotte le dijo que la duquesa había presenciado su intercambio con Kerrick, y amenazó con empujar a Catherine al límite. Una rápida mirada a los hombres le dijo que no habían visto el interludio. Louisa solo tuvo que murmurar algo sobre sentirse fatigada y Nicholas insistió en llevarla a casa. Pero a diferencia de aquella otra noche cuando su hermana y su cuñado habían dejado temprano una fiesta en una casa, nadie dijo nada sobre que Catherine pasara el resto de la velada con los Clarington actuando como su chaperona.

Louisa mantuvo un flujo constante de charla trivial mientras se dirigían afuera y esperaban que trajeran su carruaje. Si Nicholas notó su estado de ánimo, no dijo nada. El carruaje de Overlea se acercaba cuando una ráfaga de actividad captó su atención.

Como uno solo, se volvieron para ver a Lord Worthington saliendo de la casa de los Abernathy, flanqueado por dos hombres. Todo en Worthington —su expresión de ojos muertos, la forma en que sus hombros se encorvaban como si estuviera tratando de hacerse más pequeño — hablaba de un hombre derrotado. Observaron cómo el pequeño grupo se movía hacia un carruaje que ya estaba esperando. Worthington ni siquiera miró en su dirección cuando subió al vehículo antes de ser seguido por los dos hombres.

—Me pregunto qué habrá pasado —dijo Louisa—. Worthington se ve muy alterado.

—No tan alterado como su esposa e hija.

Ante las palabras de Nicholas, se volvieron para ver a Rose y su madre saliendo de la casa. Kerrick estaba solo un paso detrás de ellas, con expresión sombría. Lady Worthington parecía

estar al borde del colapso, y Kerrick se movió para sostenerla.

Catherine observó en silencio cómo el pequeño grupo se movía calle abajo hacia donde un grupo de carruajes esperaba. No entraron en el mismo que Lord Worthington, sino que continuaron pasando de largo hasta otro.

Catherine estaba tan inmersa en su propia miseria que no podía encontrar dentro de sí misma la capacidad de preguntarse sobre el extraño cuadro que acababan de presenciar. Lo único en lo que podía concentrarse era en el hecho de que Kerrick ya se estaba comportando como si fuera parte de la familia Worthington.

—Catherine.

La voz de su hermana la apartó de sus pensamientos sombríos mientras subía al carruaje. Afortunadamente, nadie dijo una palabra durante el trayecto a casa. Estaba convencida de que esa era la única razón por la que pudo contener las lágrimas hasta que estuvo a salvo en su habitación.

¿ERA ESTO EL AMOR, entonces? ¿La certeza de que la vida nunca volvería a tener ninguna alegría si no podías pasarla con la persona que inspiraba esa emoción?

No era sorprendente que amara a Catherine Evans. En cierto nivel, suponía que lo había sabido todo el tiempo. ¿Cómo no podría? Y no era solo que fuera hermosa, aunque lo era. Era todo lo demás. Era amable, generosa, pero también increíblemente exasperante cuando se había decidido por algo. Nunca se contentaría con permanecer en un segundo plano.

Su alegría por las pequeñas cosas de la vida era encantadora. La forma en que todo su semblante se iluminaba cuando estaba entre sus preciadas plantas. La manera en que lo miraba como si él pudiera darle el mismísimo sol. Y descubrió que estaría contento de hacer eso por ella: pasar su vida intentando hacerla feliz. Y ahora nunca tendría esa oportunidad. Peor aún, si su imprudencia cuando visitó su alcoba daba frutos, sería la causa de su ruina y tendría que ver cómo se casaba con otro y criaba a su hijo con él.

Si la melancolía que sentía en ese momento era amor, no quería nada de ello. Entendía ahora por qué Nicholas había estado tan miserable el otoño anterior cuando creía que nunca podría tener un futuro con Louisa. Por qué bebía hasta la inconsciencia, sabiendo que el alcohol empeoraría el progreso de la enfermedad que creía padecer. Kerrick nunca había sido de los que se perdían en el fondo de una botella, pero en ese momento no había nada que deseara más.

Pero no lo haría. Worthington había confesado haber cometido traición, pero había llegado demasiado tarde para salvarlo de un matrimonio sin amor. Y tal autocompasión egoísta no sería justo para Rose, que deseaba este matrimonio aún menos que él. Ambos estaban atrapados.

No había podido dormir, así que se dio por vencido cuando el sol comenzó a salir. Deambuló por los pasillos de su casa como un fantasma, tratando de hacer que las horas pasaran más rápido para poder poner las cosas en marcha. Él y Rose tendrían que casarse rápidamente si esperaba protegerla a ella y a su madre de lo peor de la reacción que vendría cuando se difundiera la noticia de la confesión de Worthington. Para ser honesto, no estaba seguro de cuán efectiva sería su protección, pero haría lo que pudiera. Rose y su madre tendrían que retirarse al campo y permanecer allí por algún tiempo. Tal vez después de unos años, cuando el escándalo se desvaneciera y otros nuevos ocuparan su lugar, podrían regresar a la ciudad.

Brantford probablemente también se había quedado despierto, y se preguntó distraídamente si había interrogado a Worthington él mismo o si había hecho que alguien más lo hiciera. De

cualquier manera, sabía que Brantford reuniría toda la información que pudiera y luego le haría una visita ahora que esta misión había terminado.

Esa visita llegó justo antes del mediodía.

—Te ves terrible —dijo Brantford después de que lo hubieran llevado a la biblioteca.

Por supuesto, Kerrick no podía decir lo mismo de Brantford. Estaba, como siempre, impecablemente arreglado. Se recostó casualmente en una silla y parecía como si hubiera pasado la noche en un largo y reparador sueño. Kerrick no tenía idea de cómo el hombre siempre lograba parecer tan desapegado de todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué averiguaste de Worthington? —preguntó, ignorando el comentario de Brantford y hundiéndose en una silla frente a él.

—Absolutamente nada más allá de lo que ya sabemos. Ha estado vendiendo secretos a los franceses sobre los movimientos de nuestra armada. Información obtenida de su amistad con el almirante Nicholby. Por supuesto, se apresuró a señalar que el almirante no estaba involucrado y no tenía idea de lo que estaba haciendo.

—¿Le crees?

Brantford arqueó una ceja. —¿Tú no?

—No estoy seguro —dijo Kerrick sacudiendo la cabeza—. Todo esto no parece correcto. Estoy seguro de que estaba pasando información y que Standish está involucrado de alguna manera, pero no puedo entender por qué. Por mucho que odie al bastardo, no me parece del tipo que traicionaría a su país por dinero. No cuando tiene más que nosotros dos juntos.

Brantford guardó silencio durante varios momentos, y Kerrick se preguntó si iba a revelar algo más. Después de todo, ahora estaba fuera de todo el asunto de obtener información para el Ministerio del Interior.

—Creo que hay más en esto de lo que sabemos hasta ahora —dijo finalmente Brantford—. Estamos tratando de obtener más información de Worthington, pero se niega a nombrar a un cómplice. Dice que trabajaba solo.

—Sospecho que está tratando de proteger a su esposa y a su hija.

Brantford asintió, el movimiento casi distraído, antes de preguntar: —¿Qué piensas hacer con la señorita Hardwick?

Qué, en efecto. —Estoy atado por mi palabra y no me retractaré. Necesitarán mi protección ahora más que nunca.

Brantford asintió de nuevo y estaba a punto de agregar algo cuando el mayordomo interrumpió con un discreto golpe en el marco de la puerta.

—Disculpe, milord, pero hay una joven aquí para verlo.

Su tonto corazón saltó, pensando que tal vez era Catherine, pero cuando el mayordomo continuó, se enteró de que Rose estaba esperando en la sala con su doncella. Su corazón se hundió. Por supuesto que no era Catherine. Probablemente nunca querría volver a verlo, un sentimiento por el que no podía culparla.

Se volvió hacia Brantford, pero antes de que el conde pudiera disculparse, Rose pasó junto al mayordomo y entró en la habitación.

—Señorita Hardwick —dijo Kerrick, levantándose de su silla. Brantford también se levantó —. No deberías estar aquí. Planeaba visitarlas a ti y a tu madre esta tarde.

Rose se rió, el sonido amargo. —¿Estás preocupado por mi reputación? Bueno, es demasiado tarde para tal preocupación. Las acciones de mi padre ya me han arruinado.

—Superaremos esta tormenta juntos —dijo, tratando de transmitir una confianza que estaba lejos de sentir.

—Debería dejarlos hablar —dijo Brantford.

Pero antes de que pudiera hacerlo, Rose se volvió para enfrentarlo.

—No hace falta que te preocupes de que mancillaré tu reputación con mi presencia. Lo que tengo que decirle a Lord Kerrick será breve, y no hay razón por la que no puedas oírlo.

Había un filo en su tono, un atisbo de ira que sorprendió a Kerrick. Lo que le sorprendió más, sin embargo, fue el indicio de emoción en el rostro de su amigo. Por un breve momento casi pareció como si quisiera consolar a Rose, pero entonces el revelador signo desapareció casi antes de que hubiera aparecido, oculto detrás de la habitual máscara de indiferencia de Brantford. Pero esa fugaz emoción sirvió para subrayar la sospecha de Kerrick de que Brantford no era inmune a los encantos de Rose Hardwick.

La bravuconería de Rose era claramente un intento por su parte de ocultar su dolor. Pensando solo en consolarla, él dijo:

—Pasaré a verte más tarde esta tarde. Tu madre debería ser incluida en nuestros planes.

Rose intentó sonreír, pero resultó más bien una mueca.

—Precisamente por eso estoy aquí para hablar contigo. Deseo romper nuestro compromiso.

El corazón de Kerrick dio un salto de alegría no inesperado, pero reprimió la emoción. No podía dejar a Rose desprotegida durante este momento difícil. Egoístamente, no deseaba nada más que aceptar su oferta antes de que cambiara de opinión, pero no podría vivir consigo mismo si lo hacía. Perversamente, también sabía que Catherine nunca más lo respetaría si lo hiciera. La había perdido de todas formas.

Acortó la distancia entre ellos y tomó su mano entre las suyas, dándole un ligero apretón.

—Estás pasando por un momento difícil ahora mismo y no debes hacer nada de lo que te puedas arrepentir.

—Pero tú y Catherine...

—Nunca podremos estar juntos —dijo él, cortando esa línea de pensamiento antes de que pudiera continuar.

La sonrisa que le dio esta vez fue genuina.

—Eres un buen hombre, pero no eres el hombre para mí.

—Rose...

—No. —Ella retiró su mano de las de él y dio un paso atrás—. Mi decisión está tomada. Ya he enviado un mensaje a algunos amigos informándoles que he roto nuestro compromiso. No deberían haberse enterado aún de lo de mi padre, así que no tendrán motivos para devolver mis notas sin abrir.

—No hagas esto —dijo él—. Puedo ofrecerte protección, especialmente ahora cuando tú y tu madre más la necesitáis.

Ella negó con la cabeza, sus rizos castaños bailando con el vigoroso movimiento.

—Mi padre no es un traidor.

—Confesó —dijo Brantford.

Rose se volvió para mirarlo.

—Él nunca traicionaría a su país, y pienso demostrarlo. Así que ya ves —se volvió hacia Kerrick—, no hay razón para tu sacrificio. Se probará la inocencia de mi padre y todo será como debe ser. Incluyendo lo tuyo con Catherine.

Él no pudo encontrar las palabras para responder. El suyo difícilmente sería el primer compromiso roto que el *ton* hubiera visto, aunque sería uno de los más cortos.

—No sé qué decir.

—Solo dime que harás feliz a Catherine. Se lo merece.

Brantford interrumpió, captando aquello a lo que él había estado demasiado distraído para prestar atención.

—Si tienes pruebas de la inocencia de tu padre, puedo asegurarme de que lleguen a quienes podrían ayudarlo.

Los labios de Rose se apretaron brevemente en una línea tensa antes de responderle.

—Pensé que estabas ansioso por irte. ¿Estás seguro de que no te estás rebajando al dirigirte a mí directamente?

Las cejas de Kerrick se alzaron ante la amarga réplica, pero permaneció en silencio.

—Si no desea mi ayuda, señorita Hardwick, eso depende enteramente de usted. Le deseo suerte en exonerar a su padre por su cuenta.

Se miraron fijamente durante varios largos momentos antes de que Rose respondiera.

—No estamos recibiendo visitas —no es que alguien quiera asociarse con nosotros una vez que se sepa que mi padre ha confesado traición—, pero si viene mañana por la tarde me aseguraré de que no lo rechacen. Mamá está muy angustiada, y ya he estado demasiado tiempo fuera hoy.

Brantford asintió en respuesta, y sin decir una palabra más, Rose se dio la vuelta y se marchó.

—Estoy fuera de esto —dijo Kerrick antes de que Brantford pudiera hablar.

—Por supuesto —dijo el otro hombre—. Difícilmente se te puede ver merodeando por la casa de Worthington ahora que todos se enterarán de tu compromiso roto. A menos, claro está, que esperes hacerla cambiar de opinión.

—Creo que ya conoces mi opinión sobre ese curso de acción. Rose Hardwick es toda tuya.

Brantford alzó una ceja en respuesta y Kerrick se rio. De repente el mundo parecía más brillante, y no pudo resistirse a pinchar a su amigo sobre la hermosa joven que no parecía estar intimidada por el Conde Inafectado.

—¿Qué fue lo que dijiste cuando me abordaste por primera vez sobre este asunto? Que difícilmente sería un sacrificio cortejarla.

—El matrimonio no es para mí, amigo mío. Ni ahora ni quizás nunca. —El rostro de Brantford era una máscara en blanco, pero Kerrick ahora podía detectar un atisbo de algo detrás. ¿Soledad?

—Nunca digas nunca, viejo amigo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

SE ESTABA MURIENDO POR DENTRO, pero Catherine estaba decidida a seguir con la rutina de vivir. Después de ver a Rose y Kerrick juntos, se permitió un día encerrada en su habitación, sumida en su miseria y despotricando contra el destino.

Cuando el sol salió el segundo día, en lugar de tirar de las mantas sobre su cabeza y hundirse más profundamente bajo ellas, que era lo que más deseaba hacer, las echó a un lado y se levantó. Una rápida mirada al espejo de su tocador reveló claras señales de que había llorado hasta quedarse dormida la noche anterior. Párpados hinchados, una nariz que aún estaba ligeramente roja y un cutis que se había intensificado con un tinte rosado.

Dando la espalda al reflejo, se dirigió al lavabo, vertió agua fría de la jarra en la palangana y se salpicó la cara, esperando lavar las malditas pruebas de su dolor. El agua fría no era una cura milagrosa, pero ayudaría. Solo el tiempo se encargaría del resto de los signos externos. Los signos internos persistirían durante algún tiempo, pero se negaba a ceder ante la indulgencia de esa miseria. Si algo había aprendido al crecer en una familia que no podía permitirse nada más allá de lo estrictamente necesario, era que la vida siempre seguía adelante. Nunca se ganaba nada permitiéndose obsesionarse con lo imposible.

Deseaba poder decir que no tenía remordimientos sobre su relación con Kerrick, pero la verdad era que sí los tenía. Ahora deseaba no haber actuado nunca de manera tan impulsiva y haber ido a su casa de la ciudad aquella primera vez que hicieron el amor. Aun así habría tenido el corazón roto, pero no podía evitar pensar que el dolor que habría experimentado no sería nada comparado con la desesperación que amenazaba con aplastarla ahora.

Y lo peor de todo era que no podía enfadarse con Kerrick. Él no había planeado iniciar una relación con ella mientras estaba involucrado en la investigación que le obligaba a fingir que cortejaba a Rose Hardwick. Había sido su propia insensatez la que la había llevado a buscar una relación íntima con él. Catherine podía entender ahora por qué Louisa había querido que fuera cuidadosa en su trato con él. Su hermana claramente sabía que la vida no siempre repartía finales felices. El hecho de que ella y Nicholas hubieran alcanzado ese estado aparentemente imposible no cegaba a Louisa ante las trampas que acechaban en el mundo, listas para atrapar a jóvenes insensatas como ella.

El hecho de que Kerrick se hubiera ofrecido a casarse con Rose después de que los descubrieran solos juntos, a pesar de que no sentía ningún apego romántico por ella, hablaba mucho de su naturaleza. Y era una de las principales razones por las que aún lo amaba. Había tenido sus dudas sobre sus sentimientos hacia Louisa, pero ahora, con una claridad que solo podía obtenerse con la retrospectiva, sabía que él no la había visto simplemente como un

sustituto de su hermana.

Haciendo todo lo posible por sacudirse sus pensamientos melancólicos, Catherine llamó a su doncella. Podía notar que Lily estaba sorprendida de verla levantada y fuera de la cama. La conciencia de que los sirvientes sabían lo que había sucedido, que habían estado chismorreando sobre ella en el piso de abajo, la hizo estremecerse. Hacía menos de un año que Louisa se había casado y se habían mudado a Overlea Manor, y todavía no estaba acostumbrada a tener sirvientes. Era más difícil de lo que hubiera imaginado saber que sin duda todas sus vidas estaban siendo examinadas y diseccionadas por otros.

No les daría nada más de qué chismorrear y procedió a vestirse como si fuera cualquier otra mañana, luego bajó las escaleras.

El desayuno, sin embargo, resultó ser más incómodo de lo que había anticipado. Se había acostumbrado a desayunar sola en su habitación, pero Louisa y Nicholas debieron decidir unirse a ella cuando se enteraron de que no había pedido su bandeja de desayuno habitual en su habitación.

Louisa daba bocados muy pequeños a un trozo de tostada, y el esfuerzo parecía costarle mucho. Catherine esperaba que fuera solo por pura fuerza de voluntad que su hermana no se levantara de la mesa y vaciara el contenido de su estómago. Ella y Nicholas alternaban entre observarla cuidadosamente y volver su atención a sus platos.

Catherine comió rápidamente, ansiosa por alejarse del ambiente tenso. Acababa de terminar su té cuando Nicholas golpeó su tenedor contra la mesa. Ella saltó sorprendida, pero no se perdió la mirada que Louisa dirigió a su marido.

—No puedo permanecer en silencio —le dijo a su esposa antes de volverse hacia Catherine —. Kerrick es como un hermano para mí, pero si te ha puesto un solo dedo encima, lo retaré a duelo.

—No, no lo harás —dijo Louisa.

Su expresión era de incredulidad. —¿Cómo puedes decir eso? Todos sabíamos que estaba cortejando a Rose Hardwick, sin embargo no hizo nada para disuadir a Catherine de poner sus esperanzas en él.

—Sabes a lo que se dedica. Puede que hubiera razones...

—Sus razones pueden irse al diablo, y él con ellas.

Catherine sintió que su fachada cuidadosamente construida comenzaba a agrietarse. No podía hacer esto ahora. Su control sobre su cordura era tenue en el mejor de los casos. Se puso de pie y ambos volvieron su atención hacia ella. Habían estado tan concentrados en su propia discusión que era casi como si hubieran olvidado que ella estaba en la habitación.

—No pasó nada entre nosotros. Nada que no fuera producto de mi imaginación.

Nicholas frunció el ceño. —No sientas que tienes que mentir para protegerlo.

Quería decir más pero no pudo. La emoción le atenazaba la garganta y sabía que una sílaba más de su parte, o una mirada más de simpatía de su hermana, la vería disolverse en un charco de lágrimas. Antes de que eso pudiera suceder, se dio la vuelta y huyó de la habitación, solo para verse detenida por el alboroto de actividad en el vestíbulo principal.

Louisa la había seguido desde el comedor y se detuvo a su lado, esperando mientras el mayordomo hablaba con los dos hombres corpulentos en la puerta.

—Mi señora —le dijo a Louisa cuando notó que las dos estaban allí. Miró más allá de ellas y Catherine supo que Nicholas se había unido a ellas—. Mi señor, estaba informando a estos caballeros que las entregas deben hacerse por la puerta de la cocina.

Los hombres parecieron ofenderse por su declaración. —No somos repartidores —dijo uno

de ellos, adentrándose más en el pasillo. El mayordomo intentó detenerlo, pero no fue rival para el fornido individuo—. Trabajamos para los Jardines de Kew y estamos aquí como un favor al Conde de Kerrick.

La mera mención de su nombre le provocó una punzada de dolor. Louisa se volvió hacia ella buscando una aclaración, pero Catherine solo pudo negar con la cabeza desconcertada. —No sé qué puede ser. No me dijo nada.

Louisa se dirigió a su marido. —¿Nicholas?

Su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en puños. —Ciertamente no me estaría enviando nada de los Jardines de Kew.

Catherine cerró los ojos, invadida por un horrible presentimiento. Nunca lo habían hablado, pero de alguna manera sabía lo que los hombres estaban allí para entregar.

—El árbol está en una maceta y podemos llevarlo a la parte trasera de la casa si tienen un jardín. Pero hay instrucciones muy específicas para su cuidado. No puedo simplemente dejarlo aquí hasta saber que será atendido adecuadamente. Es bastante valioso...

Catherine no se dio cuenta de que había empezado a moverse hasta que pasó entre los dos hombres sorprendidos y salió a los escalones de entrada de la casa. Allí, en la parte trasera de un gran carro tirado por dos caballos, se erguía un naranjo de tamaño moderado.

Los recuerdos que había estado intentando mantener a raya la invadieron entonces. Aún podía recordar cada detalle de aquella primera excursión a los Jardines de Kew con el Duque y la Duquesa de Clarington cuando Kerrick llegó por primera vez a Londres. Cómo había arreglado que el jardinero jefe en persona los escoltara durante la mayor parte del recorrido. Y, por supuesto, había estado su visita al invernadero de naranjos. Fue allí donde algo cambió entre ellos, y Kerrick finalmente comenzó a verla como una mujer y no solo como la hermana menor de Louisa. Ella había pensado que él estaba aburrido más allá de lo razonable durante la mayor parte de su visita, sin embargo, había sido paciente. Y claramente había tomado nota de su interés en los naranjos.

No podría conservarlo una vez que terminara el verano. El señor Clifton había explicado cómo los árboles no recibían suficiente luz en el invernadero y sufrían durante los meses de invierno, y no creía que les fuera mejor en el invernadero adjunto a Overlea Manor. Parecía que, al igual que con el propio Kerrick, no podría conservar este regalo.

De alguna manera se volvió y se enfrentó al grupo de personas que la observaban en silencio y logró mantener la voz firme cuando habló. —Me reuní con el señor Clifton y recuerdo lo que me dijo sobre su cuidado.

Quería decir más, pero descubrió que ya no podía contener el aluvión de emociones que amenazaba con engullirla. No necesitó pedir disculpas. El grupo se dividió en dos y en silencio ella tomó el camino que habían abierto. Oyó a Louisa hablar con los hombres, diciéndoles que llevaran el naranjo al jardín trasero a través de las caballerizas, pero su destino era la sala de música hacia la parte trasera de la casa. Si volvía a su dormitorio ahora, no podría contener las lágrimas.

Casi lo había logrado cuando una voz la detuvo en seco.

—No me importa lo que planees hacerme, pero debo hablar con Catherine.

Kerrick.

Oyó pasos. El miedo la invadió mientras permanecía clavada en el sitio, sin saber si debía huir los pocos pasos que quedaban hasta la sala de música o darse la vuelta. De alguna manera sabía que su cuñado no lo detendría, quien, a pesar de sus afirmaciones en contra, nunca dañaría a uno de sus amigos más cercanos.

Los pasos se detuvieron y siguió un breve silencio antes de que finalmente hablara. —Catherine.

Reuniendo su coraje, se volvió para enfrentarlo. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que había estado esperando ver alguna indicación de que él sentía aunque fuera una fracción de la angustia que ella no creía que la abandonaría jamás. Pero en su lugar parecía notablemente tranquilo. De hecho, no parecía triste en absoluto. Por primera vez desde que todas sus esperanzas se habían desvanecido, los indicios de ira se encendieron en su interior.

—Creo que ya hemos dicho todo lo que había que decir. Si has venido a disculparte, no deberías haber malgastado tu tiempo. —Lanzó una rápida mirada a Louisa y Nicholas, consciente de que escuchaban cada palabra que pronunciaba con gran interés. Aunque estaba herida, y la tentación de desahogarse con él en un arrebato de ira crecía rápidamente, le había prometido a Kerrick que no revelaría hasta qué punto se había desarrollado su relación. Era una promesa que pretendía cumplir, así que eligió sus siguientes palabras con cuidado—. Entiendo que tuviste pocas opciones en cómo se desarrollaron las cosas. Ahora, si me disculpas.

Esta vez se dirigió hacia la escalera. La sala de música no estaba lo suficientemente lejos de todos y las lágrimas que le picaban en los ojos no podrían ser contenidas por mucho más tiempo.

—Catherine, por favor. Debo hablar contigo.

Lo oyó empezar a seguirla y luchó contra el impulso casi abrumador de correr.

—Suéltame, Nicholas, o perderás la mano —le oyó decir.

—¿No la has lastimado ya lo suficiente?

—No me iré hasta que hayamos hablado —le gritó—. Acecharé tu puerta si es necesario. Eventualmente hablarás conmigo.

Se detuvo y se secó con rabia una lágrima que se le había escapado. No podía hablar con él y mantener el tenue control que actualmente tenía sobre su dignidad. Pero parecía que no habría manera de evitar la inminente confrontación. Cerró los ojos por un momento, tomó un respiro profundo y tembloroso, y se volvió para enfrentarlo.

—Me dirigía a la sala de música. Podemos hablar allí.

No esperó para ver si le permitirían seguirla. Las voces de su familia se enfrentaban a las de Kerrick. Nicholas no quería permitirlo, pero Louisa le instó a que les concediera cinco minutos juntos. Catherine acababa de cruzar el umbral de la sala de música cuando oyó a su cuñado acceder de mala gana.

Se acercó a las ventanas, que daban al pequeño jardín trasero. Los jardineros estaban trayendo el naranjo, los dos esforzándose bajo el peso de la gran maceta que lo contenía.

Un temor se asentó en la boca de su estómago. Lo último que deseaba era enfrentarse a Kerrick en ese momento; sus emociones aún estaban demasiado a flor de piel. Continuó observando a los jardineros en silencio mientras Kerrick entraba en la habitación y se colocaba a su lado.

—Lo siento mucho...

—El naranjo fue extravagante. No deberías haberte molestado ni gastado tanto.

—Tengo cinco minutos antes de que Nicholas entre aquí y me deje hecho papilla. No pienso desperdiciar ese tiempo con charlas triviales.

Ella negó levemente con la cabeza. —No puedo... —Tuvo que tomar una bocanada de aire antes de encontrar la fuerza para girarse y enfrentarlo—. Deberías irte. No hay nada más que decir. Cualquier fantasía que pudiera haber tenido sobre un futuro contigo ahora es cosa del pasado. Y lo último que necesito oír en este momento es tu disculpa.

Se dirigió hacia la puerta, pero él extendió el brazo y la sujetó, deteniendo su avance. Ella

intentó zafarse, pero no era rival para su fuerza. Él la atrajo hacia sí y le tomó la otra mano.

Le dolía demasiado mirarlo, así que fijó la vista en sus manos unidas.

—No me voy a casar con Rose.

Ante esa declaración pronunciada suavemente, su cabeza se alzó de golpe, y por un momento temió que su pena le estuviera haciendo perder la razón. Pero la forma en que las comisuras de su boca se elevaban, el leve brillo en sus ojos que sugería cualquier cosa menos tristeza, la llevó a creer lo contrario. No pudo evitar que un ligero temblor se colara en su voz al preguntar: —¿Qué has dicho?

Él llevó las manos de ella a sus labios y depositó besos en sus dedos antes de responder. —No me voy a casar con Rose. Ella ya ha empezado a difundir que ha roto nuestro compromiso.

Las emociones libraban una batalla en su interior, pero la que predominaba era la alegría. Kerrick no iba a casarse con otra mujer... una a quien había llegado a considerar una buena amiga. —No te casarás con Rose. —Repitió las palabras con asombro, permitiéndose realmente creer que eran ciertas.

Su sonrisa se ensanchó. —No. Pero eso me lleva a otro tema. Como corro el peligro de ser arrastrado fuera de aquí en cualquier momento, no tengo el lujo del tiempo. Probablemente no merezca tanta felicidad —no después del daño que te causé—, pero soy lo suficientemente egoísta como para aferrarme a la esperanza de que aceptes ser mi esposa.

Las palabras se le escaparon. Que pudiera siquiera dudar que diría que sí... Solo pudo asentir, con lágrimas de felicidad amenazando con desbordarla mientras él la arrastraba a sus brazos.

—Gracias a Dios —dijo él, estrechándola con fuerza—. Temía que nunca me perdonaras. No estoy seguro de que yo lo hubiera hecho de estar en tu lugar.

Ella negó con la cabeza y lo miró maravillada. —Nunca podría haber nadie más para mí. Que pudieras dudarlo...

—No, nunca eso. Temía, sin embargo, que dudaras de la profundidad de mi amor por ti. Después de lo que te hice pasar... —Cerró los ojos por un breve momento, y ella pudo ver la autorrecriminación grabada en su rostro—. No puedo ni empezar a expresar lo enfadado que estoy conmigo mismo por haberte causado tanto dolor. Nunca debí haberme permitido ceder a mi deseo por ti. No hasta que mi misión hubiera terminado.

Ella le acarició la mejilla, incapaz de creer que se echara toda la culpa de su relación. —No te di opción.

Él se rio ante eso. —No, no me la diste. Pero para ser honesto, no estoy seguro de que hubiera sido capaz de detenerme incluso sin tu aliento. Aun así, a pesar de que sabía que te importaba, me tenías preocupado. —Se detuvo y ella pudo sentir que luchaba con la decisión de continuar.

—¿Por qué?

—Thornton y todos esos otros compitiendo por tu atención... Seguía esperando que decidieras que yo no valía la pena.

—No serías el hombre que amo si te hubieras quedado de brazos cruzados permitiendo que la reputación de Rose cayera en la ruina. Aunque una parte de mí te odiaba por eso, otra parte te amaba aún más.

Él cerró los ojos por un breve momento y la tensión restante en su cuerpo se desvaneció.

—Entonces, ¿fue Rose quien rompió el compromiso?

Él asintió en respuesta. —Al final, ella fue la más noble de todos nosotros.

Catherine negó con la cabeza. —Ella quiere a otro. Es una querida amiga, pero su disposición a sufrir los chismes tras un compromiso roto no fue solo por nosotros dos. Nunca me dijo quién

era el hombre que le importaba, pero solo puedo esperar que, sea quien sea, sea digno de ella.

Su expresión se tornó grave. —No estoy seguro de que alguien la acepte ahora.

Ella contuvo la respiración y la soltó de golpe. —Su padre...

Él asintió. —Worthington confesó haber pasado información confidencial a los franceses.

—Así que era culpable después de todo. Pobre Rose —dijo, sintiendo una punzada de pesar por su amiga—. Debemos hacer todo lo que podamos por ella. No la abandonaré.

—No esperaba que lo hicieras. También estoy de acuerdo, especialmente porque no estoy del todo seguro de que su participación en todo el asunto fuera voluntaria.

Catherine se apartó ante eso. —Entonces, ¿aún podemos ayudarla? ¿Qué puedo hacer?

—No —dijo Kerrick, atrayéndola de nuevo a sus brazos—. Yo estoy fuera de esto, al igual que tú. Tendrás que conformarte con vivir la vida de una condesa normal.

—Pero debemos ayudar a Rose...

—Tiene la mejor ayuda disponible en este momento. Y no —dijo, colocando un dedo sobre sus labios para acallar las preguntas que le venían a la mente—, no te diré quién es.

Ella atrajo su dedo a su boca y la mirada de él se clavó en sus labios, sus ojos oscureciéndose. —Creo que puedo adivinarlo —dijo ella después de soltarlo—. Tiene el pelo rubio y también resulta ser un conde...

Su boca se posó sobre la de ella y Catherine se inclinó hacia él, reconfortada por saber que habría muchos más besos en su futuro. Emitió un suave sonido de protesta cuando él se apartó.

Kerrick sacudió ligeramente la cabeza como para aclarársela. —Nicholas no se detendrá a escuchar nuestras noticias si nos encuentra en un abrazo apasionado —miró hacia la puerta con el ceño ligeramente fruncido mientras ella daba un paso atrás—. Me sorprende que no haya irrumpido ya aquí.

Catherine ya echaba de menos el contacto de Kerrick. —Probablemente Louisa lo distrajo. Se le da muy bien eso.

Una sonrisa afectuosa cruzó su rostro. —Las hermanas Evans parecen tener eso en común.

Su evidente afecto por su hermana le recordó lo cercanos que habían parecido cuando él se hospedó en Overlea Manor. Respiró hondo y formuló la última pregunta que necesitaba responder. —¿Me contarás lo que sucedió entre vosotros dos el año pasado? —Vaciló antes de continuar—. A veces temía que tú y Louisa fuerais más que amigos.

—No, nunca eso —dijo él, tomándole la mano y apretándola para tranquilizarla—. Sé que parecía así y te lo contaré todo cuando tengamos más tiempo. Creo que vamos a tener que compartir nuestras noticias, sin embargo. Tu hermana no podrá contener a Nicholas por mucho tiempo. Es muy protector contigo.

Catherine asintió, pero sus ojos se desviaron hacia la ventana y el extravagante, aunque poco práctico, regalo que él había enviado. Debió de haber notado su decepción.

—¿No te gusta el naranjo?

—Es precioso y tan raro en Inglaterra. No puedo creer que lograras que el señor Clifton se desprendiera de él.

—No le iba muy bien allí. Le aseguré que tú podrías devolverle la salud.

Era evidente que no se daba cuenta de que ella no podría hacer eso. —La luz no es más fuerte en Overlea Manor. El invernadero tiene las mismas ventanas grandes que las del orangerie. Si lo mantenemos allí, el árbol eventualmente decaerá. Tendremos que encontrarle otro hogar.

—Nunca tuve la intención de que el árbol fuera para tu hermana y tu cuñado.

Había un brillo en sus ojos y el corazón de Catherine se aceleró. —Pero tu finca...

—No tiene invernadero, no. Pero he hecho arreglos para que un arquitecto la visite dentro de

una semana. Planeo construir un invernadero apropiado. Por supuesto, mi futura esposa tendrá la última palabra sobre su diseño.

Ella chilló y se lanzó a sus brazos, sin importarle ya que su hermana y su cuñado pudieran entrar en cualquier momento. Kerrick claramente sentía lo mismo porque cuando ella levantó el rostro, ansiosa por su beso, él aceptó su invitación. Y esta vez no se contuvo en mostrarle cuánto la había echado de menos.

GRACIAS

¡Gracias por leer! Para obtener una lista actualizada de los libros de Suzanna por favor visita su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.